

Como
é
nos ve...

J. VLADIMIR POLANCO

Como
el
nos ve...

UNA MIRADA
AL LADO HUMANO
DE LA IGLESIA



IADPA

COMO ÉL NOS VE...
UNA MIRADA AL LADO HUMANO DE LA IGLESIA



IADPA

Inter-American Division Publishing Association®
2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.
tel. +1 305 599 0037 - mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente: **Saúl Andrés Ortiz**
Vicepresidente de Producción: **Daniel Medina**
Vicepresidenta de Mercadeo y Ventas: **Ana L. Rodríguez**
Vicepresidente de Finanzas: **Moise Javier Domínguez**

Edición del texto

Mónica Díaz

Revisión final

Jorge L. Rodríguez

Diseño, diagramación y portada

Kathy Hernández de Polanco

Copyright © 2020

Inter-American Division Publishing Association®

ISBN: 978-1-78665-363-5

Impresión y encuadernación: **Editorial Nomos S. A.**

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

1ª edición: diciembre 2020

Está prohibida y penada, por las leyes internacionales de protección de la propiedad intelectual, la traducción y la reproducción o transmisión, total o parcial, de esta obra (texto, imágenes, diseño y diagramación); ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, en audio o por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1995: **RV95** © Sociedades Bíblicas Unidas (SBU). También se ha usado la Reina-Valera Antigua de 1909: **RVA**, la revisión de 1960: **RV60** © SBU, la revisión de 1977: **RV77** © CLIE, la versión Dios Habla Hoy: **DHH** © SBU, la Traducción en Lenguaje Actual: **TLA** © SBU, la Reina-Valera Contemporánea: **RVC** © SBU, la Nueva Versión Internacional: **NVI** © Bíblica, la Nueva Traducción Viviente: **NTV** © Tyndale House Foundation, la Biblia Jubileo 2000: **JBS** © Life Sentence Publishing, la Palabra de Dios para Todos: **PDT** © Centro Mundial de Traducción de la Biblia, la Nueva Biblia al Día: **NBD** © Bíblica. En todos los casos se ha unificado la ortografía y el uso de los nombres propios de acuerdo con la RV95 para una más fácil identificación.

En las citas bíblicas, salvo indicación en contra, todos los destacados (cursivas, negritas) siempre son del autor o el editor.

Las citas de las obras de Elena G. de White se toman de las ediciones actualizadas caracterizadas por sus tapas color marrón, o, en su defecto, de las ediciones tradicionales de la Biblioteca del Hogar Cristiano de tapas color grana.



Debiéramos orar
para que Dios nos revele
a nosotros la forma
en que él nos ve.
Pero no debiéramos
cesar de orar una vez
que hayamos pedido
sencillamente una
revelación de nosotros
mismos. Debiéramos
orar para que Jesús
nos sea revelado
como un Salvador
que perdona los pecados
**(Mensajes selectos,
t. 1, p. 367).**





CONTENIDO

Prólogo.....	8
1. La obra maestra de la Deidad.....	10
2. El «especial tesoro» del Señor.....	24
3. El templo del Dios viviente	38
4. Cuando el grande visitó al pequeño.....	52
5. De la teoría a la práctica.....	66
6. La ley de Dios y la dignidad humana	82



7. Fue hecho para el ser humano	96
8. ¿Pacto o contrato?	110
9. «A sí mismos se dieron»	124
10. Una evidencia de nuestra fe	138
11. «Ricos en Dios»	152
12. «Benditos de mi Padre»	164
13. Donde Dios nos ve.....	178

PRÓLOGO



LA ADMINISTRACIÓN de la División Interamericana se complace en presentar a la feligresía de todo nuestro territorio el segundo de una serie de libros que tienen como propósitos fortalecer la espiritualidad en nuestras congregaciones locales y fomentar un ambiente adecuado para la práctica de la mayordomía cristiana. Este libro lleva por título **COMO ÉL NOS VE: UNA MIRADA AL LADO HUMANO DE LA IGLESIA**.

La División Interamericana es consciente de su gran responsabilidad de proveer cuidado pastoral para casi cuatro millones de seres humanos y de mantener espiritualmente saludables a nuestras más de 23,000 congregaciones. Durante este quinquenio (2020-2025), nuestra División tiene entre sus prioridades estratégicas abordar la mayordomía cristiana como una herramienta para ayudar al miembro de la iglesia a crecer en su relación con Dios y fortalecer el ambiente espiritual en nuestras congregaciones.

Estamos absolutamente convencidos de que, para Dios, no hay nada más valioso que el ser humano y, por tanto, las personas han de ser el centro de todas nuestras iniciativas y programas. Este libro nos ayudará a comprender esto al darnos respuestas a estas preguntas: ¿Cómo ve Dios a los seres humanos? ¿Cuánto vale una persona para Dios? ¿De qué formas Dios ha mostrado su amor por la raza humana? Y una pregunta más que nos desafía directamente: ¿Cómo espera Dios que tratemos a nuestros semejantes? También veremos cómo el uso que hacemos de nuestro dinero está directamente vinculado a la forma en que respondemos a dichas interrogantes.

COMO ÉL NOS VE nos ofrecerá respuestas basadas completamente en la Biblia. En sus páginas no encontrarás un abordaje filosófico, psicoló-



gico o eclesiológico de estos temas. Esta obra se nutre de la Palabra de Dios y encuentra en las Escrituras las evidencias que muestran cómo Dios nos ve y luego reflexiona en lo que esto implica para la iglesia y para cada individuo. Este material de estudio logra demostrar que con todo y lo maravillosamente preciados que sean los bienes terrenales, estos caen en la insignificancia si los comparamos con el valor que Dios atribuye a cada uno de nosotros. Al estudiar juntos este material nos daremos cuenta de que la iglesia cristiana debe ser una iglesia humana. Las personas son valiosas, y las personas que están en la iglesia representan su mayor riqueza; y si prestamos atención a cada ser humano, veremos que son seres especiales, valiosos, únicos, y que cada uno merece ser tratado con dignidad y respeto.

Desde la División Interamericana, solicitamos a cada Unión, a cada Asociación y Misión, y a cada pastor, que hagan planes grandes, abarcales y creativos, para asegurarse de que cada miembro de iglesia y cada congregación reciban el beneficio que traerá el estudio de este libro. *COMO ÉL NOS VE* está acompañado de una guía de estudio y se proveerán los trece capítulos en una presentación en formato Power Point para facilitar el trabajo de los instructores.

Nuestra División tiene una deuda de gratitud con el pastor J. Vladimir Polanco, conocido autor y editor de IADPA y director de la revista *Prioridades*, porque él ha sido el instrumento usado por Dios para la preparación de este valioso material. El resultado ha satisfecho nuestras expectativas y les damos las gracias a Dios y al pastor Polanco por ello.

Finalmente, agradezco anticipadamente a todos los que leerán este libro y contribuirán para que otros también lo lean. Gracias a esos buenos pastores de Interamérica que no dejarán a sus iglesias sin este alimento. Gracias a nuestros campos locales y uniones, que harán todo lo posible para que el impacto se extienda hasta cada una de sus congregaciones.

Que Dios bendiga a cada iglesia donde este material sea estudiado y permita que cada uno de sus miembros estén preparados para el reino de los cielos.

Con todo nuestro aprecio,

Pr. Filiberto Verduzco
Tesorero de la División Interamericana



1

La obra
maestra
de la

Deidad





Tus manos me hicieron
y me formaron [...].

Como a barro
me diste forma
(Job 10: 8, 9).



¿QUÉ ES EL SER HUMANO?

ESTA ES UNA de las preguntas más antiguas y desconcertantes de la historia. De acuerdo con *John H. Evans*, sociólogo de la Universidad de California, podemos dar tres respuestas a esta cuestión, dependiendo del punto de vista:

1. Hay quienes ven al ser humano como un ente estrictamente biológico, que apenas se diferencia de los animales.
2. Hay quienes presuponen que el ser humano se define por su capacidad de raciocinio.
3. Hay quienes creen que el ser humano es una obra prodigiosa creada a imagen de Dios.

Evans publicó un artículo en la revista *NewScientist*¹ en el que analiza la información obtenida tras haber encuestado a 3,500 estadounidenses. En la encuesta había preguntas del tipo: «¿Es correcto arriesgar vidas de soldados para detener un genocidio en un país que no es el propio?»; «¿Debe permitirse a los ricos comprar órganos internos de personas pobres?»; «¿Hay que dejar a las personas con enfermedades terminales poner fin a su vida porque resulta más barato para el sistema?».

Según Evans, estas son las implicaciones derivadas de los tres puntos de vista que podemos tener sobre qué es el ser humano:

- ✓ Presuponer que los seres humanos son simples entes biológicos puede llevarnos a verlos como meros objetos que podemos usar para nuestro propio interés, de ahí que la gente que tiene este concepto no tenga objeciones a que no se haga nada ante un genocidio, o puedan ser proclives a algo tan delicado ética y moralmente como aceptar la compra-venta de órganos.
- ✓ Sin embargo, «aquellos que creen que los seres humanos hemos sido creados a imagen de Dios» demuestran tener un sentido mucho más elevado de la dignidad humana.²

De modo que la respuesta que demos a la pregunta del inicio encierra repercusiones éticas muy trascendentales. Como ves, «ser humano» no es un concepto que nos podamos tomar a la ligera, pues tiene repercusiones muy reales en nuestra manera de actuar, de pensar y de tratar a los demás.

De nuevo, repitamos la pregunta: *¿Qué es el ser humano?* A la cual agregamos otra: *¿Con qué propósito fue creado?*

Hace cientos de años, un humilde poeta hebreo declaró por escrito su respuesta a estas milenarias preguntas. Me resulta imposible no maravillarme ante la belleza y la sencillez de sus palabras:

«Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites? Lo has hecho poco menor que los ángeles y lo coronaste de gloria y de honra. Lo hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar; ¡todo cuanto pasa por los senderos del mar!» (Salmo 8: 3-8).

Son célebres las palabras de Job:

«Tus manos me hicieron y me formaron [...]. Como a barro me diste forma» (Job 10: 8, 9).

La posición bíblica es que fuimos creados como seres especiales a quienes Dios dotó de grandes privilegios, entre ellos que seamos señores y administradores de todo lo creado. Pero,

- ✓ ¿qué nos hace capaces de ser los regentes de la obra creadora?
- ✓ ¿Qué nos distingue del resto de la creación a tal punto que hemos sido coronados de «gloria y honra»?

LA CORONA DE LA CREACIÓN

En Génesis 1: 27 se destaca tres veces que Dios creó al hombre: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó». En la antigüedad, los escritores no tenían ni *cursivas* ni **negritas** que les permitieran destacar los aspectos más importantes de su mensaje. El método que tenían los hebreos para recalcar una idea era la repetición. Por tanto, esta triple repetición del verbo «creó» en Génesis 1: 27 tiene como propósito establecer con claridad que Moisés no alberga ningún tipo de dudas respecto a que Dios es el Creador. Además, esta triple repetición pone de manifiesto que Dios «ha llegado a la cúspide, a la meta que se propuso» durante su obra creadora.³ La raza humana, entonces, es como una especie de monumento de la majestad divina. ¡Somos la corona de la creación!

Sin bien es cierto que muchos sostienen que el ser humano y los animales comparten los mismos atributos, la Palabra de Dios sugiere que hay un elemento que distingue a la raza humana de todo lo creado. Nuestra creación fue tan importante que según Génesis 1: 26 estuvo precedida por una consulta: «Hagamos al hombre». Es la primera vez en Génesis 1 que una parte de la creación es antecedida por una consulta. Esto pone de manifiesto la singularidad de la creación de la especie humana. Además, los verbos impersonales «sea», «haya», «reúnanse», «produzca», son sustituidos por un verbo personal: «Hagamos». ¿Quiénes están incluidos en ese «hagamos»? Tanto en la tradición judía como en la musulmana, el «hagamos» ha sido interpretado como una alusión a los ángeles o al concilio celestial. Sin embargo, aceptar semejante propuesta conllevaría suponer que la imagen de los ángeles también forma parte de nuestra identidad, algo que contradice la declaración del versículo 27. «A nuestra imagen» no puede incluir a ningún ser creado, puesto que «Dios creó al hombre a su imagen». Por tanto, la expresión «a nuestra imagen» debe indicar a seres que tengan el nivel de Dios, y no a simples personajes exaltados.



ada uno de nosotros es visto por el Cielo como una copia humana de su Creador.

Precisamente, en este punto entra la revelación más completa que hemos recibido mediante los escritos del Nuevo Testamento. En sentido general, los adventistas han sostenido que ese «hagamos» es una alusión directa a la Tri-

nidad.⁴ Incluso, el mismo Antiguo Testamento destaca la función del Espíritu de Dios durante la creación del mundo (Génesis 1: 2; Job 33: 4; Salmo 104: 30). El Nuevo Testamento vincula directamente a Cristo con la creación de todo lo que existe (Juan 1: 1-3; Colosenses 1: 16; Hebreos 1: 2). Por consiguiente, cuando Génesis 1: 26 dice «hagamos», puede estar expresando mediante «este plural de plenitud una deliberación»⁵ entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¡No somos el resultado del azar! La raza humana forma parte de un plan maravillosamente diseñado por «los tres grandes poderes del cielo» (*Mensajes selectos*, t. 2, p. 450). El hecho de que nuestra creación haya sido precedida por una consultiva divina pone de manifiesto el encumbrado lugar que ocupamos en los planes de nuestro bondadoso Creador.

CREADOS A IMAGEN DE DIOS

Génesis 1: 27 también se refiere a un elemento distintivo que forma parte de nuestra naturaleza: somos los únicos a quienes el Señor, por su libertad soberana, se ha complacido en otorgar su *imagen y semejanza*. Al leer el relato de Génesis 1, no debemos pasar por alto el hecho de que todas las criaturas fueron creadas «según su especie» (Génesis 1: 21, 24, 25). Sin embargo, el ser humano no fue hecho según su especie, sino a *imagen y semejanza de Dios*, lo cual hace evidente que nosotros formamos parte de un linaje especial. Génesis 1 no habla de Dios como un ser que tiene forma de hombre, sino al contrario, se consideró al hombre como uno que se parece a Dios.⁶

Mucho se ha escrito sobre el significado de que hayamos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Aquí me gustaría brevemente destacar algunos elementos que considero relevantes para los propósitos de este libro.

- ✓ En primer lugar, nuestra condición de imagen de Dios nos coloca en «una relación de dependencia absoluta, puesto que toda imagen recaba su propia consistencia y su razón de ser del original que reproduce». ⁷ Fuimos creados para reflejar a Dios ante toda la creación. En este sentido, cada uno de nosotros es visto por el Cielo como una copia humana de su Creador.
- ✓ En segundo lugar, esa imagen y semejanza «incluye una semejanza física. [...] Esta semejanza también sugiere facultades racionales con las cuales pensar los pensamientos de Dios». ⁸ La imagen de Dios nos habilita para poner en sintonía nuestra mente con el Creador de todo. Elena G. de White considera que, al crearnos a su imagen y semejanza, Dios creó «una clase nueva y distinta» (*Review and Herald*, 11 de febrero de 1902). Ni somos iguales a Dios, ni somos iguales a los ángeles, *somos únicos*. Por otro lado, la misma autora declaró que llevamos la imagen divina «tanto en la semejanza exterior, como en el carácter» (*Patriarcas y profetas*, cap. 2, p. 24; la cursiva es nuestra).

¿PARA QUÉ FUIMOS CREADOS A IMAGEN DE DIOS?

Ahora bien, aunque no podemos ser dogmáticos en cuanto a *en qué* consistió esa imagen y semejanza con Dios, sí podemos identificar las razones por las cuales el ser humano recibió este gesto de bondad de parte del Creador. Por tanto, en lugar de tratar de saber con exactitud en qué consistió este don divino, deberíamos concentrar nuestros esfuerzos en cumplir la misión para la cual se nos concedió dicho privilegio.

En Génesis 1: 26, Moisés escribió: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra». De acuerdo con los

expertos, la conjunción hebrea traducida como «y» en nuestro pasaje, suele funcionar como un «marcador de una secuencia de actos estrechamente relacionados». ⁹ De ahí que algunas versiones traducen el texto de este modo: «Para que domine» (BLP). Ello establece un vínculo entre la imagen de Dios y el dominio que debe ejercer el ser humano sobre la creación. Fuimos creados a imagen de Dios a fin de que podamos ser mayordomos eficaces de todo lo que hay en la tierra. ¹⁰

Sin embargo, ese dominio no se le está confiriendo a Adán para que se sienta superior a otro ser humano. El dominio le pertenece a Adán, pero ese Adán es un ser colectivo: toda la humanidad. Ese dominio es propiedad tanto del «varón» como de la «hembra». El hecho de que ambos reflejen la imagen divina indica que ninguno depende del otro. Todo lo creado está sujeto a ellos, pero ellos solo quedan sujetos a Dios. El ser humano queda fuera del dominio de otro ser humano. Estamos llamados a dominar «a los peces del mar y a las aves de los cielos y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo» (Génesis 1: 28, NVI), pero en ninguna parte el texto nos ordena ejercer señorío sobre uno que sea semejante a nosotros.

Dios nos creó para bendecirnos y para que tengamos «potestad», «para que dominemos», para que ejerzamos «poder» (DHH). Este vocablo hebreo también se utiliza para hablar del dominio de un rey (ver 1 Reyes 5: 4; Salmo 78: 2; 110: 2). Ello nos recuerda que el Salmo 8 —que es un comentario teológico a Génesis 1: 26-28— ¹¹ describe al ser humano como alguien al que Dios coronó «de gloria y honra» y lo puso por encima de todo lo creado (versículos 5, 6).

Es interesante mencionar que en la literatura del antiguo Oriente Próximo es muy común el concepto de que únicamente el rey lleva la impronta de la imagen de los dioses. Un texto asirio declara: «Un hombre [libre] es la sombra de dios; el esclavo es la sombra del hombre libre; sin embargo, el rey es como la imagen misma de Dios». En otra parte se define al rey «como la imagen de Marduk». ¹² La Biblia, en cambio, declara que todos los seres humanos, sin importar su estatus social, fueron creados a «imagen de Dios».

Tomando en cuenta que en Génesis 1: 26 el ser humano tiene la primacía sobre la creación, quizá el concepto de «imagen de Dios» evoque

las costumbres que tenían los reyes del antiguo Oriente Próximo de establecer sus imágenes en los territorios que formaban parte de su reinado y de considerar al rey como una imagen viva de la deidad. Una inscripción del siglo IX a. C. se refiere a una estatua como «imagen y semejanza del rey Hadadyis í». ¹³ La estatua constituye un monumento que refleja «la presencia, el poder y la autoridad del rey». ¹⁴ Podríamos, entonces, deducir que el ser humano ha sido colocado en el mundo como una estatua de Dios, como un monumento en honor al Creador. De esa manera, la humanidad habría de ser un testimonio permanente de la obra creadora del Señor y la representante de Dios en la tierra.

Llevar la imagen de Dios no nos hace dueños de lo que se ha puesto bajo nuestra custodia, pero sí nos hace responsables de la forma en que lo administramos. Un incidente del Nuevo Testamento nos ayudará a entender mejor este punto. Cuando los fariseos le preguntaron a Cristo si era correcto «dar tributo al César», Jesús les dijo: «Mostradme la moneda del tributo. Ellos le presentaron un denario. Entonces les preguntó: “¿De quién es esta imagen y la inscripción?”. Le dijeron: “De César”. Y les dijo: “Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”» (Mateo 22: 15-22). César era el dueño de la moneda porque esta llevaba su imagen. Del mismo modo, al poner su imagen sobre nosotros, Dios nos está señalando como su propiedad especial, somos «hechura suya» (Efesios 2: 10). ¡Así nos ve Dios!

Obviamente, el privilegio de llevar la imagen de Dios conlleva responsabilidades. Una de ellas, entre otras, consiste en que no perdamos de vista quién es el Creador y quién es la criatura. Saber que no somos dioses, sino representantes del Dios verdadero, puesto que llevamos su impronta en nosotros, nos hace mantenerlo todo dentro de la perspectiva adecuada.

En este sentido, conviene recordar que Génesis le da al ser humano el dominio sobre «las cosas». Lamentablemente, el mundo ha trastocado lo que era antes, en el principio, y parece que ahora son las cosas las que ejercen señorío sobre la raza humana. Isaías dice que el ser humano toma oro, plata, madera, y construye una «imagen de talla»

y la adora como si fuera Dios (ver Isaías 40: 19, 20). La verdadera imagen de Dios, el ser humano, en un acto sin sentido, escoge «cosas» para construir una imagen falsa y entonces le rinde su adoración. Vivimos en una alocada búsqueda de las posesiones materiales a tal punto que, para muchos, estas se han convertido en un dios. Debido al «engaño de las riquezas y los placeres de la vida» vivimos sin frutos, encadenados a un irresistible deseo de tener más de lo que debemos o podemos tener (ver Lucas 8: 14). El Señor nos ha dotado con su imagen, no para que seamos esclavos de las posesiones, sino para que podamos cumplir con eficacia nuestra función de administradores de todas ellas. Mientras nosotros hacemos imágenes para adorarlas como si fuera Dios, Dios hace de nosotros sus imágenes en un mundo en rebelión.

CUANDO LA CRIATURA QUIERE SER EL CREADOR

Tomando lo anterior en cuenta, fijate en que la narración de la creación del mundo está escrita y estructurada de tal forma que Dios, y no el ser humano, es el protagonista absoluto. Resulta interesante tomar en consideración que aunque el relato de Génesis fue escrito por un judío, no hay ningún vestigio de nacionalismo en él. Dios es el Creador de todo y de todos. En los 31 versículos del capítulo 1 de Génesis, la palabra «Dios» aparece 32 veces. En Génesis 1: Dios dice; Dios ve; Dios separa, Dios hace; Dios pone; Dios bendice. Todo es obra de Dios.

Lamentablemente, el ser humano pretendió quitarle protagonismo a Dios. El hombre no se contentó con nada más tener la «imagen», sino que también codició *ser* «como Dios» en todo el sentido de la palabra (ver Génesis 3: 1-15). No se conformó con ocupar el puesto de administrador de la creación, además quiso ser el dueño de la creación. El hombre olvidó que como «imagen de Dios», tan solo era un espejo mediante el cual Dios se reflejaba en su obra creadora; pero el ser humano era solo eso: un espejo, no la sustancia de Dios (ver Hebreos 1: 3). El valor del espejo no radica en sí mismo, sino en la imagen que proyecta. La grandeza del hombre no se hallaba en él. Su honor dependía de que cumpliera fielmente su

E

l hecho de que todos hemos sido creados a imagen de Dios nos recuerda que todos somos iguales.

papel como reflector de la imagen divina. Asombrosamente, el ser humano pretendió dejar de ser criatura y convertirse en creador.

Reflexionemos un momento en estas hermosas palabras escritas a finales del siglo II por un cristiano llamado *Ireneo*:

«¿Cómo podrías hacerte dios, si primero no te haces un ser humano? ¿Cómo pretendes ser perfecto, si fuiste creado en el tiempo? ¿Cómo sueñas con ser inmortal, si en tu naturaleza mortal no has obedecido a tu Hacedor? [...]. Porque tú no hiciste a Dios, sino que él te hizo a ti. Y si eres obra de Dios, contempla la mano de tu artífice, que hace todas las cosas en el tiempo oportuno, y de igual manera obrará oportunamente en cuanto a ti respecta. Pon en sus manos un corazón blando y moldeable, y conserva la imagen según la cual el Artista te plasmó; guarda en ti la humedad, no vaya a ser que, si te endureces, pierdas las huellas de sus dedos. Conservando tu forma subirás a lo perfecto; pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti».¹⁵

¡Qué maravilla! ¡El arte de Dios esconderá el lodo que hay en nosotros! ¡El divino artista plasmó su imagen en nosotros! ¡Todavía olemos a barro! ¡Las huellas de sus dedos aún son visibles en cada hombre y mujer!

TODOS SOMOS VALIOSOS

El hecho de que todos hemos sido creados a imagen de Dios nos recuerda que todos somos iguales. Como bien dice *Claus Westermann*:

«Todo ser humano, de cualquier religión o lugar, incluso donde la religión no es reconocida, ha sido creado a imagen de Dios». ¹⁶ Ser conscientes de esta verdad debería llevarnos a rechazar el racismo, el machismo, el feminazismo, el prejuicio generalizado y el lenguaje del odio que tanto imperan en el siglo XXI. Reconocer que hemos sido creados a imagen de Dios nos hará recordar que, aunque somos seres ínfimos en comparación con el Creador, nuestra pequeñez humana refleja algo infinitamente grande. Por tanto, no somos «una mera estadística. Tampoco somos peones que pueden usarse, manipularse o eliminarse inescrupulosamente. La desaparición de cualquiera de nosotros es una gran tragedia, que trae tristeza tanto a Dios como a los seres humanos». ¹⁷ En 1903, Elena G. de White hizo una declaración sumamente impactante al afirmar que Dios ha hecho de cada uno de nosotros «un participante de la vida y naturaleza de Dios» (Manuscrito 102, 1903). Mi prójimo tiene el linaje de Dios, «de él somos descendientes» (Hechos 17: 28, NVI).

Además, en un mundo donde se le rinde culto a la belleza, y donde se tiene en poca estima a quienes poseemos menos simetría física, saber que somos hechos a imagen de Dios nos llega como una bocanada de aire fresco, pues nos hace saber que somos inapreciables para el Cielo. No olvidemos nunca estas palabras del Señor: «A mis ojos eres de gran estima, eres honorable y yo te he amado» (Isaías 43: 4). Cuánta razón tuvo *Sófocles*, el poeta griego, al decir: «De las muchas maravillas, ninguna tan maravillosa como el ser humano».

Reconocer que mis semejantes llevan sobre sí la imagen de mi Creador habrá de suscitar en mí el deseo de tratarlos como lo que son: hijos del rey del universo. Esto no solo impedirá que me convierta en un asesino —«Si alguien mata a un hombre, otro hombre lo matará a él, pues el hombre ha sido creado a imagen de Dios» (Génesis 9: 6, DHH)—; sino que además

- ✓ pondré todo mi empeño para no albergar en mi mente pensamientos ofensivos contra nadie (ver Mateo 5: 21-26);
- ✓ y usaré mi lengua para bendecir, no para maldecir, a quienes comparten conmigo la semejanza divina: «Con la lengua, lo mismo bendecimos a nuestro Señor y Padre, que maldecimos a los hombres

creados por Dios a su propia imagen» (Santiago 3: 9). Como todos hemos sido creados a imagen de Cristo, cualquier cosa que yo haga o diga en perjuicio de alguien, es como si lo hiciera contra el mismo Señor.

Una mujer cristiana solía orar para que cuando sus ojos visualizaran el rostro de un mendigo, ella pudiera ver el rostro de Cristo en dicho mendigo y, entonces, servirle como si lo hiciera al mismo Señor. Es urgente que oremos para que podamos contemplar, entre la gente que nos rodea, la imagen misma del Señor. Para lograr esto evidentemente tendremos que amar a nuestro prójimo. De ahí que amar a nuestros semejantes —incluyendo a quienes han hecho todo lo posible para amargarnos la existencia— es la prueba irrefutable de que la imagen de Dios está siendo reflejada en nuestras vidas.

«Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos» (1 Juan 3: 14).

Saber que todos tenemos la impronta divina grabada en nuestro ser nos hace valorar la creatividad y la capacidad humanas. A pesar de la caída y de la maldad, el ser humano sigue siendo amante de lo bello. Las facultades con las que Dios ha dotado a la raza humana son únicas. Ese vestigio divino que circula por nuestra sangre es lo que nos impulsa a lograr cosas asombrosas. En nosotros siguen plasmadas la virtud y el ingenio del Gran Artista. En este contexto resultan muy apropiadas las palabras de *William Shakespeare*, cuando refiriéndose al ser humano declaró: «¡Qué admirable! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante a un ángel en sus acciones! Y en su espíritu, ¡qué semejante a Dios!». ¹⁸

Sería de mucho beneficio que nos apropiáramos de esta plegaria: «Oh, Señor, tú nos creaste para ti y nuestro corazón andará siempre inquieto hasta que encuentre descanso en ti». ¹⁹ Hemos de acudir y descansar en los brazos de nuestro poderoso Creador. Cuando lo hagamos, iremos siendo «transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor» (2 Corintios 3: 18). ¡Así nos está viendo nuestro Padre celestial!



LECCIONES PARA LA IGLESIA

El capítulo que acabamos de leer y estudiar nos ha recordado que el lugar de los seres humanos en la creación es absolutamente único. A ellos les dio Dios el dominio «sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra» (Génesis 1: 28); además les dio la potestad de pensar, de elegir, de ser creativos, de ser compañeros de Dios en confraternidad y mayordomía. Por lo tanto, al tratar con los seres humanos, estamos tratando con su Creador. Este parentesco divino se encuentra en la misma base del concepto adventista de la dignidad humana y nos impone algunas responsabilidades como iglesia. Aquí están algunas de ellas:

- Al reconocer que cada miembro de iglesia es una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, la iglesia está en el deber de ayudarle a entender las implicaciones de ese privilegio. Para lograr esto, ***cada congregación debería desarrollar y llevar a cabo un plan de educación comprensivo y basado en la Biblia, que contribuya a que cada miembro de iglesia crezca en el conocimiento de Dios y de su voluntad para ellos.***
- Debido a que la creación muestra que Dios desea relacionarse personal e íntimamente con el ser humano, ***la iglesia debe proveer un ambiente de adoración que resulte espiritualmente inspirador.*** Cada miembro debería ser motivado a practicar disciplinas espirituales como la oración, el estudio de la Biblia y la testimonio, que fomentan una vida de intimidad con el Señor.
- Siendo que desde la misma creación Dios invitó al ser humano a colaborar con él en la administración del planeta, la iglesia debería reconocer que cada miembro de iglesia tiene un potencial incalculable en Cristo. Precisamente por esto último, ***la enseñanza y práctica de una mayordomía integral ha de ser central y permanente en la vida de cada congregación, a fin de que todos podamos dar cumplimiento al plan original de Dios y seamos buenos administradores de sus recursos y bendiciones.***

1. «Does science undermine human rights?», *NewScientist* (agosto de 2003), <https://www.newscientist.com/article/mg23130850-200-who-we-think-we-are-and-why-it-matters/> [consultado el 20 de agosto de 2020].
2. https://world.wng.org/2016/09/bearing_the_image [consultado el 20 de agosto de 2020].
3. Gerhard von Rad, *El libro de Génesis* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1977), p. 68. «El clima del relato es la creación del hombre y la mujer en los versículos 26-31», Johnson T. K. Lim, *Grace in the Midst of Judgment: Grappling with Genesis 1–11*. Beihefte zur Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft (Walter de Gruyter: Berlin-New York 2002), p. 116.
4. Ver Gerhard F. Hasel, «The Meaning of “Let Us” in Gn. 1: 26”», *Andrews University Seminary Study* 13 (1975), pp. 58-66; Jacques B. Doukhan, *Genesis*, Seventh-Day Adventist International Bible Commentary (Boise, Idaho: Pacific Press, 2016), p. 62; Francis D. Nichol y Humberto M. Rasi, *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1992), t. 1, p. 227.
5. Hasel, p. 65.
6. Gerhard von Rad, *Teología del Antiguo Testamento I: Las tradiciones históricas de Israel* (Salamanca, Ediciones Sígueme: 2009), p. 95.
7. Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios: Antropología teológica fundamental* (Maliaño: Editorial Salt Terrae, 1988), p. 45.
8. William H. Shea, «La doctrina de la creación» en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe* (Doral, Florida: IADPA, 2006), t. 4, p. 190.
9. James Swanson, *Dictionary of Biblical Languages with Semantic Domains: Hebrew (Old Testament)* (Oak Harbor: Logos Research Systems, Inc., 1997).
10. von Rad, *El libro de Génesis*, p. 71. «El [el hombre] prueba que Dios es el Señor de la creación y practica también el señorío de Dios en cuanto a administrador suyo. Realiza esta tarea no caprichosamente y para su gloria, sino como un plenipotenciario consciente de su responsabilidad. Su derecho y deber de señorío no son autónomos sino participados» (Hans Walter Wolff, *Antropología del Antiguo Testamento* [Salamanca: Ediciones Sígueme, 1997], p. 217).
11. Bruce K. Waltke y Charles Yu, *An Old Testament Theology* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2007), p. 222.
12. D. J. A. Clines, «The Image of God in Man», *Tyndale Bulletin* 19 (1968), p. 84.
13. Tremper Longman III, *Genesis*, The Story of God Bible Commentary (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2016), p. 36; Gordon J. Wenham, *Genesis 1–15*, vol. 1, Word Biblical Commentary (Dallas: Word, Incorporated, 1987), p. 29.
14. Longman, pp. 36, 37.
15. *Contra los herejes*, libro IV, capítulo XXXIX. 2, en Alexander Roberts y James Donaldson, eds., *Ante-Nicene Fathers*, vol. 1 (Peabody, MA: Hendrickson, 1999), pp. 522, 523.
16. Claus Westermann, *A Continental Commentary: Genesis 1–11* (Minneapolis, Minnesota: Fortress Press, 1994), p. 158.
17. Gerald Wheeler, *Más allá de esta vida* (Miami: APIA, 1998), p. 11.
18. *Hamlet*, acto segundo, escena VIII (Buenos Aires: EDAF, 2012), p. 117.
19. Agustín, *Confesiones*, libro I. capítulo I. 1, en Philip Schaff, *Nicene and Post-Nicene Fathers*, vol. 1 (Peabody, MA: Hendrickson, 1999), p. 45.

2 El «especial tesoro» del *Señor*





Vosotros seréis
mi especial tesoro
sobre todos
los pueblos
(Éxodo 19: 5).



¿ALGUNA VEZ has leído alguna noticia que te haya dejado desconcertado? Hace unos meses, leí una que me dejó estupefacto. En abril del 2020, el presidente chileno, Sebastián Piñera, promulgó la Ley de Indultos Conmutativos.¹ ¿En qué consistía esa ley? En permitir a un grupo grande de reos (casi 1,800) «abandonar las cárceles del país y cumplir lo que les queda de su pena bajo la medida de arresto domiciliario».² El objetivo era descongestionar las cárceles ante la pandemia de coronavirus, como «un acto de humanidad para proteger la salud y la vida de los grupos más vulnerables privados de libertad».

Lo que me dejó desconcertado no fue esa noticia en sí misma, sino la siguiente: «Más de un centenar de reos rechaza indulto para abandonar penales». Es decir, más de cien personas que pudieron haberse acogido a esa ley, prefirieron permanecer en la cárcel; no aceptaron el cierto nivel de libertad (arresto domiciliario) que generosamente el presidente les había concedido. Hernán Larraín, ministro de Justicia y Derechos Humanos de Chile, informó que «muchas personas, más de las que me habría imaginado, han rechazado el indulto». Sin duda, más de las que habría imaginado yo también. Uno no puede menos que preguntarse: ¿Por qué un hombre o una mujer que están en la cárcel tomarían una decisión así?

La experiencia con los presidiarios de Chile pone de manifiesto que hay personas que se han acostumbrado a vivir en prisión, a quienes la libertad les resulta una experiencia extraña, inexplorable, indeseable o, por motivos diversos, no preferible a la realidad que están viviendo tras las rejas. La cárcel ya no se reduce para ellos a meramente un lugar de confinamiento, sino que ha llegado a ser su hogar, allí está su familia, los que son como ellos, y no consideran necesario salir de allí. Y eso es lo que le pasa al ser humano pecador: se ha acostumbrado a vivir como un preso de Satanás y para poder sacarnos de la cárcel del pecado Dios tuvo que poner en marcha un plan especial.

LA HUMANIDAD ESTÁ ENCARCELADA

Un sábado de mañana, Jesús visitó la sinagoga de su pueblo, y mientras leía una porción del libro de Isaías, bosquejó su misión en esta tierra. En esa memorable reunión, el Maestro dijo:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los pobres;
me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón,
a *pregonar libertad a los cautivos* y vista a los ciegos,
a *poner en libertad a los oprimidos*
y a predicar el año agradable del Señor» (Lucas 4: 18, 19).

Prestemos atención a las dos frases que he destacado en cursiva: *pregonar libertad a los cautivos* y *poner en libertad a los oprimidos*. Estos pasajes los tomó Lucas de Isaías 61, pero la segunda frase que hemos puesto en cursiva, dice de la siguiente manera en Isaías 61: 1: «Y a los prisioneros apertura de la cárcel». Nuestro Señor concibió su ministerio terrenal como una obra de liberación en favor de los que estaban oprimidos; como una apertura de cárcel a los que eran prisioneros. ¿Pero de qué o de quién vino Jesús a liberarnos? Vino a librarnos del pecado y del poder de la muerte.

En Romanos 6, el apóstol Pablo describió el pecado bajo la figura de un rey que impone su autoridad a fin de que le obedezcamos: «No permitan ustedes que el pecado reine en su cuerpo mortal, ni obedezcan a sus malos deseos» (Romanos 6: 12, NVI). La palabra griega traducida como «reine» describe a alguien que «ejerce su autoridad en un nivel regio»,³ que «controla de manera absoluta».⁴ En Romanos 5: 21 se nos

dice que «el pecado reinó para muerte», de ahí que todos los que vivimos bajo el reino del pecado somos sirvientes del poder de la muerte.

Presta atención a lo que dijo Pablo en Romanos 6: 16: «Ustedes saben muy bien que si se entregan como esclavos a un amo para obedecerlo, entonces son esclavos de ese amo a quien obedecen» (DHH). Y como todos pecamos, «la muerte pasó a todos» y «vino la condenación a todos» (Romanos 5: 12, 18), y nos convertimos en «esclavos de corrupción,⁵ pues el que es vencido por alguno es esclavo del que lo venció» (2 Pedro 2: 19). Cumplir con los deseos del amo pecado se ha convertido en el sol nuestro de cada día y en la pesadilla que perturba nuestras noches. Como esclavos de corrupción, vivimos bajo la sumisión de la lujuria, de los desenfrenos morales, de los sinsentidos de las pasiones más bajas. Los grilletes que nos esclavizan no vienen de fuera, nos atan desde las más negras profundidades del corazón. Es una esclavitud que Satanás impone desde dentro, tomando control de nosotros.⁶

El libro de Hebreos también hace su aporte a este tema tan crucial, al decir que el diablo tiene el imperio de la muerte y que muchos estarían «sometidos a la muerte durante toda la vida» (Hebreos 2: 14, 15, NVI). Como un malvado patrón, Satanás tiene el salario con el que pagará a todos los que están bajo su servidumbre: «La paga del pecado es la muerte» (Romanos 6: 23).

- ✓ Los seres humanos hemos caído bajo la cautividad del pecado,
- ✓ formamos parte del reino del mal y
- ✓ nuestro salario es la muerte.

Y Satanás se ha empeñado en que esa muerte, la espiritual, la eterna, nos afecte a todos. No hay un ser humano que quede fuera de la agenda de trabajo del diablo. Para el enemigo, todos nosotros somos importantes, pues él mismo ha trazado un plan concreto que nos abarca a todos: la perdición. El plan personalizado de Satanás consiste en que todos estemos «bajo el poder del pecado» (Romanos 3: 9). La misma frase griega también se usa en Romanos 7: 14 y se traduce «vendido al pecado».⁷ Al pecar, hemos pasado a ser propiedad del enemigo, él tiene el certificado que dice: «Vladimir se vendió a mí». Permanecer bajo ese poder implica que estamos bajo sus órdenes, que nos debemos a su autoridad, que somos sus esclavos. Esa condición nos encierra en una



Jesús es el enviado del Cielo para «pregonar libertad» y «poner en libertad».

cárcel cuyas puertas no podremos abrir por nosotros mismos; de ahí que necesitamos con urgencia que alguien le quite a Satanás la autoridad que tiene sobre nosotros. Para eso necesitamos un libertador.

EL REDENTOR DEL MUNDO

Volvamos a Lucas 4: 16-21. Al concluir su lectura en la sinagoga, Jesús hizo esta sorprendente declaración: «Hoy mismo se ha cumplido la Escritura que ustedes acaban de oír» (vers. 21, DHH). En otras palabras, él se identificó como el Libertador enviado al mundo para dar cumplimiento a las acciones anunciadas por Isaías.

A la luz de Lucas 4: 18, 19 podemos afirmar que la principal preocupación de Jesús fue la gente. Al trazar el bosquejo de su obra redentora, el Maestro dejó claro que su misión giraría en torno a las personas. Lucas no dice que Jesús definió su ministerio como una denuncia contra el pecado y contra el pecador. Más bien, el punto central de su programa ministerial radicó en encontrar la manera de hacer más soportable la vida de cada uno de nosotros. Por eso se dedicó a «sanar a los quebrantados de corazón»; es decir, se enfocó en aliviar el sufrimiento que había arruinado la vida de hombres y mujeres. Su primera obra sería tocar con su celestial ternura el corazón de los que estaban arruinados por el sufrimiento. Sin duda alguna, para Jesús, consolar tiene prioridad sobre reprender.

Aliviar el dolor es más imperativo que señalar su causa. Con mucho pesar he visto a algunos creyentes que se dedicaron a hacer de la pandemia de 2020 el dardo para herir aún más el alma de quienes

batallaban cuerpo a cuerpo contra la COVID-19. El sufrimiento humano constituye una valiosa oportunidad para que la iglesia ponga en práctica lo que hizo el Salvador del mundo. Jesús vino a esta tierra a mostrarnos con su propia vida que Dios se preocupa por los que sufren y se solidariza con cada uno de ellos. El Espíritu lo ungió, no para que se apartara de los pecadores, sino para que se relacionara con ellos, comiera con ellos, caminara con ellos; su unción lo puso más cerca de los que estaban arruinados por el pecado. Como lo hizo con el Señor, el Espíritu Santo también ha ungido a la iglesia para que salga en auxilio de los que son presas del sufrimiento. Cristo y su mensaje liberan del yugo del sufrimiento que ha tornado la vida en un horno de fuego ardiente.

Jesús es el enviado del Cielo para «pregonar libertad» y «poner en libertad». La realización de la primera produce la segunda, puesto que cuando se pregona libertad, la gente tiene la oportunidad de recibirla. ¿Qué tipo de libertad sería esa que Jesús pregonaría y pondría a nuestro alcance? A primera vista siempre resulta tentador suponer que Jesús se estaba refiriendo a libertar a Israel del yugo de Roma, o que quizá sacaría de la cárcel a todos los presos políticos. No obstante, pensemos por un momento en Juan el Bautista. Lucas dice que Herodes «encerró a Juan en la cárcel» (Lucas 3: 20). ¿Lo liberó Jesús? No; es más, Juan ni siquiera salió vivo de la cárcel (ver Lucas 9: 9). ¿El precursor del Mesías no fue beneficiado con la «liberación» que traería el Mesías? Resulta lógico suponer que Jesús pregonaría y pondría en marcha no una libertad física sino espiritual.

En Lucas 4: 18 el vocablo griego que ha sido traducido como «libertad» es *afesis*, una palabra clave en los escritos de Lucas. Aparece cinco veces en su Evangelio (1: 77; 3: 3; 4: 18; 24: 47) y cinco en Hechos (2: 38; 5: 31; 10: 43; 13: 38; 26: 18), mientras que solo dos veces en Marcos (1: 4) y una vez en Mateo (5: 31). Si echamos un vistazo a los pasajes de Lucas, incluyendo los que aparecen en Hechos, exceptuando Lucas 4: 18, veremos que en todos los casos en los que aparece *afesis*, ha sido traducida como «perdón»; y en todos va seguida de la palabra «pecados». Es decir, *afesis*, primero que nada, implica el perdón o liberación del pecado. ¿Podría ser este el significado de Lucas 4: 18? ¿Está hablando Jesús aquí de una liberación o perdón del pecado? Sin duda.

Más que liberación física, Jesús vino a traer la libertad que otorga saber que Dios está presto a perdonar nuestros pecados. En los capítulos siguientes, Lucas narra una serie de acontecimientos que ponen de manifiesto que *Jesús vino a liberarnos*

- ✓ del poder de Satanás (4: 31-44),
- ✓ del poder del pecado (5: 1-32) y
- ✓ de las tradiciones religiosas (5: 33-6: 11).⁸

Tres ámbitos en los que generalmente el diablo se las arregla para mantenernos atrapados. De hecho, no sería nada raro que el problema principal de quienes aseguramos haber sido liberados del pecado, es que seamos esclavos de nuestras propias convicciones y usanzas pseudoespirituales.

Pedro, resumiendo lo dicho en Lucas 4: 18, 19, declara que «Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder, el cual anduvo haciendo bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con él» (Hechos 10: 38, NBLH). Jesús trajo libertad no a los oprimidos por Roma, sino a los oprimidos por un poder muy superior a Roma: el de Satanás. Cristo vino a romper esas cadenas milenarias con las que el enemigo había atado cada fibra de nuestro corazón. La obra de perdón/liberación realizada por Jesús está muy por encima de lo que podría imaginar nuestra mente finita, va más de allá de un simple acto de perdón.

Elena G. de White afirmó:

«El perdón de Dios no es solamente un acto judicial por el cual nos libra de la condenación. No es solamente el perdón por el pecado, sino también una redención del pecado. Es la efusión de amor redentor que transforma el corazón» (*La fe por la cual vivo*, p. 131).

Jesús es el que nos libera del poder del pecado. Es el perdón de Jesús lo que nos libra «del poder de las tinieblas» y nos hace partícipes «del reino» (Colosenses 1: 13). Pero ¿cómo nos liberó Jesús del poder de Satanás?

Ya vimos que al caer bajo el dominio de Satanás, nosotros mismos nos «vendimos al pecado» (Romanos 7: 14). Al usar la imagen de que estamos «vendidos», Pablo está recurriendo a una metáfora tomada del comercio. Aquí hay dos puntos interesantes. Si le preguntamos a Sata-



El perdón de Dios es la efusión de amor redentor que transforma el corazón». Elena G. de White

nás hasta cuándo seremos sus esclavos, él nos dirá: «Durante toda la vida». Si nos preguntan a nosotros si podemos liberarnos del poder del diablo, la única respuesta válida será: «No podemos». Ello sugiere que la única manera en la que podríamos quedar libres es si un tercero, Jesús, hace algo por nuestra liberación. Y al hablar de la solución divina al problema de la esclavitud del pecado, el apóstol vuelve a recurrir a una ilustración del mundo comercial. Esto es lo que dice Romanos 3: 24: «Y son justificados gratuitamente por su gracia, *mediante la redención* que es en Cristo Jesús». Subraya la palabra «redención». Un vocablo similar usó Jesús al decir que vino «para dar su vida en *rescate* por todos» (Marcos 10: 45). Una vez más se destaca el hecho de que el Maestro vino al mundo *por* la gente. Su meta es rescatarnos «a todos». Así como la esclavitud de Satanás nos afecta a todos, del mismo modo la liberación llevada a cabo por Jesús es para todos. Nuestra redención nos ha llegado de manera *gratuita*; pero «gratuita» no significa que no haya tenido un precio.

¿CUÁNTO VALE UN REDIMIDO?

La Biblia afirma que «tenemos redención por su sangre» (Efesios 1: 7; Colosenses 1: 14). El apóstol Pedro lo expresó con estas palabras:

«Pues Dios los ha rescatado a ustedes de la vida sin sentido que heredaron de sus antepasados; y ustedes saben muy bien que *el costo de este rescate no se pagó con cosas corruptibles, como el oro o la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, que fue ofrecido en sacrificio como un cordero sin defecto ni mancha*» (1 Pedro 1: 18, 19, DHH).

Hubo un precio por nuestro rescate. Ese precio no se pagó con oro, ni plata. Hay un par de realidades que se desprenden de ese pasaje.

1. *En primer lugar, las cosas que consideramos valiosas (el oro, la plata, los objetos preciosos) no pueden liberarnos de las garras del diablo.* Vivimos en una época en la que el ser humano supone que todo lo puede conseguir a base de dinero. Pero hay cosas que el dinero no puede comprar; en realidad, como dijo Facundo Cabral, «solamente lo barato se compra con el dinero». Isaías 2: 19-21 dice que hemos construido «ídolos de plata, ídolos de oro» que no nos ayudarán en nuestros momentos más críticos. Apocalipsis habla de que en el fin del mundo habrá gente adorando ídolos de «oro, plata, bronce, piedra, madera, los cuales no pueden ver ni oír ni andar» (Apocalipsis 9: 20). Esto es muy serio. Satanás nos hace esclavos de cosas que no nos ayudarán a ser felices ni a tener la vida eterna. Muchos le damos al dinero una posición divina; pero ese dinero por el cual trabajamos día y noche, que nos hace cerrar el puño y el corazón y rendirle todo nuestro tributo, no nos libera del poder de Satanás. ¿Por qué? Porque es corruptible. El dinero, sea lo que sea que hagamos con él (incluso si lo damos como diezmos y ofrendas), no puede comprar nuestra libertad, ni puede pagar por nuestra salvación. Pedro lo deja claro: nuestra redención se pagó «con la sangre preciosa de Cristo» y no con «cosas corruptibles».

2. *En segundo lugar, el precio de un objeto lo determina el valor de ese objeto.* Tal vez puedas preguntarte: ¿Por qué se tuvo que pagar un precio tan elevado por nosotros? ¡Pues porque somos valiosos para Dios! Si la vida del ser humano se hubiera podido comprar con dinero, entonces nuestro valor sería inferior al de las cosas corruptibles. No obstante, como la vida humana vale más que todo lo que existe en este mundo, entonces el pago por su liberación tenía que venir de otro mundo. Todo lo que está al alcance de nuestros ojos vale menos que nosotros. La redención procura que realmente podamos entender lo significativos que somos para el Cielo.

La sangre de Cristo expresa claramente que no hay nada en el universo que exceda en valor al ser humano. ¿Por qué? Porque Dios entregó a su propio Hijo para que tú y yo podamos quedar libres del

poder de Satanás. Por eso Pablo pregunta: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Romanos 8: 32).

Recurriendo al lenguaje poético, el profeta Isaías resalta nuestro valor en este majestuoso canto:

«Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, Jacob,
y Formador tuyo, Israel:
No temas, porque yo te redimí;
te puse nombre, mío eres tú.
Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo;
y si por los ríos, no te anegarán.
Cuando pases por el fuego, no te quemarás
ni la llama arderá en ti.
Porque yo, Jehová, Dios tuyo,
el Santo de Israel, soy tu Salvador;
a Egipto he dado por tu rescate,
a Etiopía y a Seba a cambio de ti.
Porque a mis ojos eres de gran estima,
eres honorable y yo te he amado;
daré, pues, hombres a cambio de ti
y naciones a cambio de tu vida» (Isaías 43: 1-4).

DIOS, LOS REDIMIDOS Y LA IGLESIA

Pedro dice que Dios *nos redimió* de nuestra «vana manera de vivir». Esta frase «describe un estilo de vida que carece de propósito, que es infértil e inútil». ⁹ De ahí podemos colegir que un redimido por Dios es alguien que ha llenado su vida con un objetivo; no anda por el mundo golpeando el viento, como una ola sin rumbo. La redención hace de mí un ser humano capaz de saber hacia dónde guiaré mi vida. En ese sentido, cuando aceptamos lo que Dios ha hecho por nosotros, vemos nuestra vida desde una perspectiva productiva. Muchos de nosotros seguimos viviendo «una vida vana» porque no hemos aceptado nuestro verdadero valor. Pero la redención en Cristo nos hace conscientes de cuán valiosos somos, eso le da sentido a nuestra existencia y de ahí que nos transforma.

N

uestra redención nos ha llegado de manera gratuita; pero «gratuita» no significa que no haya tenido un precio.

Por eso, como individuos y como iglesia, hemos de tener presente que la gente que está a nuestro alrededor es de «gran estima» ante los ojos del Creador. Cuando digo «la gente», no me estoy refiriendo solo a los que oran, a los que estudian la lección de la Escuela Sabática, a los que leen su devocional diario...; cuando hablo de gente, me refiero absolutamente a todos: al enfermo que batalla con la COVID-19, a la mujer que vende su cuerpo para llevar comida a la mesa de su casa, al político descarado que se apropia de fondos públicos, al borracho que trata de ocultar su miseria sumergiéndose en el alcohol. Sí, Dios mira con «gran estima» al joven que ha perdido su dignidad por el consumo de drogas, al que en un acto irracional le quitó la vida a su compañera... Dios nos mira con «gran estima» a todos, a los que se creen buenos y a los que se reconocen malos. ¿Sabes por qué? Porque Dios pagó el mismo precio por unos y por otros, por ti y por mí; el pago por la liberación del «santo» y del pecador fue el mismo. Por tanto, todos somos joyas preciosas para nuestro Creador.

Me gusta mucho la manera en que la Carta a Tito se refiere a nosotros: «Él se entregó a la muerte por nosotros, para rescatarnos de toda maldad y limpiarnos completamente, *haciendo de nosotros el pueblo de su propiedad*, empeñados en hacer el bien» (Tito 2: 14).

Cristo nos redimió para que ahora seamos «su propiedad». Fijate en que la reunión de los redimidos constituye «el pueblo de su propiedad». El redimido no es dueño; el redimido es posesión del Redentor.

Tras haber liberado a Israel de la cautividad egipcia, el Señor lo declaró «mi especial tesoro» (Éxodo 19: 5). Esa es una de mis frases favoritas de la Biblia. Dios se refiere al pueblo usando una palabra hebrea muy interesante, *segullah*. Aunque Dios es dueño de todo el universo, él considera a sus redimidos como su prenda más valiosa.

- ✓ En Deuteronomio 14: 2 se nos considera «un pueblo único»; es decir, *segullah*.
- ✓ Deuteronomio 26: 18 nos llama «su exclusiva posesión», y también usa *segullah*.
- ✓ Cuando David dijo en 1 Crónicas 29: 3: «Además de esto, por cuanto tengo mi afecto en la casa de mi Dios, yo guardo en mi *tesoro particular* oro y plata que, además de todas las cosas que he preparado para la casa del santuario, he dado para la casa de mi Dios» hizo referencia al *segullah*: su tesoro particular.

Cuando Dios mira las grandes galaxias, las incontables estrellas, las bellezas que engalanan a los mundos que no han conocido el pecado, reconoce que todo eso le pertenece. Pero cuando mira a los hombres y mujeres que andan errantes por el mundo, esos mismos por los que su Hijo murió en la cruz, con orgullo proclama: «Pero ellos son mi especial tesoro».

¡Somos únicos, somos exclusivos, somos especiales, somos el tesoro especial del Cielo!

A nosotros nos toca tomar una decisión entre:

1. seguir siendo esclavos de Satanás o
2. vivir como redimidos.

Las puertas están abiertas; no hagamos como los presos de Chile; aceptemos la libertad que Dios nos ofrece; no sigamos siendo peones de Satanás. Llegó la hora de que creamos que somos el «especial tesoro del Señor». Llegó la hora de que nos veamos como Dios nos ve: ¡libres en Jesús!



LECCIONES PARA LA IGLESIA

El capítulo que acabamos de estudiar muestra que la cruz constituye la afirmación perdurable de que todo ser humano es de inmenso valor y dignidad para Dios. Y ello es lo que explica que la Deidad haya hecho un plan para salvarnos incluso antes de crearnos (Efesios 1: 4), que el ministerio de Cristo inició buscando personas (Mateo 4: 17-25) y se desarrolló manteniéndose enfocado en las personas (Lucas 4: 18). La decisión soberana de Dios de entregar a su Hijo por todos nosotros exige que la iglesia reflexione en el valor de aquellos por los que Cristo murió y en la forma en como ha de ministrar al «especial tesoro del Señor». Aquí dejamos algunas ideas que sería bueno analizar:

- Jesús se ha identificado de tal manera con la humanidad que lo que le hagamos, bueno o malo, a uno de nuestros semejantes es como si se lo hiciéramos a él (Mateo 25: 40). Por lo tanto, cada vez que alguien sufre abusos, tortura o humillación, Cristo también lo está sufriendo. El ser humano, el beneficiario de la redención hecha por Cristo, nunca debería ser tratado como un objeto ordinario, sino como una joya irremplazable. En la iglesia, todos los miembros cuentan y todos son importantes. Todos tienen derecho a ser aceptados, amados y tratados con bondad y respeto. La iglesia ha de mostrar que cree esto, interesándose en cada uno de forma personal y cariñosa. ***Cada miembro de la iglesia debería sentir y constatar que la iglesia se interesa por él o por ella en formas muy concretas.***
- Si el sacrificio de Cristo se llevó a cabo para pagar el precio por el rescate de los seres humanos, resulta indispensable que la iglesia de Cristo comparta con todos las maravillas de la redención. ***Cada congregación debería preguntarse: «¿Qué plan misionero tenemos para asegurarnos de que todas las personas a nuestro alcance conozcan del sacrificio de Cristo?».*** La iglesia demuestra que entiende el valor de las personas cuando se centra en darles a conocer el plan de salvación.
- Si Cristo dio su vida por todos, entonces su sacrificio pone de manifiesto que todos somos valiosos para él, y su muerte en la cruz garantiza que todos tenemos el potencial de experimentar una vida llena de sentido. La iglesia está llamada a preparar a cada uno

de sus miembros y darles oportunidades para servir. **Ningún miembro de la iglesia debe ser tratado como si fuera inútil; más bien ha de ser capacitado para ser un fiel mayordomo** de las multiformes bendiciones que recibió de Aquel que lo redimió y que ahora es su Señor y su dueño: Cristo Jesús.



1. Ver, por ejemplo, <https://radio.uchile.cl/2020/04/16/pese-a-criticas-del-oficialismo-presidente-pinera-promulga-ley-de-indultos-conmutativos/> [consultado en septiembre de 2020].
2. <https://www.latercera.com/la-tercera-pm/noticia/no-quieren-salir-de-la-carcel-mas-de-100-reos-rechazan-indulto-para-abandonar-penales-por-coronavirus/PNUDTSGGORBB-7FZMUDJQPLCSMQ/> [consultado en agosto de 2020].
3. William Arndt, Frederick W. Danker, *et al.*, *A Greek-English lexicon of the New Testament and other early Christian literature* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2000), p. 170.
4. Johannes P. Louw y Eugene Albert Nida, *Greek-English lexicon of the New Testament: based on semantic domains* (Nueva York: United Bible Societies, 1996), p. 473.
5. La palabra griega traducida aquí como «corrupción», *phthoras*, designa un «estado de corrupción moral y depravación», Louw y Nida, p. 770. Pablo se refiere a ella como el resultado de nuestras obras pecaminosas: «El que siembra para agradar a su naturaleza pecaminosa, de esa misma naturaleza cosechará destrucción [*phthoras*]» (Gálatas 6: 8, NVI). La palabra también significa «perdición» (ver 2 Pedro 2: 12, RV95). Esclavos de *phthoras* nos define como esclavos de la destrucción y de la perdición.
6. Este fue el caso de Judas: «Entró Satanás en Judas» (Lucas 22: 3); «Satanás entró en él» (Juan 13: 27). Si el enemigo logra entrar y controlar desde dentro, entonces logrará enseñorearse de nosotros. De ahí que nuestro gran desafío radica en «ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu» (Efesios 3: 16).
7. *Upó hamartian*.
8. George E. Rice, «Luke's Thematic use of the Call to Discipleship», *Andrews University Seminary Studies* (Primavera de 1981), vol. 19, n° 1, pp. 51-58.
9. Simon J Kistemaker, *Comentario al Nuevo Testamento: 1 y 2 Pedro y Judas* (Grand Rapids, Michigan: Libros Desafío, 1994), p. 81.



3

El templo
del Dios

Viviente





¿Acaso no saben ustedes
que son templo de Dios,
y que el Espíritu de Dios
vive en ustedes?
(1 Corintios 3: 16, DHH).



DE ACUERDO con los historiadores de la Edad Antigua, Corinto era una ciudad muy rica. Su ubicación geográfica, situada en un istmo —es decir, en una estrecha franja de tierra que une mediante el mar dos territorios— le permitía tener dos puertos, de los cuales «uno mira a Asia, y el otro a Italia; de ese modo facilita el intercambio de mercancías entre estas dos regiones tan distantes una de la otra».¹ Estos dos puertos hacían de Corinto un importante centro financiero, en el que se comercializaba con todo tipo de productos. Homero ya nos había hablado en sus versos de la «opulencia de Corinto». La ciudad era tan rica que Cípselo, que pasó a la historia como uno de los grandes tiranos de Corinto, le regaló a Olimpia «una estatua gigantesca de oro trabajado a martillo». Corinto también era muy famosa porque en ella se celebraron los famosos Juegos Ístmicos,² solo superados por los Juegos Olímpicos. Dichos juegos representaban una significativa fuente de riqueza y de trabajo para los habitantes de la ciudad.

ENC

orinto, depravación
y religión eran dos caras
de una misma moneda.

Corinto también llegó a ser muy conocida por su fervor religioso. Se dice que había en ella templos dedicados a Afrodita, la diosa del amor; a Isis y a Poseidón, dioses de los marineros; a Asclepio, el dios de la medicina y, por supuesto, a Apolo. Había por toda la ciudad templos dedicados a estos dioses, los cuales impregnaban a Corinto de una diversidad religiosa que atraía a multitudes de personas desde distintas partes del imperio. Incluso había una importante sinagoga judía dentro de su territorio.

Corinto no solo era una ciudad muy rica y de gran fervor religioso, sino que además era una ciudad depravada. Y lo más extravagante es que la depravación y la religión eran dos caras de una misma moneda. Un historiador antiguo, quizás exagerando un poco, afirma que «el santuario de Afrodita era tan rico que a título de esclavas sagradas tenía más de mil heteras que tanto hombres como mujeres habían ofrecido a la diosa. También a causa de estas mujeres la ciudad era visitada por mucha gente y se enriquecía; los marinos se gastaban fácilmente todo su dinero, y de ahí viene el dicho: “El viaje a Corinto no está al alcance de cualquiera”». ³

Curiosamente, ese ambiente religioso que encerraba una inmoralidad descomunal era una de las características fundamentales de la ciudad. *Jerome Murphy-O'Connor* escribió que el comediógrafo griego Aristófanes (c. 450-385 a. C.) popularizó el término *korinthiazesthai*, «comportarse como un corintio», como sinónimo de «practicar la fornicación», y Platón usaba la frase «niña corintia para referirse a una prostituta». ⁴ Muchos de los templos dedicados a las deidades, en rea-

lidad, eran centros de perversión sexual. Estrabón menciona incluso que prostitutas servían como «sacerdotisas de Afrodita».⁵

La conclusión es clara: resulta innegable que en Corinto «reinaban el dios dinero y la diosa lujuria».⁶ ¿Será que en pleno siglo XXI nuestro mundo sigue los mismos caminos de la antigua Corinto en la que trabajó Pablo?

LOS DIOS DEL SIGLO XXI

El dinero y el placer siguen siendo los dioses preferidos de la humanidad. La búsqueda insaciable de la felicidad nos ha llevado a sacrificar ante el altar económico y lujurioso nuestra salud, nuestra familia y nuestra vida. Es una mortal engañifa dar por sentado que la riqueza y el placer sexual desenfrenado constituyen la mejor manera de saciar la sed del alma. Un ejemplo claro de esto lo constituye el caso de Jeffrey Epstein. ¿Lo llegaste a ver en los noticieros de tu país? Ese acaudalado banquero, cuando no pudo llenar sus vacíos con dinero, recurrió al abuso, a la depredación sexual y al tráfico de menores. ¿Y al final qué encontró? Condenación y vergüenza, tanto para él como para su familia. Y, posteriormente, murió rodeado de rumores que nunca serán aclarados. Epstein lo tenía todo, sin embargo, en un acto de completa irracionalidad, lo cambió por nada. Son incontables los que han tomado esa misma decisión, así como los que están a punto de tomarla.

A principios del siglo XIX, el pensador francés *Alexis de Tocqueville* dijo una verdad que el paso inexorable del tiempo ha hecho más vigente aún si cabe: «Los gozos incompletos de este mundo nunca podrán satisfacer al corazón humano».⁷ Todo lo que podamos encontrar en este mundo es un gozo incompleto, un algo que no podrá jamás llenarnos. Esos «gozos incompletos» no llenaron a las gentes de Corinto, ni a Epstein, y tampoco nos satisfarán a nosotros, por más que nos autoengañemos creyendo que sí. Es lógico que el ser humano procure con diligencia encontrar la plenitud que llena el alma de un gozo indecible, pero lamentablemente la hemos estado buscando en lugares equivocados y henchimos nuestra vida con lo que nos deja un gran vacío. Y ese vacío insaciable ha profundizado nuestras penas y depresiones.

La pregunta del profeta sigue siendo relevante para cada uno de nosotros: «¿Por qué gastan dinero en lo que no es pan, y su salario en lo que no satisface?» (Isaías 55: 2, NVI). Nuestro mundo está repleto de personas que, materialmente hablando, parecen ser ricas; no obstante, sus vidas ponen de manifiesto que en las ánforas de su alma no hay nada de plenitud. Ni la acumulación demencial de dinero ni el sexo ilícito y desenfrenado llenarán el anhelo infinito que cabalga a sus anchas por el corazón humano. Hemos creído en las falsas promesas de felicidad que presentan el dinero y el sexo, pero estos dioses son mercenarios que destruyen el corazón de sus adoradores.⁸ Rendirnos ante ellos no nos servirá de nada. Más bien, esa idolatría ciega revela que Satanás ha tomado el control absoluto de nuestra vida.

UNA SINAGOGA DE SATANÁS

De hecho, el afán por el dinero y el sexo apenas son manifestaciones externas de un trastorno espiritual que surge en las entrañas de nuestra mente. Los buscamos descomedidamente porque en nuestro uso del libre albedrío nos hemos convertido en una «sinagoga de Satanás» (ver Apocalipsis 2: 9; 3: 9). La frase es fuerte y pone sobre el tapete una irrevocable realidad: Satanás está interesado en nosotros. Y como le importamos, él se ha propuesto que seamos su «sinagoga», es decir, el lugar donde él y otros seres demoníacos se reúnen. De ahí podemos inferir que no solo somos un manojito de frustraciones y fracasos, también somos el apreciado lugar donde el diablo quiere vivir para siempre; el diablo se ha convertido en parte de nosotros mismos.

Frases similares a «sinagoga de Satanás» aparecen en otros documentos de la época del Nuevo Testamento. Los judíos hablaban de la «congregación de Belial» y la «asamblea de hipócritas».⁹ En Juan 8: 44 Jesús describe nuestra vinculación al enemigo con estas palabras: «El padre de ustedes es el diablo; ustedes le pertenecen, y tratan de hacer lo que él quiere» (DHH). El diablo se siente nuestro dueño, por ello cree tener la autoridad de impartirnos órdenes. Pero lo peor es que nosotros también hemos decidido pertenecer a Satanás y por eso hacemos «lo que él quiere». Satanás nos mueve como



Todo lo que podamos encontrar en este mundo es un gozo incompleto, un algo que no podrá jamás llenarnos.

simples peones en el tablero del mundo. Este sentido de intimidad, de comunión entre Satanás y el ser humano, lo podemos ver directamente ilustrado en el caso de Judas.

El Evangelio de Lucas contiene esta terrible declaración: «Satanás entró en Judas» (Lucas 22: 3). Juan dice lo mismo: «Después del bocado, Satanás entró en él [en Judas]» (Juan 13: 27). Lo que el texto nos está diciendo es que «Judas cayó bajo el dominio de la personificación espiritual del mal, Satanás».¹⁰ El enemigo hizo del apóstol Judas su sinagoga personal y lo sometió a los designios de su malvada voluntad. ¡Qué triste es pensar que los seres humanos hemos caído bajo la «potestad de Satanás» (Hechos 26: 18)! Ese tipo de control, el diablo no lo realiza mediante una posesión demoníaca visible, ¡no! Él sigue usando el método que le dio resultado con Judas: controlar silenciosamente desde nuestro interior.

Algo similar le ocurrió a Ananías. Al quedarse con el dinero que había prometido dar a la iglesia, Ananías permitió que Satanás lo controlara. De ahí la pregunta de Pedro: «¿Por qué Satanás llenó tu corazón?» (Hechos 5: 3). Cabe la pregunta: ¿Con qué llenó Satanás el corazón de Ananías? Una posible respuesta sería esta: «Lo llenó con la intención de retener para sí mismo parte del dinero para su propio uso, mientras daba la impresión de que lo había entregado todo».¹¹ Uno podría suponer que, a fin de cuentas, el dinero era de Ananías, nadie le había pedido que lo entregara todo. ¿Dónde estuvo su problema? Creo que al estar lleno de Satanás, Ananías cayó rendido ante

el dios «Avaricia». Satanás quiere estar en nosotros, pero para llenarnos de avaricia, «que es una especie de idolatría» (Colosenses 3: 5, BLPH). ¿Qué significa «avaricia»? La palabra griega usada por Pablo, *pleonexia*, conlleva la idea «de desear más de lo debido»;¹² es «un irresistible deseo de adquirir más posesiones materiales que lo que otras personas tienen»;¹³ es «el espíritu del hombre que emplea todos los medios posibles para aprovecharse de su prójimo».¹⁴

Tenemos el corazón lleno de Satanás cuando nos aferramos a un deseo incontrolable de tener más y más. Esa ambición inextinguible constituye una prueba fehaciente de que hemos hecho de nuestra vida una sinagoga del vicio y de la idolatría. Pedro dice que eso nos sucede porque tenemos «el corazón habituado a la codicia (gr. *pleonexia*)» (2 Pedro 2: 14). La palabra «habituado» es una traducción del vocablo griego *gymnaso*. El diablo nos ha entrenado, ha usado la vida como si fuera un gimnasio y nos ha capacitado para que nada nos llene, para que siempre estemos bajo el gobierno de la codicia. Así que el enemigo nos valora porque somos sus atletas, la gente a la que él entrena para que sean llenos con todo lo que no satisface.

Me llama mucho la atención que Satanás nos convierte en sus «sinagogas» llenando nuestros corazones con la avaricia, «que es una especie de idolatría». No procura convencernos de que nos entreguemos a él y lo adoremos como si fuera el verdadero Dios, así como lo hacen los que se reúnen en la Casa Negra de San Francisco, California. Él sabe que muchos no caeríamos con tanta facilidad en sus redes si nos preguntaran directamente: «¿Quieres adorar a Satanás?». Así que, él primero entra en nosotros y, desde adentro, nos lleva a rendir nuestra vida ante ídolos como la avaricia.

Pero la avaricia es solo una más del catálogo de deidades que reciben nuestra adoración. En realidad, como bien dijo *Rebecca Pippert*, «todo aquello que nos controla, es nuestro señor. La persona que busca el poder, es controlada por el poder. La persona que busca la aceptación, es controlada por las personas a las que quiere complacer. No nos controlamos a nosotros mismos. Somos controlados por el señor de nuestra vida».¹⁵ ¿Quién es ese señor? *Elena G. de White* nos ofrece la respuesta: «Cualquier cosa que nos atraiga y que tienda a disminuir

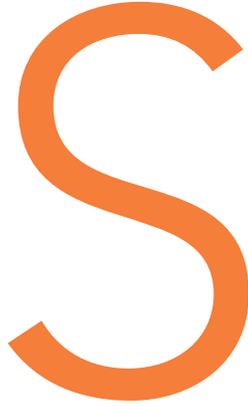
nuestro amor a Dios, o que impida que le rindamos el debido servicio es para nosotros un dios». ¹⁶ Y al rendir nuestro servicio a ese dios, demostramos que somos una «sinagoga de Satanás».

UN TEMPLO PARA DIOS

Como he mencionado al principio de este capítulo, los templos de la ciudad de Corinto estaban repletos de inmoralidad. Eran lugares en los que la lujuria y la fornicación llegaban a niveles incuantificables. Ahora bien, quizá para crear un surco en el cerebro de sus lectores corintios, Pablo les repite una y otra vez la misma idea:

- ✓ «¿Acaso no saben ustedes que son templo de Dios, y que el Espíritu de Dios vive en ustedes?» (1 Corintios 3: 16, DHH).
- ✓ «Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios es santo, y ese templo son ustedes mismos» (1 Corintios 3: 17, DHH).
- ✓ «¿No saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo que han recibido de Dios y que habita en ustedes? Ya no son los dueños de ustedes mismos» (1 Corintios 6: 19, BLPH).
- ✓ «¿En qué concuerdan el templo de Dios y los ídolos? Porque nosotros somos templo del Dios viviente. Como él ha dicho: “Viviré con ellos y caminaré entre ellos. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”» (2 Corintios 6: 16).

¡Cuatro veces Pablo deja claro que nosotros somos el templo de Dios! Estas repeticiones sugieren que este es un concepto que el apóstol anhela fijar claramente en sus lectores. ¡Somos valiosos para Dios! Satanás hace de nosotros una sinagoga de inmundicia, pero nuestro Salvador nos hace templos de su Espíritu. El Señor ha decidido depositar su Espíritu en nosotros, seres mortales y débiles. Jesús dijo que nadie echa «perlas delante de los cerdos» (Mateo 7: 6). Si Dios ha decidido hacer de nosotros la morada de su Espíritu, ¡es porque nos considera recipientes sumamente valiosos! El Cielo no va a permitir que su más excelso don habite en un lugar que no esté a la altura del huésped divino. Tal vez, como dijo *Marco Aurelio*, algunos nos decimos: «Esto es todo lo que soy: un poco de carne», ¹⁷ pero no es así, no eres un simple pedazo de carne, ¡eres el templo viviente de Dios!



Satanás hace de nosotros una sinagoga de inmundicia, pero nuestro Salvador nos hace templos de su Espíritu.

El hecho de que Dios pretenda hacer de nosotros su templo no indica que seamos perfectos. La iglesia de Corinto estaba lidiando con graves contrariedades: había falta de unidad, batallaba con inexpresables problemas de inmoralidad entre los miembros, el desorden se había adueñado de los servicios de culto; sin embargo, esa comunidad espiritual era tenida como ¡el templo de Dios! En ella habitaba el Espíritu Santo. Es decir, sus problemas espirituales no invalidaban su valor como la depositaria del poder divino. Al hacernos moradas del Espíritu, Dios nos está obsequiando un regalo que no puede ser comprado ni con todos los bienes del mundo. Simón el mago «ofreció dinero» para adquirir el poder del Espíritu y decía: «Dadme a mí este poder» (Hechos 8: 18, 19). El dinero puede comprar todo lo que es barato, todo lo que no satisface plenamente, todo lo que nos deja incompletos; sin embargo, «lo que es un don de Dios», lo que en verdad llena nuestros más profundos abismos, no se puede adquirir con dinero (ver Hechos 8: 20).

Los creyentes de Corinto seguramente quedaban anonadados ante la grandeza de los templos paganos de su ciudad, pero ahora Dios les dice que «su cuerpo es templo del Espíritu Santo». El templo más hermoso que alguna vez se haya erigido en la tierra son los miembros de la iglesia de Dios. ¡Grandioso! No tenemos las piedras preciosas que adornaban el tabernáculo del desierto, no ostentamos la majestuosidad del templo de Salomón, no se ve en nosotros la fortaleza de las columnas del templo de Apolo en Corinto; sin embargo, el Dios del cielo ha decidido establecer su morada en ti y en mí, pecadores acérrimos, gente llena de debilidades y defectos. ¡Qué bendecidos somos!

SATANÁS TE VE COMO SU SINAGOGA, PERO DIOS TE VE COMO SU TEMPLO

Satanás te quiere llenar de avaricia, de miedo, de inmundicia, de placeres pecaminosos. Quiere llenarte de «los gozos incompletos del mundo». Pero como dijo *Pascal*: nuestro vacío infinito solo puede ser llenado «por Uno que es infinito», por eso solo Dios puede llenarnos, y él nos llena con la presencia de su Espíritu. Como templos vivientes de Dios, estamos llamados a vivir a la altura de lo que somos: una «casa espiritual» (1 Pedro 2: 5); y hemos de empeñarnos en crecer «para ser un templo santo en el Señor; [...] para morada de Dios en el Espíritu» (Efesios 2: 21, 22).

Se dice que cuando *Dwight L. Moody* no era más que un jovencito escuchó a alguien que decía: «El mundo todavía no ha visto lo que Dios puede hacer con una persona que se consagre por completo a él». Cuando Moody oyó estas palabras se desafió a sí mismo a fin de llegar a ser un hombre completamente consagrado a Dios. En cierta ocasión los dirigentes de una iglesia debatían al respecto de una campaña de evangelización. Como no lograban ponerse de acuerdo, algunos de ellos pidieron que se llamara a Moody para escuchar su opinión sobre el tema. Uno de los presentes dijo con un tono muy alterado:

—¿Acaso Moody tiene el monopolio del Espíritu Santo?

—Claro que no. Nadie cree eso. Lo que sí creemos es que el Espíritu Santo tiene el monopolio sobre la vida de Moody.

Reflexionemos un momento en estas preguntas:

- ✓ ¿Gobierna Dios por completo el santuario de nuestras almas?
- ✓ ¿No te gustaría que de ti también se dijera que el Espíritu Santo tiene el monopolio total sobre tu vida?

Todo lo dicho hasta aquí pone de manifiesto una gran verdad: si el Espíritu habita en la gente, entonces el centro de acción del Espíritu no son las paredes sino las personas. El Espíritu obra *en* la gente y *con* la gente. Todo el ministerio del Consolador está enfocado en guiar a los seres humanos a una experiencia espiritual genuina y permanente. No tendría sentido alguno que la iglesia, la comunidad del Espíritu, se enfoque en otras prioridades. El ministerio del Espíritu

está centrado las 24 horas del día y los 7 días de la semana en edificar a hombres y mujeres en todos los rincones de la tierra.

VALES POR LO QUE LLEVAS DENTRO

Un astuto vendedor de globos andaba ofreciendo su producto por las atestadas calles de la ciudad de Nueva York. Por lo general, le solía ir muy bien; pero cada vez que sentía que se desaceleraba la venta de los globos, como estrategia de mercadeo soltaba uno al aire. Cuando la gente veía el globo elevándose por el cielo, de inmediato se le acercaban a comprar más. Así lo hacía cada vez que notaba que los transeúntes estaban perdiendo el interés. A veces el globo era rojo; otras, amarillo, azul...

Un día, se le acercó un cliente y le preguntó:

—Amigo, ¿por qué usted no suelta globos de color negro? ¿Cree que los globos de ese color no se elevarán?

El vendedor fijó su mirada en el cliente y le dijo:

—Señor, lo que hace ascender el globo no es su color externo, es lo que lleva por dentro.

Somos valiosos, no por una causa externa (la ropa que vestimos, el aspecto físico que tenemos, la casa en la que vivimos, el auto que nos acabamos de comprar o lo bien que suenan nuestras palabras), sino porque el Espíritu habita en nosotros. No somos el depósito de inmundicias diabólicas, somos los templos movibles de Dios en medio de un mundo caótico.

Como escribió Elena G. de White:

«La morada humana, el edificio de Dios, requiere tutela estrecha y vigilante. Con David podemos exclamar: “Porque tú formaste mis entrañas; me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras” (Sal. 139: 13, 14). La hechura de Dios ha de ser preservada, para que el universo celestial y la raza apóstata puedan ver que somos templos del Dios viviente» (*Dios nos cuida*, p. 325).

Satanás ve en ti una inmunda sinagoga; ¡pero Dios te ve como su templo viviente en la tierra!

LECCIONES PARA LA IGLESIA

Después de leer este capítulo ha de haber quedado mucho más claro para nosotros que la batalla entre el bien el y mal, es decir, entre Cristo y Satanás, tiene como punto central el dominio de los seres humanos. Por eso, te hago dos preguntas:

- ✓ ¿A quién permitirás que se enseñoree de ti?
- ✓ ¿A quién le rendirás tu adoración?

Sea que lo sepamos o no, cada persona en este mundo terminará siendo o una sinagoga de Satanás o un templo del Espíritu Santo. Esta realidad tiene implicaciones para cada congregación y para el ministerio que se realiza en favor de las personas. Implicaciones como las siguientes:

- Afirmar que los seres humanos son el templo de Dios y que nuestros cuerpos son la morada del Espíritu Santo nos atribuye la más elevada dignidad. Nadie es demasiado pequeño, demasiado pobre, o demasiado indigno como para ser tratado irrespetuosamente. **La iglesia está obligada a ser inclusiva, a recibir a todos con amor y aceptación, mientras rechaza todo comportamiento basado en los prejuicios, la discriminación de cualquier índole y el juzgar, manipular o condenar a las personas.**
- **La iglesia debe constantemente procurar maneras de mostrar su reconocimiento al valor que tienen las personas que la conforman.** Asuntos como el ambiente de adoración, la visita con propósitos espirituales, la dignidad del lugar de reunión para los creyentes, el trato que reciben durante las reuniones y las iniciativas o programas que tienen el propósito de ayudarlos a vivir a la altura de lo que son en Cristo, muestran claramente lo que la iglesia piensa acerca de ellos.
- Si Dios toma a un ser humano sumergido en el pecado o convertido en una sinagoga de Satanás y obra en él hasta convertirlo en su templo, entonces, esto quiere decir que la obra divina se centra en la restauración del ser humano; por lo tanto, su iglesia está llamada a desarrollar un ministerio de restauración que esté alineado con el plan de Dios. **La educación, la salud, la espiritualidad, la mayordomía de los bienes materiales y los servicios comunitarios, son formas concretas en que la iglesia puede enviar un mensaje de preocupación y amor por toda la humanidad.**



1. *Geografía*, Libro VIII. 20-23 (Madrid: Editorial Gredos, 2008), p. 160.
2. *Ibid.*, p. 165.
3. *Ibid.*, p. 166.
4. Jerome Murphy-O'Connor, *St. Paul's Corinth: Texts and Archaeology* (Wilmington, Delaware: Michael Glazier, Inc., 1983), p. 56.
5. *Geografía*, Libro XII. 36 (Madrid: Editorial Gredos, 2003), p. 258.
6. J. M.^a González Ruiz, «Corintios, Epístolas a los», *Enciclopedia de la Biblia* (Mallorca, España: Ediciones Garriga, 1963), vol. 2, p. 531.
7. Citado por Timothy Keller, *Dioses falsos* (Miami, Florida: Editorial Vida, 2011), p. 10.
8. *Ibid.*, p. 15.
9. G. K. Beale, *The Book of Revelation: A Commentary on the Greek Text*, New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids, Michigan: W. B. Eerdmans, 1999), p. 241.
10. Darrell L. Bock, *Luke: 9:51–24:53*, vol. 2, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Michigan: Baker Academic, 1996), p. 1704.
11. C. K. Barrett, *A Critical and Exegetical Commentary on the Acts of the Apostles*, International Critical Commentary (Edimburgo: T&T Clark, 2004), p. 266.
12. William Arndt *et al.*, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Chicago: University of Chicago Press, 2000), p. 824.
13. Johannes P. Louw y Eugene Albert Nida, *Greek-English Lexicon of the New Testament: Based on Semantic Domains* (Nueva York: United Bible Societies, 1996), pp. 290-291.
14. William Barclay, *Palabras griegas del Nuevo Testamento: su uso y su significado* (El Paso, Texas: Casa Bautista de Publicaciones, 1977), p. 178.
15. Rebecca Pippert, *Out of the Saltshaker*, citado por Keller, *Dioses falsos*, p. 22.
16. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas* (Doral, Florida: IADPA, 2007), cap. 27, p. 277.
17. *Meditaciones*, libro II (Madrid: Editorial Gredos, 2010), p. 69.



**Nuestro vacío infinito
solo puede ser llenado
por Uno que es infinito.**

Pascal



4 Cuando
el grande
visitó al

Pequeño





Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres (Filipenses 2: 6, 7).



LOS MUSULMANES tienen tradiciones que me llaman mucho la atención. Una de ellas es el *Eid al Fitr*, la Fiesta de la ruptura del ayuno de Ramadán. Ese día, los miembros de la familia estrenan ropa nueva, usan su mejor perfume, se levantan bien temprano y visitan a las personas más importantes de la familia y de la comunidad. En fin, es un día para celebrar. Cuenta *Matthew Hosier* que, cuando le tocó servir como misionero en Oriente Medio, anhelaba la llegada de su primer *Eid al Fitr*, puesto que soñaba con disfrutar del ambiente de gozo que rodea dicha celebración. Así que llegado el momento, él y su familia hicieron todos los preparativos tradicionales: limpiaron el apartamento, se vistieron con ropa nueva, compraron dulces para regalar..., estaban listos para recibir a sus visitas. Sin embargo, para su sorpresa, ¡nadie los visitó!

Muy intrigado por lo que había sucedido, al día siguiente Matthew le preguntó a uno de sus colaboradores por qué nadie había ido a visitarlos. Con una gran sonrisa, la persona le respondió: «En los días festivos, el pequeño visita al grande, y los grandes reparten regalos. Por ejemplo, en una familia se visita al hermano mayor, a los padres o a los abuelos. Al llegar, se besa la mano de la persona mayor a fin de mostrar respeto y honor».



Dios descendió al nivel más bajo de los seres morales, y se colocó en el terreno de los que tienen la posibilidad de pecar.

Y luego agregó: «Como ustedes son extranjeros, no hablan nuestro idioma y no tienen posición social ni parientes, es lógico que nadie haya venido a visitarlos».¹ Tras escuchar eso, el pastor Hosier comprendió que él era el pequeño, y que era él quien tenía que visitar al mayor. Y luego subrayó que mientras que en todas las religiones, especialmente las que prevalecen en Oriente Medio, los seres humanos (los pequeños) tratan de visitar al Grande (a su respectivo Dios), en la religión cristiana fue el Grande (Dios) quien decidió visitar personalmente a los pequeños (nosotros). Y para hacerlo llevó a cabo el hecho más maravilloso en la historia del universo:

- ✓ «Dios fue manifestado en carne» (1 Timoteo 3: 16).
- ✓ «Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres» (Filipenses 2: 6, 7).
- ✓ «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre» (Juan 1: 14).

SER IGUAL AL SER AMADO

La encarnación del Hijo de Dios constituye el misterio que perdurará por los siglos de los siglos. Y en sí misma es un acontecimiento ilógico, inexplicable, paradójico, «escandalosamente particular y particularmente escandaloso».² El dueño del universo no irrumpió en la tristemente célebre realidad humana cabalgando sobre un halo

de gloria, sino tomando «forma de siervo». Al hacerse uno de nosotros, Jesús se convirtió en el vínculo que uniría para siempre al cielo con la tierra. De ahí la importancia de que el Hijo de Dios habitara entre nosotros como uno de nosotros.

Exceptuando al reino animal, podemos agrupar a todo el que ha entrado en contacto con nuestro mundo en una de estas categorías:

- ✓ *La Deidad*. En este grupo solo entran tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Son seres morales y perfectos, que nunca pecarán.
- ✓ *Los espíritus*. Aquí entran tanto los ángeles como los demonios. Al igual que Dios, son seres morales; a diferencia de Dios, ellos sí pueden pecar, y si pecan nunca serán redimidos (es el caso de los demonios).
- ✓ *Los seres humanos*. Al igual que Dios y que los ángeles, también son seres morales; como los ángeles, también pueden pecar; sin embargo, a diferencia de los ángeles, ellos sí pueden ser redimidos (eso nos da una ventaja enorme sobre los ángeles).

La venida de Cristo a la tierra conllevó la acción de despojarse a sí mismo (ver Filipenses 2: 7) de su igualdad con Dios para hacerse como nosotros; es decir, Dios descendió al nivel más bajo de los seres morales, y se colocó en el terreno de los que tienen la posibilidad de pecar. Él pudo haberse quedado en la categoría de los ángeles; en cambio, decidió «humillarse a sí mismo» todavía más, y vino a la tierra como uno de nosotros. Cuando el Creador escogió hacerse criatura, escogió ser la criatura moral más baja de todo el universo: el ser humano. Ese es otro punto que nos pone en ventaja frente a los ángeles. Dios no ha experimentado lo que se siente ser un ángel, pero sí ha vivido lo que significa ser humano, de carne y hueso. ¿Por qué el Creador decidió hacerse carne? Porque «la ley del renunciamento por amor es la ley de la vida para la tierra y el cielo» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 1, p. 12).

Jesús renunció a sus privilegios divinos, a la alabanza inagotable de los seres celestiales, al gozo de vivir en la morada santa, y se hizo uno de nosotros por amor a nosotros. Su amor por la raza humana lo indujo a conocer de primera mano el día a día de la humanidad. Las palabras de Lutero deberían ser expresadas por cada uno de nosotros: «Él [Jesucristo] condescendió en asumir mi carne y mi sangre, mi cuerpo y mi alma».³ Como nosotros, Jesús lloró (Juan 11: 35), tuvo hambre y sed (Mateo 4: 2;

Juan 19: 28), y comió y bebió (Mateo 11: 19); se entristeció (Mateo 26: 38) y se regocijó (Lucas 10: 21); se enojó (Marcos 3: 5), se turbó (Juan 12: 27) y se conmovió (Juan 11: 33). Así como «los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo» (Hebreos 2: 14).

¿Has leído la parábola del rey y la plebeya escrita por Kierkegaard? Quizá este relato nos ayude a entender uno de los grandes propósitos de la encarnación de Cristo. Kierkegaard cuenta que un rey estaba muy enamorado de una joven humilde que vivía en una pequeña y pobre aldea de su reino. El rey no era conocido como un personaje bondadoso; más bien tenía fama de ser un monarca al que no le temblaba la mano para aplastar a todo el que se levantara en contra de él. Sin embargo, su amor por la humilde muchacha sacaba su lado más humano.

Un día, el rey decidió declarar su amor a la plebeya, llevarla al palacio y ataviarla con vestidos preciosos y joyas finas. Estaba seguro de que ella no le pondría peros a su decisión. Y cuando ya estaba a punto de poner en marcha su plan, pensó para sí mismo: «¿Y ella me amaría?». Llevarla al palacio mediante el uso de la fuerza no garantizaba que ella llegara a amarlo.

Luego pensó que lo mejor sería llegar a la aldea montado en un reo caballo, rodeado de la imponente guardia real. La chica se sentiría aplastada por semejante manifestación de gloria, entonces la tomaría y la convertiría en su amante, y la haría una igual a él. «¿Pero ella me amaría?», se preguntó una vez más.

Finalmente, el rey escogió una tercera opción. En esta opción no elevaría a la doncella, pero tampoco la aplastaría; más bien escogió descender él a la esfera de la muchacha. Se vistió como si fuera un mendigo, adquirió una identidad distinta a la gloria de su palacio y renunció a su trono para ganarse el amor de la persona amada. ¡Qué comparación tan acertada respecto a lo que el Rey del cielo hizo por nosotros!

El pecado había generado una desigualdad radical entre Dios y la raza humana. Dios era rico, nosotros, pobres; Dios era fuerte; nosotros, débiles; Dios era rey; nosotros, plebeyos. ¿Qué podría hacer el Creador para recuperar el amor de sus criaturas? Pues por amor a nosotros se hizo como nosotros; es decir, se hizo humano. Y lo hizo cubriendo la inmensidad de su divinidad con el manto andrajoso de nuestra huma-

nidad. Y todo lo hizo por amor. Nos ama con un amor que da, un amor espontáneo e incondicional, un amor que nada más procura el bien del sujeto amado.⁴ Él no decidió ser un ángel, lo cual ya hubiera sido rebajarse; por amor al ser humano escogió hacerse humano, y al hacerlo colocó a la humanidad en la cima del universo. El descenso de Cristo a la tierra ahora nos da la posibilidad de que nosotros seamos elevados al Cielo. La encarnación nos dice que Dios no quiere vivir separado de aquellos a quienes ama «con amor eterno» (Jeremías 31: 3).

EL DIOS DE LO PEQUEÑO

Nuestro mundo nos ha enseñado que lo grande radica en lo extraordinario, y esa idea solemos aplicarla a nuestra relación con Dios. Solo vemos la poderosa intervención divina en los hechos portentosos de la historia bíblica y en los milagros inexplicables de los relatos misioneros. Sin embargo, la encarnación nos muestra que Dios no siempre está en los hechos que dejan atónitos a los mortales. La humanidad de Cristo nos habla de un Dios que se manifiesta en lo pequeño, en lo discreto (como nacer en medio de la noche, sin que nadie perciba su presencia). Un Dios que se presenta frágil, débil, indefenso.

Muchos años antes de que Cristo naciera, el profeta Isaías lo describió con estas palabras: «No hay hermosura en él, ni esplendor; lo veremos, mas sin atractivo alguno para que lo apreciemos» (Isaías 53: 2). El Dios que entra en la escena humana no luce atractivo ni esplendoroso; no creció en una ciudad cosmopolita y culta; vivió la mayor parte de su vida en un pueblo que no formaba parte de la memoria histórica de Israel: Nazaret. Ese lugar era una especie de barrio de mala fama, cuya sola mención suscitaba la pregunta: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Juan 1: 46). Pues de Nazaret ha salido lo único bueno que ha tenido esta tierra tras la entrada del pecado: Jesucristo. Claro, nunca se nos habría ocurrido buscar a Jesús en los barrios más peligrosos de nuestras ciudades; pero en un barrio de esos se crio el Maestro, rodeado de viviendas humildes, de casas de barro, entre los marginados por la religión y por los poderosos.

Aquel que los cielos de los cielos no pueden contener, llegó al planeta rebelde, pero no para disfrutar de los manjares que se servían en el palacio de Herodes, ni para presentar un discurso teológico ante los dirigentes religiosos del sanedrín. Si deseabas encontrar al Dios-hombre, tenías que ir a verlo trabajar arduamente en un modesto taller de carpintería, con sus brazos curtidos por el sol. Si deseabas encontrar al Dios-hombre, tenías que preguntar en el barrio por «el hijo del carpintero» (Mateo 13: 55). Si deseabas encontrar al Dios-hombre, lo encontrarías comiendo con la gente de baja reputación (Lucas 15: 1, 2). Si deseabas encontrar al Dios-hombre, lo encontrarías tocando a los leprosos y a los ritualmente inmundos (Lucas 5: 13; 8: 43, 44). Sí, te toparías con él mientras sostiene una conversación con una mujer que barre el polvoriento piso de su casa, o con otra que amasa el pan para alimentar a su familia, o con una que acude a sacar agua del pozo (Lucas 15: 8; Mateo 13: 33; Juan 4). Lo podrías encontrar dando comida a una multitud hambrienta (Marcos 8: 1-6), observando con paciencia dónde caen los granos lanzados por el campesino (Mateo 13: 4-8), mirando con alegría a los chicos que tocan música en la plaza (Mateo 11: 16, 17). ¡Pero quién podría imaginar que alguien así era Dios! Sus adversarios lo describían como un «comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores» (Mateo 11: 19). Lo veían muy sencillo y pequeño para ser el que tanto habían esperado. Pero así es Dios hecho carne, no devela sus encantos celestiales ni nos abrumba con sus ejércitos celestiales, sino que se acerca a nosotros, como uno semejante a nosotros, para, desde nuestra misma posición, ganarse nuestro amor y confianza.

Él vino para ser «Dios con nosotros» (Mateo 1: 23). No es Dios con templos; no es Dios con posiciones; no es Dios con un gran programa. Es «Dios con nosotros». No es Dios conmigo o contigo. Esta es una experiencia que se conjuga en plural. Es Dios con todos; es Dios con los pecadores. La humanidad del Hijo de Dios nos impele a sentir su presencia donde está la gente que padece necesidad física y espiritual. Ese Dios con nosotros lo podemos encontrar al visitar a los enfermos, al consolar a los presos, al compartir lo que tenemos con el que pasa necesidad. Jesús se encuentra donde están los que necesitan a un Dios cercano a sus problemas y vicisitudes. Si no hemos

N

unca se nos habría ocurrido buscar a Jesús en los barrios más peligrosos de nuestras ciudades; pero en un barrio de esos se crio el Maestro.

encontrado al Cristo que obra milagros deslumbrantes y admirables, entonces nos vendría bien buscarlo en los detalles pequeños de la vida, en esos episodios que hacen de cada momento un milagro portentoso pero al mismo tiempo imperceptible. En la sencillez de nuestras ocupaciones diarias encontraremos pruebas irrefutables de que Dios sigue estando con nosotros.

Hemos confinado nuestra fe a una búsqueda desesperada, en ocasiones neurótica, de un acontecimiento que nos muestre a un Dios grande, poderoso, invencible, majestuoso. Cuántas veces hemos salido en busca de un Dios lejano y grande, poderoso y temible; en tanto que la encarnación nos recuerda que «lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Corintios 1: 25). La presencia misteriosa de la Deidad se manifestó de la manera más extraordinaria en un desconocido vecino de Nazaret. Su amor encarnado puso fin a la distancia que nos separaba de él.

LA PLENITUD DE DIOS

Ahora bien, debe quedar claro en nuestra mente que ese personaje de sandalias polvorientas era Dios en toda su plenitud. «Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. En él estaba la vida» (Juan 1: 3, 4). Es más, él era la vida (Juan 14: 6). Pero en lugar de aparecer con la majestuosidad de la omnipotencia divina, la encarnación nos habla de un Dios que vino al mundo «lleno [gr. *pleres*] de gracia» (Juan 1: 14). Y por esa «plenitud»

ahora nosotros «recibimos todos, gracia sobre gracia» (Juan 1: 16). El Hijo de Dios descendió a la tierra para que la plenitud del amor divino tocara el corazón de cada uno de nosotros. Es una gracia que todos podemos recibir, nadie queda exento de ella.

Pablo aborda el tema de «la plenitud» en varias de sus Epístolas.⁵ En Colosenses 1: 19 declara: «Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud» (RV60). Más adelante aclara que esa «plenitud» que habitó «corporalmente» en Cristo era «la plenitud de la divinidad» (Colosenses 2: 9). Tener dicha plenitud es una afirmación de que Jesús era Dios y que tenía el carácter y la naturaleza de la divinidad.⁶ Como esa experiencia divina se hizo evidente en el cuerpo de Cristo, la encarnación logró que la plenitud divina fuera literalmente palpada por los seres humanos. Dios se puso en contacto directo con la humanidad.⁷ Elena G. de White escribió que en Cristo «el cielo está incorporado en la humanidad» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 1, p. 17).

Esa incorporación de lo humano y lo divino se forjó en la eternidad, cuando se le preparó un cuerpo humano a Cristo (Hebreos 10: 5). Es decir, desde antes de la entrada del pecado al mundo, un cuerpo humano había sido destinado a ser la morada del Dios todopoderoso. En tanto que en Cristo la plenitud de la Deidad habitó literalmente en su cuerpo, Pablo expresa que ahora Cristo puede habitar «por la fe en nuestros corazones» (Efesios 3: 17) y que nosotros podemos ser «llenos de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3: 19), y por tanto somos «capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (Efesios 3: 18, 19). El israelita decía: «Dios mora en el santuario»; pero nosotros podemos decir: «La plenitud de Cristo, esa plenitud con la que Dios cubrió a su Hijo, por fe ahora habita en nosotros. Somos tan valiosos que Dios encontró una manera de hacer de nosotros su morada». Pero esa experiencia, una vez más, no se produce en solitario, sino en comunión «con todos los santos». Tengo que verte a ti, y tú tienes que verme a mí, como las personas a las que desde la eternidad Dios escogió para llenarnos de su plenitud por medio de la fe en Cristo. La encarnación hizo que la humanidad quedara «envuelta en el seno del amor divino» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 1, p. 17).

UN MEDIADOR HUMANO

La encarnación va más allá de la experiencia terrenal de Cristo y se extiende hasta su ministerio en el cielo. Prestemos atención a esta declaración bíblica: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2: 5). La mediación de Cristo ocurre en el santuario celestial, es un evento posterior a su resurrección y ascensión (Hebreos 8: 1, 6; 9: 15). Su función mediadora consiste en «representar a Dios ante los seres humanos y a los seres humanos ante Dios».⁸ Pero de acuerdo con Pablo, Jesucristo realiza esa función como hombre. El apóstol indica que Jesús ascendió a los cielos con forma humana. Es decir, la humanidad del Hijo de Dios sigue siendo real ahora que habita en el cielo.

El libro de Hebreos nos explicará con más detalles por qué el mediador es Jesucristo hombre. La mediación constituye:

- ✓ Una función sacerdotal, y «todo sumo sacerdote es escogido de entre los hombres y constituido a favor de los hombres ante Dios» (Hebreos 5: 1).
- ✓ La idea detrás de esto es que el sacerdote sea «paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad» (versículo 2). El sumo sacerdote no podía impacientarse ante las faltas de sus semejantes porque él había sido escogido de entre ellos; en otras palabras, él entendía perfectamente las experiencias de todos los que acudían a él en busca de una solución al problema del pecado. ¿Por qué? Porque él era semejante a ellos.

Precisamente, Hebreos, el libro que más habla de la función mediadora de Cristo, también se preocupa por dejar claro que Jesús vino al mundo como uno de nosotros: «Por cuanto los hijos participaron de carne y de sangre, él participó de lo mismo» (Hebreos 2: 14). La frase «de carne y de sangre» constituye una «descripción común de la condición humana» y alude «a la debilidad y fragilidad de la humanidad».⁹ Esa experiencia de carne y sangre lo llevó «en todo a ser semejante a sus hermanos», por cuanto «él mismo padeció siendo tentado» (Hebreos 2: 17, 18). Su humanidad no fue una apariencia sino una experiencia genuina, real, que estuvo marcada por el sufrimiento y la obediencia (Hebreos 5: 7-9; 12: 2). Jesucristo hombre



omos tan valiosos
que Dios encontró
una manera de hacer
de nosotros su morada.

comprende nuestras debilidades de carácter; ese Jesucristo hombre se solidariza con nuestras luchas contra la tentación, ¡porque él sabe muy bien cómo nos sentimos, cómo sangra nuestra alma por el dolor producido por nuestros pecados! Y precisamente por eso él puede socorrernos en nuestros momentos de mayor necesidad (Hebreos 2: 18) y «compadecerse de nuestras debilidades» (Hebreos 4: 15).

Como humano, Cristo «no se avergüenza de llamarnos hermanos» (Hebreos 2: 11). Y ante la corte celestial proclama: «Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré» (Hebreos 2: 12). Hay un lazo de sangre que une al cielo con la tierra.¹⁰ Hay un vínculo eterno que nos hace miembros honorables de la familia celestial: somos hermanos de Cristo. Y es ese Jesucristo hombre el que intercede por nosotros en el santuario celestial. ¿Por qué? Porque nos ve como sus «hermanos más pequeños» (Mateo 2: 40).

Ahora bien, Hebreos expresa con suma claridad que aunque Cristo se hizo hombre y fue «tentado en todo», a diferencia de nosotros, su experiencia terrenal fue «sin pecado» (Hebreos 4: 15), y por eso se pudo presentar en el cielo como un ser «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, hecho más sublime que los cielos» (Hebreos 7: 26). Aunque él nunca pecó, sabe tratar con paciencia a sus hermanos terrenales que constantemente caen derrotados ante las tentaciones. Jesús se hizo humano para entendernos; y ahora que nos entiende, en forma humana ascendió al santuario celestial para ser nuestro mediador. Cuando un ángel entra al templo celestial, ve allí, sentado

a la diestra del trono divino, a uno que se parece a nosotros. «¡Grande es el misterio de la piedad!» (1 Timoteo 3: 16).

UNA RENUNCIA DE AMOR

Más arriba vimos que «la ley del renunciamiento por amor es la ley de la vida para la tierra y el cielo» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 1, p. 12). La encarnación constituye el más grande ejemplo de renuncia que haya visto el universo. En ese proceso, Dios se «despojó a sí mismo», entregó lo mejor que tenía por nosotros. Él sufrió la cruz para tener el gozo de vernos como hombres y mujeres que disfrutaban de la salvación. El Cielo demostró que vive en armonía con «la ley del renunciamiento por amor». Pero esa ley no solo rige la esfera celestial, también es válida para la tierra. Y los que recibieron a Cristo cuando llegó a este mundo la acataron al pie de la letra.

- ✓ María entregó su vientre para recibir al Hijo de Dios;
- ✓ José desestimó su reputación para recibir al Hijo de Dios;
- ✓ los pastores dejaron sus rebaños para ir a ver al Hijo de Dios;
- ✓ los sabios de Oriente viajaron una larga distancia para entregar presentes al Hijo de Dios.

Todos dieron lo mejor de sí para recibir al Dios hecho carne. Ellos demostraron que en la tierra había hombres y mujeres que también llevarían a la práctica la «la ley del renunciamiento por amor». Y nosotros hoy, ¿lo demostramos también? En Cristo, el Padre nos lo dio todo; ahora, también en Cristo, nosotros debemos darle todo al Padre.

Mediante la encarnación, «el Salvador se vinculó a la humanidad por un vínculo que nunca se ha de romper. A través de las edades eternas queda ligado a nosotros» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 1, pp. 16, 17). La encarnación constituyó una vindicación sin precedentes de la posición de dignidad que tenemos delante de Dios. La encarnación presenta palmariamente que para salvar a los seres humanos Dios fue capaz de hacerse humano. Como Pablo, solo puedo elevar mi voz y cantar:

«¡Profundidad de las riquezas,
de la sabiduría y del conocimiento de Dios!
¡Cuán insondables son sus juicios
e inescrutables sus caminos!» (Romanos 11: 33).



LECCIONES PARA LA IGLESIA

Acabamos de leer información básica pero suficiente y bíblicamente documentada acerca de uno de los temas fundamentales del evangelio: la encarnación. Estudiar este tema conlleva acercarse a un profundo misterio. De todas maneras, la información de las Escrituras es categórica y tiene importantes repercusiones para nuestra fe y para la práctica de esa fe en nuestro día a día.

Como iglesia, la encarnación debe llevarnos a reflexionar en varios asuntos que son vitales para la vida de la congregación y para sus miembros. Aquí sugerimos algunos de ellos:

- Debido a la encarnación, hay dos cosas que ahora sabemos mucho mejor: primero, que contemplando a Cristo podemos entender mejor cómo es Dios Padre. Jesús le dijo a uno de sus discípulos: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14: 9). En Cristo, hemos recibido la más completa y mejor revelación de Dios. Segundo, la encarnación nos asegura que Dios conoce muy bien todas nuestras necesidades, que entiende nuestras emociones, las circunstancias y tentaciones que nos asechan. Por estas dos realidades, cada congregación ha de entender que el evangelio es Cristo, que **el estudio de lo que dice la Biblia acerca de su persona y su obra debería ser ofrecido a todos los miembros de la iglesia sin negligencia y de manera repetitiva, para asegurar que todos entienden el plan de la redención que Dios les ofrece en Jesús.**
- La encarnación nos muestra que Dios no es indolente a la situación del ser humano, que él toma la iniciativa de salvar a sus hijos. Por haberse hecho humano, Jesús le dice a cada iglesia que debe ir humildemente a donde está la necesidad, debe buscar al perdido, **debe hacer participar a cada miembro de iglesia en un ministerio de amor y de servicio humilde, que fue precisamente lo que hizo Cristo al humanarse en favor de nosotros. Cada iglesia debe estar conectada con la comunidad a la que sirve por medio de algunos de los departamentos de la iglesia.**
- La encarnación nos muestra, más allá de toda duda, que Dios lo dio todo para salvar a la humanidad. Cristo se despojó de su condición y privilegios divinos para pagar el precio de nuestra redención. Este ejemplo tiene que ser la base del mensaje de la mayor-

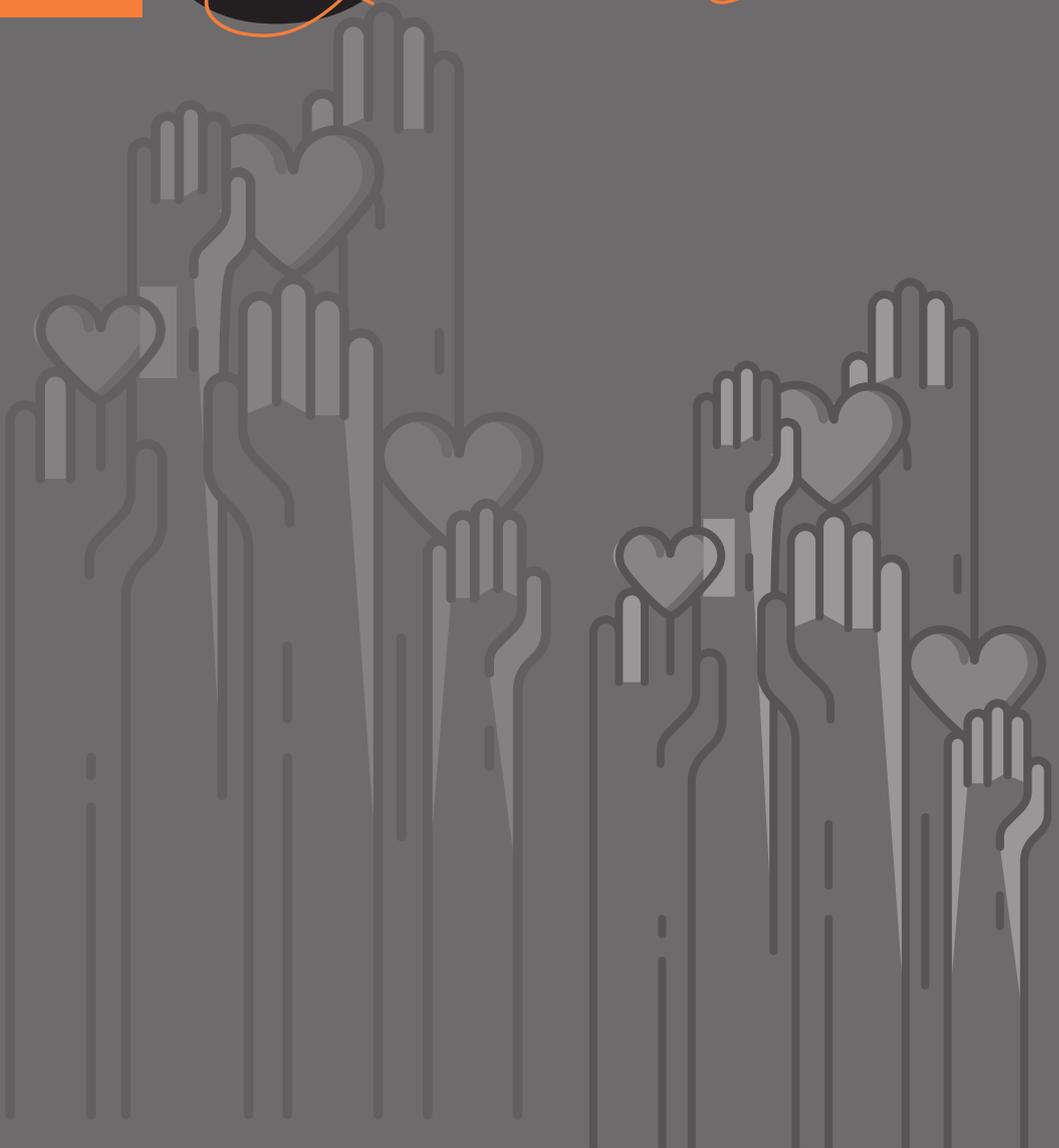
domía cristiana en cada iglesia. Cada seguidor de Cristo debe ser enseñado y motivado a ponerlo todo en el altar del servicio y amor a Dios, para colaborar en el gran plan de salvación. Como Cristo, **hemos de estar dispuestos a dar nuestro tiempo, nuestro cuerpo, nuestros talentos, nuestros recursos financieros y aun nuestra vida, para que la salvación se haga realidad en nosotros y en aquellos que nos rodean. En fin, no es posible creer en la encarnación de Cristo y no estar dispuestos a ser fieles mayordomos de ese Cristo.**



1. logy.co.uk/blog/article/incarnation_through_middle_eastern_eyes#When:07:00:00Z.
2. Gerald O. Collins, *La encarnación* (Santander, España: Editorial Sal Terrae, 2002), p. 18.
3. Citado por John C. Clark y Marcus Peter Johnson, *The Incarnation of God: The Mystery of The Gospel as the Foundation of Evangelical Theology* (Wheaton, Illinois: Crossway, 2015), p. 38.
4. Para más detalles sobre el amor de Dios, ver John C. Peckham, *The Love of God: A Canonical Model* (Downers Grove, Illinois: IVP Academic, 2015). Geoffrey Grogan, «A Biblical Theology of the Love of God» en *Nothing Greater, Nothing Better: Theological Essays on the Love of God*, Kevin J. Vanhoozer, ed. (Grand Rapids, Michigan: William B. Eerdmans, 2001), pp. 47-66.
5. En esta parte estoy en deuda con Hermes Tavera-Bueno, «Y aquel Verbo fue hecho carne», *En contacto* (2001), pp. 3-5.
6. William Arndt, Frederick W. Danker, et al., *A Greek-English lexicon of the New Testament and other early Christian literature* (Chicago: University of Chicago Press, 2000), p. 452.
7. James D. G. Dunn, *The Epistles to the Colossians and to Philemon: a commentary on the Greek text*, New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1996), p. 152.
8. Albrecht Oepke, «mesites, mesiteuoo», *Theological dictionary of the New Testament* (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1964-), eds. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley y Gerhard Friedrich, t. 4, p. 619.
9. Harold W. Attridge y Helmut Koester, *The Epistle to the Hebrews: a commentary on the Epistle to the Hebrews*, Hermeneia—a Critical and Historical Commentary on the Bible (Philadelphia: Fortress Press, 1989), p. 92.
10. William G. Johnson, *Gracia para el oportuno socorro: el mensaje de Hebreos hoy* (Doral, Florida: IADPA, 2013), p. 65.



5 De la teoría a la *Práctica*





Amen a sus enemigos,
hagan bien
a quienes los odian
(Lucas 6: 27, NVI).



EN SU LIBRO *El punto clave*, el sociólogo Malcolm Gladwell hace referencia a un experimento que llevaron a cabo dos profesores de Psicología de la Universidad de Princeton. El experimento de *John Darley* y *Daniel Batson* consistió en lo siguiente: pidieron a un grupo de estudiantes de Teología que prepararan un breve sermón de algún tema bíblico que fuera relevante para su vida religiosa; sin embargo, a un grupo de esos estudiantes se les dijo específicamente que el tema del cual debían hablar era la parábola del Buen Samaritano. Además de eso, los profesores les hicieron saber que, para la presentación, tendrían que ir a otro edificio, pues no sería en el mismo lugar donde se impartían las clases.

Llegado el día, cada alumno fue saliendo individualmente hacia el edificio donde debían presentar su sermón, y a algunos se les dijo que se apuraran, pues ya estaban tarde. Los alumnos ignoraban que, a mitad de camino, había un hombre en el suelo (un actor que los investigadores habían puesto allí), en posición de dolor, dejando claro que se encontraba muy mal y que necesitaba ayuda inmediata. Los investigadores querían responder las siguientes preguntas: ¿Se detendrían los estudiantes de Teología a ayudar a un desconocido en apuros? De ser así, ¿cuál de los grupos estaría más dispuesto a detenerse y ayudar,

J

esús fue el embajador
de una vivencia religiosa
que tiene más que ver
con «hacer» que con «saber».

los que habían preparado un sermón sobre un tema bíblico al azar o los que llevaban semanas analizando exclusivamente la parábola del Buen Samaritano, que precisamente gira en torno a ayudar a un prójimo en apuros?

¿Qué crees que sucedió? ¿No te parece que lo lógico es que si alguien va a predicar sobre la parábola del Buen Samaritano sea un Buen Samaritano él mismo, o al menos esté inclinado a llevarla a la práctica en su propia vida? Pues lo cierto es que el haber estudiado a fondo la parábola del Buen Samaritano no influyó para nada en la conducta de aquellos alumnos. El factor que marcó la diferencia fue el tiempo con el que creían que contaban. De aquellos a los que se les había dicho que había tiempo, el 63% se detuvo a ayudar al hombre; de aquellos a los que se les había dicho que se apuraran, que ya llegaban tarde, solo el 10% se detuvo.¹ El 90% restante se conformó con *saber* que alguien necesitaba ayuda *pero no hicieron nada* por ayudar a ese alguien, porque el tiempo era más importante para ellos que la necesidad de un ser humano en apuros.

HACER VALE MÁS QUE SABER

Es triste pero es cierto: muchos, muchas veces, nos conformamos con una experiencia espiritual que se limita a un conocimiento teórico («saber» sobre la Biblia) pero carece de la parte práctica («hacer» lo que la Biblia indica). Podemos recitar de memoria porciones bíblicas, conocemos muy bien muchas declaraciones de Elena G. de White, no nos resulta problemático explicar con precisión matemática el cronogra-

ma profético... y hasta ahí llega nuestra religiosidad. La propuesta de Jesús es mucho más amplia, más divina, y más humana también. Jesús fue el embajador de una vivencia religiosa que tiene más que ver con «hacer» que con «saber».

Incluso sus enemigos reconocían la pureza de sus instrucciones y le decían: «Maestro, sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de persona, sino que enseñas el camino de Dios con verdad» (Lucas 20: 21). Sus preceptos van más allá de simplemente presentar un conocimiento teórico de la revelación divina. Su método de instrucción se centra más en *la práctica* que en *el conocimiento teórico*. No se trata de memorizar ni si quiera pequeñas porciones de la Biblia, sino de hacer esas «pequeñas» cosas a las que la Biblia nos llama. Su mensaje es práctico, sencillo, útil; sus frases no precisan interpretación; más bien lo que exigen es que sean practicadas: ama a tus enemigos; al que te pida, dale; haz el bien a todos; no juzgues; ama a Dios; ama a tu prójimo; comparte lo que tienes con los pobres (ver Lucas 6: 27-41; 10: 27; 18: 22). Por supuesto, para ser como nosotros, proclives al mal, es mucho más fácil seguir teorías humanas que acatar lo que pide Jesús. Para mí, vale más cumplir a tiempo con los compromisos de mi agenda que ayudar al necesitado. Sin embargo, *hacer* estas cosas, y no solo conocerlas (saber teóricamente que debemos hacerlas) es la mejor manera de vivir en esta tierra y de prepararnos para disfrutar del reino venidero.

Ahora bien, ¿será posible encontrar un ejemplo concreto en el que podamos toparnos con alguien que haya hecho lo que el Maestro ha pedido en Lucas 6? Precisamente en la parábola del Buen Samaritano disponemos de un excelente compendio de las enseñanzas del Maestro de Galilea. Abordemos brevemente ese hermoso relato, que durante dos mil años ha captado la atención de niños, jóvenes y adultos, se ha ganado la admiración de los grandes poetas y ha suscitado la imaginación de talentosos artistas.

LAS PREGUNTAS DEL MAESTRO DE LA LEY

La historia que Jesús narra es magistral, no anda con elucubraciones ininteligibles de esas que solo sirven para hacer tortuoso el relato;

de hecho, es tan simple, tan clara, que cualquiera puede comprender la lección que transmite.²

Todo comenzó cuando «un maestro de la Ley», también conocido como «escriba», intentó poner a prueba la sabiduría de Jesús. En esa época, los escribas eran los encargados de escribir, copiar y conservar los manuscritos que integraban lo que ahora conocemos como Antiguo Testamento.³ En realidad, nadie conocía mejor que ellos el contenido de los escritos sagrados, lo cual los ponía en una posición privilegiada en el ámbito religioso judío. No obstante, este maestro de la Ley acude a Jesús y le pregunta: «Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?» (Lucas 10: 25).

Tras escuchar la pregunta, el Señor le da a la conversación un tono académico y le plantea a su interlocutor otra pregunta, que era bastante común en las escuelas rabínicas de aquel entonces: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?» (versículo 26). Como el Señor conocía de antemano que el intérprete de la Ley ya sabía la respuesta a la pregunta, lo empujó a que él mismo respondiera.⁴ El escriba no pudo contenerse y puso de manifiesto su conocimiento de la Torá; basándose en Deuteronomio 6: 5 y Levítico 19: 18 aseguró que todo el que quiere heredar la vida eterna nada más tiene que amar a Dios y a su prójimo (Lucas 10: 27). Resulta evidente que su declaración está en sintonía con lo que Jesús le había dicho a otro «maestro de la Ley» en Mateo 22: 37-39. Entonces, no debe sorprendernos que el Maestro se haya limitado a decirle que pusiera en práctica lo que ya creía, dándole este mandato: «Haz esto y vivirás» (Lucas 10: 28). El escriba precisaba entender «que no basta con leer la Ley, sino que hay que cumplir lo que dice».⁵

Sin embargo, las cosas no acabaron en ese punto. Tratando de llevar todavía más lejos el debate, y basándose en su propia respuesta, el escriba esgrime otra pregunta. Por supuesto, un «intérprete de la Ley» no se pondría en ridículo preguntando a qué Dios se debía amar; él sabía quién era Dios; pero no sabía quién era su prójimo. ¿No te parece interesante suponer que conocemos a un Dios al que no vemos mientras ignoramos quién es el prójimo, a quien sí vemos diaria-

mente? Así que «queriendo justificar su pregunta, dijo a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?”» (Lucas 10: 29, DHH).

Esta cuestión había generado grandes debates entre los rabinos. Por ejemplo, para un fariseo nada más eran «prójimos» los demás fariseos.⁶ Los esenios, otro grupo religioso de la época, no consideraban «prójimo» a los hijos de las tinieblas y, además, argumentaban que era un deber sagrado odiar a los impíos. Ciertos rabinos consideraban que los herejes, los delatores y los degenerados no eran «prójimos», y por eso había que arrojarlos a una fosa y nadie debía sacarlos de allí. También decían que tu enemigo no era tu prójimo.⁷ En fin, el maestro de la Ley quiere conocer la posición de Jesús en torno a esta cuestión.

Nuevamente, el Señor rehúsa dar una respuesta concreta a la pregunta. En esta ocasión narró la historia del Buen Samaritano y, al finalizar, le preguntó al escriba: «¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» (versículo 36). Una vez más, el intérprete de la Ley respondió lo que él mismo había preguntado: «El que tuvo compasión de él» (versículo 37, DHH). Y una vez más, el Señor le ordenó: «Pues ve y haz tú lo mismo» (versículo 37, DHH). Todo parece indicar que lo que el escriba necesitaba no era más *conocimiento*, puesto que él mismo dio la respuesta acertada a sus dos inquietudes. Lo que este hombre precisaba era *hacer*, es decir, vivir y practicar lo que ya había aprendido al leer los escritos sagrados.

En otro sentido, el maestro de la Ley había fallado en un punto clave: su pregunta partió de una premisa falsa. ¿Por qué? Porque aunque la vida eterna se hereda, él parece ignorar que una herencia no se gana, simplemente se recibe. *Kenneth E. Bailey* lo expresa con estas palabras: «Por su propia naturaleza, una herencia es un regalo de un familiar (o de un amigo). Se puede recibir herencia si se es miembro de una familia, pero no se trata de un pago realizado a cambio de unos servicios prestados».⁸ El fallo del escriba radicó en creer que esa herencia la podía ganar haciendo algo; y la herencia de Dios para nosotros no se fundamenta en lo que nosotros hagamos, sino en lo que él ha hecho en favor de cada ser humano.

Al contar la parábola del Buen Samaritano, Jesús pondría las cosas en su correcta perspectiva: la vida eterna no se gana, solo se recibe.

TRES PERSONAJES: ¿CUÁL SOY YO?

Acerquémonos al relato del Buen Samaritano echando un breve vistazo a sus personajes protagónicos.

Un hombre. Mientras recorría el peligroso camino de casi treinta kilómetros que va de Jerusalén a Jericó, «un hombre» fue asaltado, golpeado y dejado medio muerto, en medio de un charco de sangre. El Evangelio de Lucas no dice cuál es la nacionalidad del personaje. Es alguien indefinido, «un hombre». No tiene rostro, no tiene color, no tiene idioma. «Un hombre», nada más que eso. Su tragedia es universal. Lo que le pasó a él le puede suceder a cualquiera, con independencia de que sea hombre o mujer, judío o gentil, blanco o negro, o de cualquier otra raza. Es un ser humano. Alguien como tú y como yo. Basta su condición de humano para que sea merecedor de nuestra ayuda. Es alguien que quedó tendido en el camino de la vida, expuesto a la compasión de otro ser humano como él. Ese alguien podrías ser tú o podría ser yo. Ese «hombre» somos todos.

Mientras los oyentes de la parábola se compadecen y se lamentan por la situación del hombre, Jesús pone en el escenario a dos encumbrados personajes del estamento religioso de Israel.

Un sacerdote y un levita. Tras haber cumplido con los requerimientos sacerdotales en el templo de Jerusalén, dos «varones de Dios» se disponían a regresar a sus casas, a Jericó, la ciudad en la que vivían muchos sacerdotes. Ambos personajes representan al sector «más consagrado» de la religión judía (¿tal vez los teólogos de hoy?). Acababan de trabajar en la purificación de la vida de cientos de personas que habían ofrecido el sacrificio por sus pecados; pero ahora se encuentran con «un hombre» ensangrentado. ¿Estará vivo o muerto? ¿Será judío o gentil? ¿Es adventista o es católico? Es mejor no averiguarlo. Quizás ambos personajes se dijeron a sí mismos: «Mejor hagámonos la idea de que está muerto». De hecho, les convenía más que estuviera muerto, porque de ese modo podrían ampararse en un «así está escrito», y con ello podrían justificar la razón por la cual los dos pasaron de largo (Lucas 10: 31).

SER UN B

uen samaritano,
ser buen creyente,
conlleva usar de nuestros
recursos para aliviar
el dolor ajeno,
que ya no es ajeno
porque también
es nuestro.

Levítico 21: 1 prescribía que un sacerdote no debía contaminarse «por un muerto». Sin embargo, ¿no señalaba el mismo libro de Levítico: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Levítico 19: 18)? Tanto el sacerdote como el levita tuvieron que decidir cuál de los dos preceptos era más importante en ese momento. Y, como siempre, resulta más fácil apegarse a un *precepto religioso* que *amar al prójimo*; en nombre de la santa Ley de Dios escogieron no contaminarse con su prójimo antes que socorrerlo. Estaban tan ocupados en los «negocios de la religión» que habían perdido de vista el verdadero sentido de lo que significa ser servidores de Dios. Para desgracia del sacerdote y del levita, aquel hombre sin rostro ni nacionalidad no estaba muerto. Por tanto, no existía riesgo alguno de contaminación. Con su proceder ignoraron que «la vida de un moribundo es más importante que un ritual de pureza».⁹

Indignados por la indiferencia de estos dirigentes religiosos, los oyentes esperan con expectación el desenlace del relato.

Un samaritano. Jesús era un genio dando lecciones. Ante el fracaso del sacerdote y del levita, es muy probable que sus oyentes supusieran que el próximo en pasar sería un judío laico; en cambio, el Señor sacude la mente de todos con tan solo mencionar que el próximo en pasar por allí fue un «samaritano». Tal vez los mismos discípulos quedaron atónitos al oír la declaración del Maestro. En el capítulo anterior, Lucas había dicho que lo menos que los apóstoles

querían para los samaritanos era que descendiera «fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma» (Lucas 9: 54).

Siendo que los samaritanos eran considerados «herejes», los oyentes de la parábola dan por sentado que estos «herejes» no deberían desempeñar un papel protagónico en un relato de naturaleza espiritual. No podemos soslayar que la enemistad entre judíos y samaritanos había sido memorable durante siglos. La hostilidad llegaba hasta el punto que todos sabían que «judíos y samaritanos no se tratan entre sí» (Juan 4: 9). Una de las razones, entre muchas, para tal enemistad radicaba en que, según Flavio Josefo, los samaritanos entraron al templo y esparcieron huesos humanos en el recinto sagrado, con la intención de impedir que los judíos celebraran la Pascua. ¿Cómo perdonar un sacrilegio de esa naturaleza?

Me imagino que cuando los oyentes escucharon la mención del samaritano, razonaron de esta manera: «Bueno, Jesús ha sido coherente al relatar la historia hasta aquí. Cuando pasó el sacerdote *vio y siguió de largo*. Cuando pasó el levita *vio y siguió de largo*. Por ende, como un malvado samaritano nunca será mejor que un sacerdote ni un levita, lo que esperamos es que el samaritano haga lo mismo: *vea y siga de largo*». Cuán grande habrá sido la sorpresa de ellos al escuchar que el samaritano «al verlo, fue movido a misericordia. Acercándose, vendó sus heridas echándoles aceite y vino, lo puso en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Otro día, al partir, sacó dos denarios, los dio al mesonero y le dijo: “Cuídamelo, y todo lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando regrese”» (Lucas 10: 33-35). Paradójico, ¿verdad? El que cumple los requerimientos de la Ley es precisamente el que había sido considerado como transgresor de la Ley.¹⁰

Al terminar el relato, Jesús hace un cambio rotundo a la pregunta del maestro de la Ley: «¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» (versículo 36). Aunque su endeble conciencia lo aguijonea, el maestro de la Ley no se atrevió ni siquiera a mencionar la palabra «samaritano»; tal nombre ni merece ser pronunciado. Usando una circunlocución, solo atinó a decir: «El que tuvo misericordia» (Lucas 10: 37, LBLA). Jesús sonrío y le dice: «Ve y haz tú lo mismo». En otras palabras: «Aprende del he-

reje, del impío, del inculto. Aprende del samaritano». Y, por cierto, esta parábola que Jesús contó «no era una escena imaginaria, sino un suceso reciente, conocido exactamente como fue presentado. El sacerdote y el levita que habían pasado de un lado estaban en la multitud que escuchaba las palabras de Cristo» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 54, p. 471).

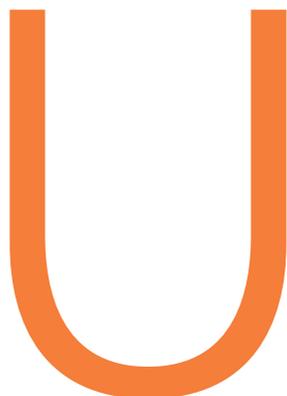
LA NATURALEZA DE LA VERDADERA RELIGIÓN

Dice Elena G. de White:

«En la historia del buen samaritano, Cristo ilustra la naturaleza de la verdadera religión. Muestra que esta no consiste en sistemas, credos, o ritos, sino en la realización de actos de amor, en hacer el mayor bien a otros, en la bondad genuina. [...] Y cualquiera que deja de manifestar este amor viola la ley que profesa reverenciar» (*ibid.*, pp. 469, 475).

Es obvio, después de leer el pasaje de la Biblia y la aclaración del Espíritu de Profecía, que el samaritano actuó como un verdadero discípulo de Jesús. Al tratar al golpeado de la forma en que lo hizo, demostró ser un embajador de la gracia divina. Como si ya conociera las enseñanzas de Jesús, el samaritano no emitió un juicio de valor contra los ladrones, el levita y el sacerdote. No se detuvo a considerar si el herido merecía la paliza. En lugar de ello, cumplió al pie de la letra las enseñanzas del Maestro, y no juzgó a nadie (vers. 37). Con su ejemplo, demostró que él vivía esta declaración: «Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian» (Lucas 6: 27, NVI). En todo momento, el samaritano constituye un ejemplo de lo que significa dar sin esperar nada a cambio.

El samaritano hace algo más: tuvo «misericordia»; «compasión» (Lucas 10: 33, DHH). La palabra griega¹¹ «no describe una piedad o compasión ordinarias, sino una emoción que conmueve lo más recóndito del ser humano. Esta es la palabra griega para expresar con mayor fuerza la idea de compasión». ¹² Es el mismo vocablo que se usa para indicar que el padre «fue movido a misericordia» y salió a recibir al hijo pródigo (Lucas 15: 20). El samaritano imitó el accionar divino; hizo lo que Dios hubiera hecho.



Usar nuestros recursos
para el bien de otros
no es algo opcional,
es «parte esencial
de la fe».

El samaritano puso en acción la «misericordia» actuando en favor del herido. Si bien es cierto que el uso del aceite y del vino en la curación de las heridas era una práctica muy común en el siglo I, no podemos obviar que ambos elementos formaban parte del sacrificio diario que se ofrecía en el templo (ver Levítico 23: 13). Al mencionar estos ingredientes, quizá Lucas quiera decirnos que el samaritano le ofreció a Dios una ofrenda incuantificable: tratar con misericordia al prójimo. Como dijo el profeta Oseas: «Misericordia quiero y no sacrificios» (Oseas 6: 6). Pero una acción que no puede ser medida —ser misericordioso— fue acompañada por una medible: «Sacó dos denarios, los dio al mesonero y le dijo: “Cuídamelo, y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese”» (Lucas 10: 35).

La misericordia estuvo acompañada de un desprendimiento financiero. El pago de esos dos denarios serviría para dar alojamiento al herido por lo menos durante dos semanas o quizás un mes completo.¹³ En un mundo repleto de necesidades, no se puede tener misericordia a la par que se cierra la mano al necesitado; no se puede pretender que damos ofrendas espirituales a la vez que retenemos para nosotros los bienes materiales. Ser un buen samaritano, ser buen creyente, conlleva usar de nuestros recursos para aliviar el dolor ajeno, que ya no es ajeno porque también es nuestro. Es imposible vivir la misericordia que promueve el cristianismo y al mismo tiempo ser reos del egoísmo y de la codicia que nos alejan de la gente que necesita que nos detengamos a ayudar. Con esa practicidad que caracteriza su libro, el

apóstol Santiago se refiere al creyente que dice tener fe, pero que cuando se encuentra con personas que no tienen ropa ni comida «les dice: “Que les vaya bien; abríguense y coman todo lo que quieran”, pero no les da lo que su cuerpo necesita, ¿de qué les sirve?» (Santiago 2: 16, DHH). Usar nuestros recursos para el bien de otros no es algo opcional, es «parte esencial de la fe».¹⁴ El buen uso del dinero sacará a relucir el lado compasivo de cada uno de nosotros.

¿Recuerdas lo que pasó con Zaqueo cuando la salvación llegó a su casa? ¿Te has fijado en su primera reacción al ser tratado con misericordia? He aquí sus palabras: «Mira, Señor, voy a dar a los pobres la mitad de todo lo que tengo» (Lucas 19: 8, DHH). No conozco un mejor comentario a las palabras de Zaqueo que este de Elena G. de White: «La primera respuesta de Zaqueo al amor de Cristo consistió en manifestar compasión hacia el pobre y doliente» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 61, p. 522). Por supuesto, Dios no nos pide que lo entreguemos todo, que saquemos todo nuestro dinero del banco y lo entreguemos a la iglesia, y que nos quedemos con las manos vacías. No. Eso sería una visión muy cosificada de lo que es la verdadera mayordomía. Hay algo que Dios espera, y que es mucho más que diezmo, ofrendas, o cualquier dádiva: él espera que demos por amor, por misericordia, porque la compasión divina ha tocado nuestro corazón y nuestro bolsillo.

La forma en la que el samaritano ofreció sus recursos demostró que era un genuino discípulo de Cristo. Él no solo conocía lo que era correcto, también lo hacía. Este héroe sin nombre nos enseña que la verdadera perfección de carácter radica en mostrarse cercano y misericordioso, en ser prójimo de la gente que está en necesidad. Al hacerse visible para un herido junto al camino, él demostró que conocía al Dios invisible. Si queremos aprender las enseñanzas de Jesús, fijémonos en el samaritano. No cerremos los ojos ante el dolor del que está en nuestro camino.

¿Qué somos nosotros: levitas, sacerdotes o buenos samaritanos? Esta pregunta no se responde de labios para afuera. Nuestras prioridades nos definen; lo que es valioso para nuestro corazón es lo que nos ubica en uno de estos tres grupos. La manera en la que administras tus

bienes materiales también constituye una respuesta a la pregunta. Como iglesia y como individuos hemos de aceptar que no hay nada más importante que tratar con amor a nuestros semejantes. Un amor que se manifiesta a través de actos de misericordia.

Nosotros mismos podemos ponernos la etiqueta de «levita» o «sacerdote»; no obstante, Dios nos ve como si fuéramos buenos samaritanos, porque él quiere que nuestras prioridades no se centren en nosotros mismos, sino en el prójimo, que en nada se parece a nosotros. Y si por si acaso tienes duda de quién es ese ser tan especial, toma nota de esta respuesta: «¿Quién es mi prójimo?» Nuestro prójimo no es meramente nuestro vecino o nuestro amigo particular; no son sencillamente los que pertenecen a nuestra iglesia y piensan como nosotros. Nuestro prójimo es toda la familia humana» (*Hijos e hijas de Dios*, p. 54).

EL EJEMPLO DE CRISTO

Si bien hemos de evitar caer en las redes de la alegorización agustiniana de la parábola,¹⁵ no podemos dejar de reconocer que Jesús es nuestro buen samaritano. Cuando todos pasaron de largo, él se detuvo, vendó nuestras heridas físicas y emocionales, y nos trató con misericordia. La compasión del buen samaritano fue un reflejo de la compasión de Cristo.

- ✓ El Señor «tuvo compasión» cuando vio a la gente desamparada, sin rumbo en la vida, y se dedicó a orientarlas y a darle un sentido a su existencia (Mateo 9: 36).
- ✓ El Señor «tuvo compasión» de los enfermos, y se dedicó a curarlos (Mateo 14: 14).
- ✓ El Señor «tuvo compasión» de la gente que no tenía comida, y multiplicó panes y peces para saciar su hambre física (Mateo 15: 32).
- ✓ El Señor «tuvo compasión» del leproso, y por eso extendió su mano y lo sanó (Marcos 1: 41).
- ✓ El Señor «tuvo compasión» de los ciegos, por eso les tocó los ojos y les devolvió la vista (Mateo 20: 34).
- ✓ El Señor «tuvo compasión» de la viuda de Naín, y por eso resucitó a su hijo (Lucas 7: 13).

En fin, Jesús vino a esta tierra porque «tuvo compasión» de nosotros y para enseñarnos a nosotros a «tener compasión» de nuestro prójimo.

Ahora nos toca a nosotros poner en práctica sus palabras: «Sean ustedes misericordiosos, así como su Padre es misericordioso» (Lucas 6: 36, NBLA). Ahora tenemos que satisfacer, con misericordia y con nuestros recursos, las necesidades de un mudo herido y castigado por Satanás. Meditemos en esta declaración:

«Si profesamos la verdadera religión de la Biblia, sentiremos que tenemos con Cristo una deuda de amor, bondad e interés en favor de sus hermanos; y no podemos menos que evidenciar nuestra gratitud por el amor inmensurable que nos mostró mientras éramos pecadores indignos de su gracia, teniendo un profundo interés y un amor desinteresado por aquellos que son nuestros hermanos y que son menos afortunados que nosotros» (*Testimonios para la iglesia*, t. 3, p. 516).

Ante la prisa que nos impone la vida, podemos seguir pasando de largo e ignorar al prójimo que está sufriendo delante de nuestros ojos; o podemos demostrar que hemos entendido un principio básico en las enseñanzas del Maestro: No basta con saber teóricamente, hace falta llevar a la práctica los principios y valores del evangelio. Entre llegar tarde a un lugar o ayudar a un ser humano en apuros, la decisión tiene que ser instantáneamente clara en nuestra mente y en nuestro corazón.

Ahora nos toca actuar como Jesús nos enseñó en la parábola: como buenos samaritanos.



LECCIONES PARA LA IGLESIA

Es imposible leer este capítulo y no ser movidos a reflexionar en cuanto a la forma en que hemos entendido las enseñanzas de Cristo y, más importante aún, a la manera en que nuestro diario vivir las refleja (o no). Es imposible leer este capítulo y seguir como si no nos hubiera hablado el Señor para recordarnos que, cuando se trata de mostrar compasión hacia los demás, no debemos limitarnos a una idea teórica de lo que esto significa. En consecuencia, hemos de reconocer que la religión de la Biblia es más que una rutina de formas, de frases bonitas, oraciones elaboradas o himnos impresionantes, elevados y cantados dentro de un hermoso y cómodo templo. Santiago dice que la religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: «Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo» (Santiago 1: 27).

Si cada cristiano y cada congregación entiende este mensaje, debe hacer algo para ponerlo en práctica.

- Deberíamos asegurarnos, en primer lugar, de que en cada congregación ninguna persona que sea miembro esté enfrentando una situación de necesidad o vulnerabilidad sin recibir la compasión por medio de actos concretos de sus hermanos de iglesia. Esto requiere que **se activen o se refuercen, según sea el caso, iniciativas permanentes en ese sentido** (1 Juan 3: 17).
- Hemos de **asegurarnos de acercarnos a las personas que aún no son creyentes, más por medio de la compasión que de un conjunto de doctrinas para las cuales aún no están listos**. ¿Qué hace tu iglesia con los huérfanos, con las viudas necesitadas, con los presos, con los enfermos y con los desamparados? Según lo que hemos aprendido en este capítulo, la respuesta a estas preguntas dice más de tu iglesia que las doctrinas que cree.
- **Toda congregación debe tener un plan de trabajo que permita a ADRA realizar su obra en favor de los necesitados de la comunidad**. La compasión ha de ser un elemento distintivo de las congregaciones adventistas. El espíritu de la compasión es el espíritu del cielo.

-
1. Malcolm Gladwell, *El punto clave* (Barcelona: Debolsillo, 2020), cap. 4.
 2. Brad H. Young, *The Parables: Jewish Tradition and Christian Interpretation* (Grand Rapids: Michigan: Baker Academic, 2012), p. 101.
 3. G. Tellman, «Scribes» en *Dictionary of Jesus and the Gospel*, Joel B. Green, ed. (Downers Grove: InterVarsity Press, 2013), pp. 842-844.
 4. Michael Card, *Luke: The Gospel of Amazement*, (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2011), p. 138.
 5. Santiago García, *Evangelio de Lucas* (Henao, Bilbao: Desclée De Brouwer, 2012), p. 261.
 6. Joachim Jeremías, *La interpretación de las parábolas* (Estella, Navarra: Verbo Divino, 1971), pp. 180, 181.
 7. *Ibid.*
 8. *Jesús a través de los ojos del Medio Oriente: Estudios culturales de los Evangelios* (Nashville, Tennessee: Grupo Nelson, 2012), p. 286.
 9. Young, *The Parables*, p. 112.
 10. John R. Donahue, *El evangelio como parábola: Metáfora, narrativa y teología en los Evangelios sinópticos* (Bilbao: Ediciones Mensajeros, 1997), p. 173.
 11. *Esplanchinisthe*.
 12. William Barclay, *Palabras griegas del Nuevo Testamento: su uso y su significado* (El Paso, Texas: Casa Bautista de Publicaciones, 2006), p. 210.
 13. John Nolland, *Luke 9:21–18:34*, vol. 35B, *Word Biblical Commentary* (Dallas, Texas: Word, Incorporated, 1993), p. 596; Darrell L. Bock, *Luke: 9:51–24:53*, vol. 2, *Baker Exegetical Commentary on the New Testament* (Grand Rapids, Michigan: Baker Academic, 1996), p. 1033.
 14. Peter H. Davids, *A Theology of James, Peter, and Jude* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2014), p. 58.
 15. C. H. Dodd, *Las parábolas del reino* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 2001), pp. 22, 23.



6 La ley de Dios y la dignidad *Humana*





Y andaré en libertad,
porque busqué
tus preceptos
(Salmo 119: 45, NVI).



HACE ALGUNOS AÑOS, leí un breve relato contado por *Jim Mankin* sobre un misionero que estaba predicando en un remoto lugar de África, tratando de convencer al jefe de una tribu de que aceptara el cristianismo. El anciano jefe prestaba atención mientras el misionero se explayaba, explicando todo lo que no debía hacer a partir de entonces. En un momento de la conversación, el jefe lo interrumpió con varias preguntas:

—Disculpe, señor misionero, ¿me está diciendo usted que si me convierto al cristianismo no puedo tomar como esposa a la mujer de mi prójimo?

—Has entendido muy bien, eso es exactamente lo que dije.

—¿Y dice usted que, como cristiano, yo no debería bailar la danza de la guerra ni arrancarles el corazón a mis enemigos?

—Correcto, tampoco debes hacer eso.

—Pero usted ha de saber que de todos modos yo ya no puedo hacer nada de eso. Soy muy viejo y las limitaciones de mi vejez no me permiten hacer esas cosas. Supongo que ser cristiano y ser viejo es lo mismo.

«Quizás parezca un divertido relato —afirma Mankin—, pero refleja la actitud de la sociedad en la que vivimos. Muchos de nosotros, tanto los que estamos dentro como los que están fuera de la iglesia, hemos reducido las buenas nuevas de Jesús a una lista de “No harás”. La religión en general, y el cristianismo en particular, ha llegado a ser percibida como una enemiga de la vida, de todo lo que es hermoso y placentero».¹ ¿Será esa nuestra experiencia? ¿Será que...

- ✓ ... percibimos los «No harás» de los mandamientos como un atentado contra nuestra libertad y bienestar?
- ✓ ... vemos la ley de Dios como un enemigo o como un aliado de nuestra libertad y nuestro gozo?
- ✓ ... creemos que la ley fue dada para que nos sintamos grandes al obedecerla o para enseñarnos a valorar la grandeza de Dios y de nuestros semejantes?

Intentemos dar respuesta a estas interrogantes a lo largo de este capítulo.

LA LEY ES LA GARANTÍA DE NUESTRA LIBERTAD

«Yo soy el Señor tu Dios. Yo te saqué de Egipto, del país donde eras esclavo» (Éxodo 20: 2, NVI).

Así comienza la revelación de los Diez Mandamientos en el Sinaí. Antes de impartir el código legal más importante de la historia, esa «serie de principios que hacen referencia a la relación de Yahvé con la humanidad»,² el Señor ofreció una revelación de *quién es él y qué ha hecho*. Tratar de guardar la ley sin conocer al que la promulga nos conduciría a una religión desprovista de sentido, a una ortodoxia sin alma, a una frivolidad espiritual. La vida espiritual no comienza con la obediencia a la ley, comienza con conocer al Dios que impartió la ley (Juan 17: 3).

El Dador de la ley se presenta como el «Yo soy». «Yo soy» es un ser eterno, que está primero que la ley y que todo. Él es el responsable de haber librado a su pueblo de la esclavitud egipcia. Y es el hecho de ser libres lo que los pone en la condición correcta para recibir el Decálogo. Según el Éxodo, la liberación no fue el resultado de alguna obra llevada a cabo por los descendientes de Abraham, sino que

La ley no nos presenta a un Dios arbitrario y dictador, sino a un ser maravilloso que espera obediencia sobre la base de la libertad y no de la imposición.

les llegó como un acto soberano de la gracia divina. La ley no nos presenta a un Dios arbitrario y dictador, sino a un ser maravilloso que espera obediencia sobre la base de la libertad y no de la imposición.

Es interesante destacar también que Dios organizó la entrega de la ley como si fuera una ceremonia nupcial. El pueblo se santificó y lavó «sus vestidos», y llegado el momento «Moisés hizo salir al pueblo del campamento, al encuentro de Dios» (Éxodo 19: 17, RVA-2015). El Sinaí es la montaña del encuentro, el altar donde Dios y su pueblo se unieron en matrimonio para siempre.

En Deuteronomio 7: 7-9 leemos:

«Si el Señor los ha preferido y elegido a ustedes, no es porque ustedes sean la más grande de las naciones, ya que en realidad son la más pequeña de todas ellas. El Señor los sacó de Egipto, donde ustedes eran esclavos, y con gran poder los libró del dominio del faraón, porque los ama y quiso cumplir la promesa que había hecho a los antepasados de ustedes. Reconozcan, pues, que el Señor su Dios es el Dios verdadero, que cumple fielmente su alianza generación tras generación, para con los que le aman y cumplen sus mandamientos» (DHH).

Es reconfortante saber que Dios sacó a Israel de Egipto por amor y porque «quiso cumplir la promesa que había hecho». ¿A quién le había hecho esa promesa? ¡A seres humanos! ¡A Abraham, a Isaac y a Jacob! No hay nada, excepto su amor por el ser humano, que pueda obligar al dueño de todo a cumplir sus promesas a mortales cuya memoria pudo



ue hayamos sido libertados sin haber obedecido no significa que no tengamos que ser obedientes tras haber sido libertados. La salvación constituye el fundamento de toda genuina obediencia.

haber quedado en el olvido. Esto nos abre los ojos a tres hechos que nunca debemos perder de vista:

- ✓ la humanidad es valiosa para Dios;
- ✓ la humanidad es tratada con respeto por su Creador;
- ✓ la humanidad puede estar segura de que el Señor no le fallará.

¿Por qué? Porque Dios ama incluso a los que obstinadamente se olvidan de él y se rebelan contra sus mandamientos. Dios decidió cumplir su promesa a un pueblo que no lo conocía; que, absorto por la servidumbre de Egipto, ni siquiera sabía quién era él. No obstante, el amor por ellos le induce a cumplir la promesa dada a los patriarcas. El amor de Dios actuó como el agente liberador de la esclavitud. Y es que solo puede ser libre el que ama y se siente amado por el Creador. El hecho de que nuestra liberación haya sido provista por la misericordia divina no nos minimiza, sino que nos eleva a lugares inefables, puesto que demuestra que Dios lo hace todo por nosotros.

Ahora bien, no podemos pasar por alto que tan pronto el pueblo fue redimido, entonces, y solo entonces, se halló en condiciones de obedecer las leyes del Señor. Dios no demandó obediencia para libertar a Israel; pero sí demandó lealtad a sus leyes a fin de que dicha liberación se mantuviera vigente. Que hayamos sido libertados sin haber obedecido no significa que no tengamos que ser obedientes tras haber sido libertados. La salvación constituye el fundamento de toda genuina obediencia. Como sugiere *Roberto Badenas*, la obediencia a la ley nos hace «diez veces libres».³

El *Comentario bíblico adventista* llama nuestra atención a lo siguiente: «Nótese el orden aquí: primero el Señor *salva* a Israel; luego le da su ley para que la *guarde*. El mismo orden es cierto bajo el evangelio. Cristo primero nos salva del pecado (Juan 1: 29; 1 Corintios 15: 3; Gálatas 1: 4); luego vive su ley dentro de nosotros (Gálatas 2: 20; Romanos 4: 25; 8: 1–3; 1 Pedro 2: 24)». ⁴ El Nuevo Testamento también subraya la relación entre la libertad y la ley al llamar a esta última «la ley de la libertad» (Santiago 1: 25).

Antes del Sinaí hubo redención de la esclavitud. La gracia entró en escena antes que la ley para que, como dijo Elena G. de White, comprendiéramos que «no hay poder en la ley para salvar al transgresor de la ley» (*Manuscript Releases*, t. 17, p. 115). Pero la ley no solo se le dio a gente libre, sino que su observancia garantizaría la permanencia en esa libertad. ⁵ El salmista subraya dicho punto al declarar: «Y andaré en libertad, porque busqué tus preceptos» (Salmo 119: 45, NVI). Esa libertad se convierte en un modelo ético que rige todas las acciones de la vida en tanto que nos aleja del engañoso libertinaje.

UNA LEY PERSONALIZADA

Es digno de notar que Dios proclama sus mandamientos en el Sinaí usando la segunda persona del singular, «tú»: *tú* no tendrás dioses ajenos delante de mí... Es evidente que la intención primaria de nuestro Creador no es hablar a un colectivo, ni a una multitud en la que cada quien suponga que los mandamientos son para los otros. Él se dirige concretamente a una persona, y esa persona eres tú. Recordando ese momento, Israel reconoció: «Hoy hemos visto que un simple mortal puede seguir con vida aunque Dios hable con él» (Deuteronomio 5: 24, NVI). En el Sinaí, Dios te habló directamente a ti, simple mortal, ¡y viviste! Esa revelación personalizada de la ley nos advierte de que ella gira en torno al «yo» divino y al «tú» humano.

En cuanto a nuestra vinculación con la ley no hay un «yo» sino un «tú». El Decálogo no fue dado para que, a través de la exhibición de tu presunta obediencia, puedas andar por la vida con el concepto de que «no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros» (Lucas 18: 11). La ley procura unirse con Dios y con tu prójimo mediante un

lazo imposible de deshacer. Tu obediencia no procura tu grandeza ante los ojos del universo, más bien te encamina a ver en su justa dimensión que la dignidad verdadera radica en tu Dios y en tu prójimo. La ley revela en alta definición que tu vida ha de estar centrada en lo que está fuera de ti. No hay vida en una ley que observas para sentirte autosuficiente; lo que tiene vida y espíritu es la obediencia que te empuja hacia Dios y hacia tus semejantes. La ley no se centra en ti sino en los demás. Dios te habla personalmente a ti para que ahora tú puedas relacionarte con él y con los otros «tú» que comparten tu entorno. Fíjate que la ley comienza con «Yo soy Jehová» y finaliza con «tu prójimo» (Éxodo 20: 2, 17). No hay nada en ella que fomente el egoísmo, ¡¡¡todo lo contrario!!!, fue dada para erradicar de tu corazón todo vestigio de jactancia y egolatría.

Aunque hay distintas explicaciones en cuanto al porqué del uso de «tú» en el Decálogo, quiero cerrar este apartado compartiendo contigo la explicación dada por *Filón*, el famoso judío que vivió en Alejandría. De acuerdo con él, Dios usó «tú» en el Decálogo por tres razones:

- ✓ *«Para destacar el valor individual de cada persona»*. Dios quiere que sientas que él está sosteniendo una conversación contigo. Los mandamientos apuntan a un encuentro sin intermediarios entre tú y Dios, y eso debe generar en ti la más profunda convicción de que eres una persona sumamente especial y valiosa para el Señor. La Biblia dice que Dios habló con Abraham, con Jacob, con Moisés, con Josué, con Gedeón; pero en el Sinaí, al promulgar su ley, Dios habló contigo y eso te pone en la lista de todos aquellos que han sostenido un diálogo personal con el Creador. El Decálogo subraya «la importancia individual de cada miembro del pacto entre Dios e Israel». ⁶
- ✓ *«Porque una apelación personal asegura una mejor obediencia»*. Por lo general, la tendencia humana es dar por sentado que el problema radica en los demás, que son otros los que tienen que cambiar y obedecer; pero que yo soy harina de otro costal. El «tú» de la ley de Dios apela a tu obediencia, no a la del prójimo; apela a tu fidelidad, no a la de tu vecino. Dios espera de ti una lealtad inquebrantable. Dice la señora White que «el sermón más elocuente que pueda predicarse acerca de la ley de los Diez Mandamientos es cumplir-

los. La obediencia debiera convertirse en *un deber personal*» (*Testimonios para la iglesia*, t. 4, p. 62).

- ✓ «Porque sería una lección para que los grandes no desprecien al más humilde». ⁷ Ese «tú no matarás», «tú no robarás» es incluyente, abarca a todos los seres humanos. Nadie puede argumentar que queda excluido de ese «tú», puesto que las demandas de la ley abarcan a los creyentes y a los no creyentes, al pobre y al rico, a los grandes y a los pequeños, y a todas las razas. La ley nos iguala a todos. Todos somos protegidos por sus requerimientos y todos somos castigados al transgredirla. Ante la ley todos somos uno. En ella también se cumple lo que dijo Pablo: «Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús» (Gálatas 3: 28, NVI).

LA EXPRESIÓN DE LA VOLUNTAD DE DIOS PARA SU PUEBLO

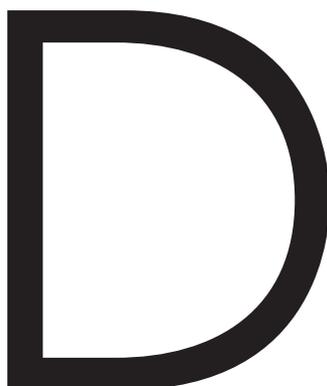
Las leyes dadas a Israel fueron transmitidas mediante tres grandes códigos: el código de los Diez Mandamientos (Éxodo 20: 1-17), el código del pacto (Éxodo 20: 22-23: 33) y el código sacerdotal (Éxodo 25-Levítico 16). De estos tres, los Diez Mandamientos fueron los primeros y ellos contienen «las enseñanzas más importantes del antiguo pacto». ⁸ Esos Mandamientos fueron revelados directamente por Dios en el monte Sinaí, durante una asamblea litúrgica a la que estuvo invitado todo el pueblo. El texto es muy claro: «Dios pronunció estas palabras» (Éxodo 20: 1, BJ) y las grabó en «dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas por el dedo de Dios» (Éxodo 31: 18). Más adelante, Moisés nos ofrece información adicional al decir que las tablas estaban «escritas por ambos lados; de uno y otro lado estaban escritas. Las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas» (Éxodo 32: 15, 16). También se nos dice que fueron «palabras que el Señor pronunció en voz alta» (Deuteronomio 5: 22, DHH).

Por otro lado, la superioridad de los Diez Mandamientos se hace evidente porque además fueron colocados en el interior del Arca del pacto (ver Deuteronomio 10: 1-5). El Arca era el mueble más

importante del tabernáculo. Sobre ella se manifestaba la gloria de Dios, era el símbolo de su presencia en el santuario y dentro de ella fueron depositadas las dos tablas de la ley. Esto pone de manifiesto la íntima relación que existe entre Dios y su ley. La manifestación de su gloria incluye la revelación de su ley. El lugar donde habita su santa presencia es el mismo donde habita su ley. Dios y su ley son inseparables. Los mandamientos son parte «de la identidad de Dios» y componen un «resumen de los atributos morales de Dios».⁹

No hay nada humano en la ley. Es «obra de Dios», es «escritura de Dios». Como una obra divina, la ley constituye una expresión de su Dador, y por ello el Nuevo Testamento la define como santa, justa y buena (Romanos 7: 12). Como la revelación escrita del Dios todopoderoso, la ley se convierte también en la «expresión de la voluntad de Dios para el pueblo del pacto»,¹⁰ «un santo legado para el mundo» (*Patriarcas y profetas*, cap. 27, p. 277). Ella nos hace saber que no andamos como ciegos que van a tientas por un camino desconocido, puesto que la ley abre delante de nosotros el camino de la bendición y del gozo. El salmista lo expresó con estas palabras: «Bienaventurados los íntegros de camino, los que andan en la ley de Jehová» (Salmo 119: 1).

La ley también fue conocida como «las tablas del pacto» y «del testimonio» (Deuteronomio 9: 9, 15; Éxodo 31: 18). Como parte de las estipulaciones del pacto, quebrantar los mandamientos conlleva la abrogación de la relación con Dios. En ese sentido, la observancia de la ley constituye un elemento clave a fin de mantener la vigencia del pacto entre Dios y sus hijos. Moisés advirtió al pueblo: «Si cumples sus mandamientos y sigues sus caminos, el Señor tu Dios te mantendrá como pueblo consagrado a él, tal como te lo ha jurado» (Deuteronomio 28: 9, DHH). Aquí la palabra clave es «mantendrá». En otros pasajes, el verbo hebreo también se traduce «confirmar»: «Confirmaré mi pacto con él»; «confirmaré el juramento»; «para confirmar la palabra que Jehová juró» (Génesis 17: 19; 26: 3; Deuteronomio 9: 5). De hecho, somos su pueblo, para guardar «todos sus mandamientos» (Deuteronomio 26: 18; ver Éxodo 15: 26) y, para que al igual que la ley, nosotros también podamos ser un reflejo vivo de la reproducción del carácter de Dios en nuestras vidas.



Dios y su ley son inseparables. Los mandamientos son parte «de la identidad de Dios» y componen un «resumen de los atributos morales de Dios».

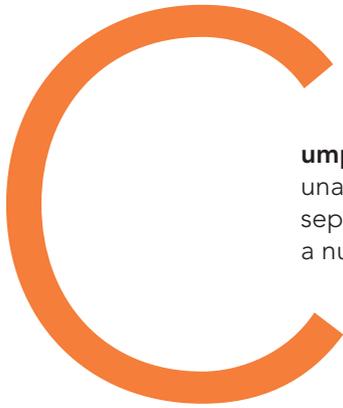
Hace mucho que Elena G. de White hizo esta impactante declaración:

«La ley es una expresión del pensamiento de Dios: cuando se recibe en Cristo, llega a ser nuestro pensamiento. Nos eleva por encima del poder de los deseos y tendencias naturales, por encima de las tentaciones que nos inducen a pecar. Dios desea que seamos felices, y nos ha dado los preceptos de la ley para que obedeciéndolos tengamos gozo» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 31, p. 277).

DIEZ VECES SÍ A DIOS Y A MI PRÓJIMO

Solemos referirnos a la ley de Dios como los Diez Mandamientos o el Decálogo. El texto hebreo del Antiguo Testamento se refiere a ellos como «las diez palabras» (ver Éxodo 34: 28; Deuteronomio 10: 4, JBS) y la Septuaginta, la versión griega de los libros que conforman nuestro Antiguo Testamento, se refiere a ella como *deka logous*. Los cristianos unieron las dos palabras y comenzaron a referirse a los mandamientos de Éxodo 20 como el Decálogo. Dicho vocablo apareció por primera vez en los escritos de Ireneo y Clemente de Alejandría. El Decálogo se halla al inicio del peregrinaje israelita desde el monte Sinaí, y Moisés lo repitió cuarenta años después, en el umbral de la tierra prometida (Éxodo 20: 1-17; Deuteronomio 5: 6-21).

Ese Decálogo nos fue dado como una bendición. Pensar como el jefe de la tribu y solo fijar la atención en los «No harás» revela que padecemos de una ceguera que no nos permite ver los elementos especiales que



Cumplir con cada «no» constituye una eficaz manera de que todos sepan que le decimos sí a nuestro Creador.

vertebran los Diez Mandamientos. De hecho, «detrás de cada una de las prohibiciones subyace la sublime afirmación de un principio básico para la religión y la moralidad». ¹¹ Y es que «cada acto moral es al mismo tiempo un refrenamiento de un modo contrario de acción y la adopción de su opuesto». ¹² Cumplir con cada «no» constituye una eficaz manera de que todos sepan que le decimos sí a nuestro Creador. ¹³

No podemos obviar que los grandes principios que sostienen el Decálogo se resumen en dos declaraciones sumamente afirmativas:

1. La primera: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». Este es el primero y grande mandamiento» (Mateo 22: 37, 38).

- El amor a Dios te mueve a no tener dioses ajenos.
- El amor a Dios impide que adores imágenes.
- El amor a Dios te motiva a no tomar su nombre en vano.
- El amor a Dios te impulsa a adorar su nombre reposando en el día sábado.

2. La segunda: «El segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley» (Mateo 22: 39, 40).

- El amor a mi prójimo me lleva a honrar a mis padres.
- El amor a mi prójimo me motiva a valorar su vida.
- El amor a mi prójimo me lleva a respetar a su cónyuge.
- El amor a mi prójimo me impide robarle.
- El amor a mi prójimo hace que yo hable bien de él.

- El amor a mi prójimo erradica de mí el deseo de codiciar lo que no me pertenece.

Como bien dijo Pablo: «El cumplimiento de la ley es el amor» (Romanos 13: 10; Gálatas 5: 14). De ahí que el fundamento de la ley es el amor. La ley pierde su esencia a menos que exista una relación de amor entre el Dador y sus súbditos. En el Antiguo Testamento se menciona en reiteradas ocasiones la expresión «los que me aman y guardan mis mandamientos» (Éxodo 20: 6; Deuteronomio 5: 10; Daniel 9: 4). Jesús dijo: «Si me aman, guardarán mis mandamientos» (Juan 14: 15, BJ). «Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor» (Juan 15: 10, NBLH). Juan dijo: «Este es el amor a Dios: que guardemos sus mandamientos» (1 Juan 5: 3; cf. 2 Juan 1: 6). La ley va de la mano con el amor.

Amar a Dios y amar al prójimo no solo son frases hechas; constituyen el eje mismo sobre el cual ha de girar nuestra existencia. En su práctica radica la esencia de la vida que se espera de los creyentes. Solo vive el que permanece vinculado a Dios y a sus semejantes mediante el amor (ver Efesios 4: 3; Colosenses 3: 14). Una vida centrada en el ego será todo menos vida; es una existencia desprovista de un valor esencial para la felicidad: «Ninguno de nosotros vive para sí» (Romanos 14: 7). La ley nos ayuda a vivir una experiencia terrenal de servicio y amor enfocados en el otro y no en nosotros.

Cuando es el amor el que nos induce a respetar la ley, esta llega a ser «apetecible más que el oro [...]. Y dulce más que la miel» (Salmo 19: 9, 10). Proclamaremos: «Tu ley es mi delicia», «amo tus mandamientos» (Salmo 119: 77, 48, 97, 113, 159, 163). Solo así admitiremos, a diferencia de lo que cree el mundo, «que sus mandamientos no son difíciles de cumplir» (1 Juan 5: 3, RVC). Mientras es cierto que al amar a Dios y a nuestro prójimo colocamos la grandeza en ellos, una cosa no podemos olvidar: «Todo el que infrinja uno solo de estos mandamientos, por pequeño que sea, y enseñe a otros a hacer lo mismo, será considerado el más pequeño en el reino de los cielos; pero el que los practique y enseñe será considerado grande en el reino de los cielos» (Mateo 5: 19, NVI). Mientras que soy grande en el reino del cielo, andaré por la tierra reconociendo que la ley me lleva a tratar como grandes a Dios y a ti.



LECCIONES PARA LA IGLESIA

Tras haber leído las importantes ideas que contiene este capítulo en cuanto al valor de las personas visto desde la perspectiva de la ley de Dios, creo que podemos afirmar que los Diez Mandamientos son una salvaguarda de los derechos humanos. ¿Por qué? Porque la violación de uno de ellos afecta directamente a la calidad de vida, a la paz y a la dignidad nuestras y de nuestros prójimos. Por eso Jesús los resumió en sus pocas y memorables palabras registradas en Mateo 22: 37, 39, que nos muestran que los primeros cuatro mandamientos tienen que ver con nuestra lealtad hacia Dios, que es la fuente de nuestros derechos; y que los últimos seis definen nuestra relación de unos con otros como seres humanos.

¿Qué lecciones puede aprender la iglesia del tema de la ley de Dios, que nos ayuden a mejorar o fortalecer nuestro ministerio en favor de las personas? Aquí sugerimos algunas ideas:

- Por el bien de sus miembros y de la comunidad, la iglesia debe oponerse a todo lo que intente usurpar el lugar de Dios. El egoísmo, el materialismo, el amor al dinero, los placeres en exceso y el afán de reconocimiento, son ídolos modernos que están destruyendo la vida espiritual de muchos de nosotros. **Cada iglesia debe levantar en alto la ley de Dios, especialmente los primeros cuatro mandamientos, a fin de que todos aprendamos a ser leales a nuestro Creador.**
- Cada congregación ha de funcionar entendiendo que el trato digno, respetuoso y bondadoso que deben recibir las personas, no debería ser una simple declaración teórica y mucho menos un comportamiento fingido o calculado. De acuerdo con la ley de Dios, las personas tienen el derecho de ser tratadas con dignidad. **Como pueblo, hemos de velar para que cada uno de nosotros pueda disfrutar de la vida, tener sus propias cosas, casarse —si así lo decide—, tener una buena reputación que no sea dañada, y el derecho a ser respetado por los demás.** Elena G. de White lo expresa con estas palabras: «El Señor Jesús exige que reconozcamos los derechos de cada ser humano. Los derechos sociales de las personas, y sus derechos como cristianos, han de ser tomados en consideración. Todos han de ser tratados con refinamiento y delicadeza, como hijos e hijas de Dios» (*Obreros evangélicos*, p. 129).

- A la luz de este tema, cada congregación debería reconocer que el cristianismo es vivir una experiencia religiosa genuina, tal como lo revela el apóstol Santiago: «La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo» (Santiago 1: 27). Por eso **cada iglesia en general y cada miembro de iglesia en particular ha de comprometerse a defender el valor de cada ser humano y a desarrollar un ministerio de compasión y restauración que exalte los principios que encontramos en los Diez Mandamientos.**



1. Jim Mankin, «The Meaning of the Ten Commandments for Today», *Restoration Quarterly*, 34 n° 4 (1992), p. 238.
2. John I. Durham, *Exodus*, vol. 3, Word Biblical Commentary (Dallas: Word, Incorporated, 1987), p. 284.
3. Roberto Badenas, *Más allá de la ley* (Madrid: Editorial Safeliz, 1998), pp. 83-93.
4. Francis D. Nichol, ed., *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1992), t. 1, p. 613.
5. Jerran Barrs, *Delighting in the Law of the Lord: God's Alternative to Legalism and Moralism* (Wheaton, Illinois: Crossway, 2013), p. 77.
6. Edward L. Greenstein, «The Rhetoric of the Ten Commandments» en Henning Graf Reventlow y Yair Hoffman, *The Decalogue in Jewish and Christian Tradition*, Library of Biblical Studies (Nueva York: T & T Clark, 2020), p. 3.
7. Philo, *Philo*, vol. 7, The Loeb Classical Library (Londres, Inglaterra; Cambridge, Massachusetts: William Heinemann Ltd; Harvard University Press, 1929-1962), p. 3.
8. Bruce K. Watke y Charles Yu, *An Old Testament Theology: An Exegetical, Canonical, and Thematic Approach* (Grand Rapids, Michigan, 2007), p. 412.
9. Bruce K. Watke y Charles Yu, *An Old Testament Theology*, p. 413; Mario Veloso, «La ley de Dios» en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe* (Doral, Florida: IADPA, 2007), pp. 49, 50; J. Vladimir Polanco, *En esto creemos* (Doral, Florida: IADPA, 2011), pp. 214, 215.
10. John H. Sailhamer, *The Pentateuch as Narrative: A Biblical-Theological Commentary* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1992), p. 283.
11. Leo Michel Abrami, «The Ten Commandments as Positive Affirmations», *Jewish Bible Quarterly*, 38 n° 1 (enero-marzo 2010), p. 32.
12. Walter C. Kaiser, *Hacia una teología del Antiguo Testamento* (Miami, Florida: Editorial Vida, 2000) p. 150.
13. Por razones de espacio no podemos comentar cada uno de los Diez Mandamientos, remitimos al lector a que consulte: Elena G. de White, *Patriarcas y profetas* (Doral, Florida: IADPA, 2008), pp. 275-286; Loron Wade, *Los Diez Mandamientos* (Doral, Florida: IADPA, 2008); Roy E. Gane, *Old Testament Law of Christians: Original Context and Enduring Application* (Grand Rapids, Michigan: Baker Academic, 2017), pp. 239-280; Francis D. Nichol, ed., *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1992), t. 1, pp. 610-619.

7 Fue hecho para el ser

Humano





No dejen de guardar mis sábados, porque el sábado es una señal entre mí y ustedes, de generación en generación, para que sepan que yo soy Yahvé, el que los santifico (Éxodo 31: 13, BJ).



SE DICE que en cierta ocasión el rabino *Salomón de Radomsk* visitó un pequeño pueblo en el que vivía una señora que había conocido al célebre y ya difunto maestro judío Elimelech de Litzhensk. Salomón se había interesado en entrevistarse con la señora, pero debido a su avanzada edad, la anciana no salía de su casa, por lo que no podía acudir al lugar donde se alojaba el rabino. Por eso fue el propio Salomón quien tuvo que ir al encuentro de la anciana, para preguntarle si podía compartir con él algunas de las enseñanzas que había aprendido de Elimelech. En su respuesta, la anciana se limitó a compartir una práctica que se repetía cada semana en la casa del rabino Elimelech: «Yo era una de las criadas que trabajaban en la cocina. De lunes a viernes, los empleados solíamos pelear entre nosotros; sin embargo, semana tras semana, el viernes por la tarde, cuando el sábado estaba a punto de comenzar, la cocina se llenaba de un espíritu parecido al de la víspera del Día de la Expiación. Todos abrigábamos la necesidad de pedirnos perdón los unos a los otros. Todos quedábamos dominados por un sentimiento de cariño y de paz».¹

EL S

ábado es un día para disfrutar, perdonar a los demás y compartir con ellos el cariño y la paz que nos profesamos los que nos peleamos durante la semana.

Qué interesante que ese detalle sobre el sábado fue lo que la anciana decidió compartir con el rabino, pues era lo que más le había impactado. De su experiencia, derivamos una lección crucial para nuestra vida: el sábado es un día para disfrutar, perdonar a los demás y compartir con ellos el cariño y la paz que nos profesamos los que nos peleamos durante la semana. El sábado decidimos convivir «¡unidos!» (Salmo 133: 1, LBNP). El sábado es un día en el que podemos hacer visible la comunión con nuestro Dios y con nuestro prójimo.

UN DÍA DE COMUNIÓN Y FE

La primera mención del día de reposo en la Biblia aparece en el contexto de la creación de nuestro mundo:

«Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos. El séptimo día concluyó Dios la obra que hizo, y reposó el séptimo día de todo cuanto había hecho. Entonces bendijo Dios el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación. Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados» (Génesis 2: 1-4).

El sábado hace su entrada inmediatamente después de que Dios hubo acabado su obra creadora de los «cielos y la tierra». El cuarto mandamiento subraya que «en seis días hizo Jehová los cielos, la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay» (Éxodo 20: 11). El siguiente cuadro nos muestra que, durante su proceso creador, Dios va llenando los espacios vacíos que previamente había creado:²

Espacio vacío días uno, dos y tres	Los días cuatro, cinco y seis Dios llena los espacios vacíos
Día 1: Dios separa el día de la noche	Día 4: Dios crea el sol, la luna y las estrellas
Día 2: Dios divide las aguas y el firmamento	Día 5: Dios crea seres vivientes que llenan el firmamento y las aguas
Día 3: Dios crea la tierra seca y la vegetación	Día 6: Dios crea los animales terrestres y al ser humano

Todo lo que el ojo humano puede ver fue creado en esos «seis días». Sin embargo, esa semana creadora no fue suficiente para crear todo lo que el ser humano necesitaba, porque Génesis dice que «el séptimo día terminó Dios lo que había hecho» (Génesis 2: 2, DHH). En el séptimo día se agregó algo que no existía en los primeros seis días, puesto que al acabar en seis todo lo que existe en la tierra, se dejaba la creación incompleta, aun cuando el espacio sideral y el terrenal estaban llenos. Y es que el seis es el número de lo inconcluso, de lo que no satisface los más profundos anhelos humanos, de lo que siempre tendrá carencias. Al final del sexto día teníamos una casa hermosa, bien decorada, ubicada en un prestigioso lugar; pero era solo eso: una casa preciosa pero vacía.

Adán y Eva estaban ahí, en el seis. Esto plantea un mensaje que no podemos obviar: las cosas que están al alcance de nuestra vista no llenan, no compensan, no nos quitan la imperfección. Vivir en una búsqueda alocada de lo que hay en el cielo y en la tierra nos deja en el seis, sin llenar nuestro vacío interno. Si sumamos todos los tesoros del mundo, todas esas cosas que soñamos con tener, su valor no excede al seis. Todo lo que podamos tener se queda en seis. Bill Gates, Carlos Slim y Elon Musk, con todas sus riquezas, no llegan más allá del seis. En cambio, si de verdad queremos disfrutar de la vida verdadera, la que no se llena con nada de este mundo, hemos de seguir al

siete, avanzar hacia lo que realmente satisface los más anhelados deseos del alma. Y eso es lo que encontramos en el séptimo día.

Ese primer sábado, Dios llevó a cabo una nueva creación: creó el día de reposo. Y fue con la creación del sábado que nuestro planeta encontró su plenitud y perfección. ¿Por qué? Porque el sábado trajo a la tierra lo que no encontramos en ninguno de los días anteriores: que Dios reposó, bendijo y santificó el día séptimo.³ Al realizar estas acciones, nuestro bondadoso Señor está llenando el sábado con lo único que podía traer plenitud al mundo: la presencia divina. Ahora sí que puso a nuestro alcance el siete.

Espacio vacío	Contenido con que Dios lo llena
Día 7: El sábado	La presencia divina

El sábado es un templo en el tiempo, un monumento espiritual en el que la humanidad por primera vez recibe el privilegio de entrar en la esfera de la santidad y la comunión divinas. Ese fue el día en que la criatura y el Creador se vieron cara a cara, dando inicio a una relación divino-humana que durará por la eternidad.

Siguiendo muy de cerca un paralelismo con la creación, cuando se concluyó la obra del Tabernáculo, las Escrituras declaran: «Así fue acabada toda la obra del Tabernáculo» (Éxodo 39: 32). A renglón seguido, el capítulo 40 deja claro que la obra quedó terminada cuando la presencia divina «llenó el Tabernáculo» (Éxodo 40: 34). Lo mismo ocurre con el sábado de la creación: ese día Dios lo llenó de su presencia y de su santidad.

La presencia divina impregna con su santa fragancia el espacio de tiempo en el que cohabitan Adán y Eva. El sábado fue creado para que la humanidad entrara al ambiente sagrado y bendito del cielo mientras se viva en la tierra. No solo estamos llamados a disfrutar del hecho de que Dios ha santificado «el sábado», sino que la humanidad tomaría una parte activa haciendo que el sábado fuera santo (ver Éxodo 20: 8). En ese sentido, la santidad del sábado conlleva dos elementos:

1. la declaración hecha por el Creador y
2. la santificación del día de parte de cada uno de nosotros.

¿Cómo podemos nosotros santificar algo que ya Dios ha hecho santo? Reconociendo que «la santidad del sábado envuelve la santidad de los hombres y de las mujeres».⁴ Podríamos decir, entonces, que el objetivo de Dios al declarar el sábado como un día santo era hacer santos a los que participaran en ese reposo. El sábado fue hecho para santificar al ser humano. Así que desde su establecimiento en nuestro planeta, el día de reposo bíblico apuntaba a ser una bendición para la humanidad, y no una gravosa carga, como tal vez podemos llegar a suponer.

Esa relación entre el sábado y nuestra santidad sería recalcada más adelante por Moisés y Ezequiel con estas palabras:

- ✓ «No dejen de guardar mis sábados, porque el sábado es una señal entre mí y ustedes, de generación en generación, para que sepan que yo soy Yahvé, el que los santifico» (Éxodo 31: 13, BJ).
- ✓ «Y les di también mis sábados, para que fueran por señal entre yo y ellos, para que supieran que yo soy Jehová que los santifico» (Ezequiel 20: 12).

Al entrar al reposo sabático estamos aceptando que Dios obre en nosotros y que podamos gozarnos en la santidad divina. Por supuesto, tanto nuestros primeros padres como nosotros, entramos a esa esfera de santidad sabática mediante la fe, no por nuestras obras. «Por fe comprendemos [...] que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía» (Hebreos 11: 3). Cuando Adán y Eva fueron creados, ya todo había sido hecho. Ellos tuvieron que aceptar por fe que Dios había sido el Creador, porque ellos no vieron nada del proceso creativo. Al ser creados al final del sexto día, su primer día completo fue el sábado; por tanto, el día de reposo fue el primer día que la humanidad vivió por fe. Ese sábado no solo se inauguró la vida física del ser humano, sino que también la vida espiritual entró al planeta ese día, puesto que lo primero que hicieron Adán y Eva en el Edén fue entablar una estrecha comunión con Dios durante las horas del día de reposo. Y es que la verdadera vida, la que se vive en abundancia, no comienza con el soplo de vida, comienza cuando el aire de la presencia divina es insuflado en nuestra alma. Y eso fue lo que Dios hizo durante la observancia de ese primer sábado.

Dios reposó ese primer sábado para tener comunión con la raza humana. ¿Qué te parece si reflexionamos un poco en ese acontecimiento?

El Creador de los cielos sacó tiempo para compartir con sus criaturas; esto habla claramente del inmenso amor y respeto que Dios siente por sus hijos. *Ludwig Koehler* escribió: «Delante del trono de Dios, nunca se dará un testimonio a tu favor que sobrepase a este: “Dios tuvo tiempo para mí”». ⁵ En un mundo agitado, en el que nadie tiene tiempo para nadie, el Creador nos recuerda cada sábado que él sí tiene tiempo para nosotros. Dios hace un alto en su agenda y saca un momento especial para disfrutar de nuestra compañía. ¡Definitivamente el Señor nos ve como seres especiales!

UN DÍA PARA RELACIONARNOS CON NUESTROS SEMEJANTES

Por supuesto, el sábado también fue el primer día en que Adán y Eva convivieron como pareja. Así que no solo fue el día en que ellos conocieron a Dios, sino que también fue el día en que se conocieron ellos mismos. El sábado nos introduce a la correcta relación con nuestros semejantes. En sábado reconozco que Dios es el Creador y que mi prójimo es obra de Dios. Ese primer sábado, Adán comprobó que Eva era hueso de sus huesos y carne de su propia carne (ver Génesis 2: 23); se dio cuenta de que Eva era como él, que eran iguales.

Esa función del sábado como un día para recordar que todos somos iguales se ve expresada en la legislación dada por Moisés. El cuarto mandamiento declara tajantemente:

«Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó» (Éxodo 20: 8-11).

El reposo sabático no excluye a nadie. Participamos todos: el rico y el pobre; el grande y el pequeño; el libre y el esclavo; el hombre y la mujer; el niño y el adulto; el nacional y el extranjero. ¿Sabes por qué? Porque el sábado fue instituido para recordarnos que todos somos iguales, que tenemos la misma carne y los mismos huesos, y que somos cria-

LA V

verdadera vida, la que se vive en abundancia, no comienza con el soplo de vida, comienza cuando el aire de la presencia divina es insuflado en nuestra alma.

turas del mismo Dios. El sábado procura hacernos entender que Dios «de una sangre ha hecho el linaje de los hombres» (Hechos 17: 26); que «somos hechura suya» (Efesios 2: 10). *Samuel H. Dresner* expresó lo siguiente: «Aunque un judío pueda haber sido un vendedor de cebollas de puerta en puerta y otro pueda haber sido un propietario de grandes bosques madereros, el sábado todos eran iguales, todos eran reyes». ⁶ La observancia del sábado bíblico no entiende de convencionalismos sociales.

El libro de Deuteronomio aporta otro ángulo de la vinculación entre el sábado y el prójimo al decir:

«Pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios. Ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que tu siervo y tu sierva puedan descansar como tú. Acuérdate de que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová, tu Dios, te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido, por lo cual Jehová, tu Dios, te ha mandado que guardes el sábado» (Deuteronomio 5: 14, 15).

Entrar al reposo sabático conlleva tratar con dignidad a mis semejantes. No puede alguien decir que guarda el sábado mientras trata indignamente a los que están bajo su cuidado o autoridad. El siervo tiene derecho a «descansar como tú». ¿Por qué? Porque ambos fueron librados de la esclavitud. Ello pone de manifiesto la «consciencia social» del día de reposo. ⁷ El sábado está en contra de la explotación laboral; el sábado aboga por la protección de los derechos del trabajador; es el día para que todos los agobiados «tomen refrigerio» (Éxodo 23: 12). El libro de Amós se refiere al sábado en tanto que lanza una crítica contra

«los que pisotean a los necesitados y exterminan a los pobres de la tierra» (Amós 8: 4, 5, NVI). El profeta Isaías también vincula desatar las ligaduras de impiedad, dejar ir libres a los quebrantados, compartir el pan con el hambriento, vestir al desnudo con la correcta observancia del día de reposo (Isaías 58: 6-14).

El lado humano del sábado hace evidente que el día de reposo saca a relucir el altruismo que ha de distinguir a los que profesan formar parte de la comunidad de la fe. No hay descanso sabático verdadero si no extendemos una mano solidaria a los que nos rodean. El sábado bíblico requiere que vivamos cada día de la semana al servicio de los demás. La esencia misma del sábado es la adoración a Dios y la compasión hacia mi prójimo. No hay lugar para el «yo» en las horas del día de descanso establecido por el Señor. Hemos de cuidarnos de suponer que la observancia del sábado constituye un buen ejemplo de nuestro avance en el proceso de santificación. La santidad del sábado solo cubre al que lo guarda en comunión con Dios y con su hermano. El sábado es «tiempo para servir a Dios sirviendo a los necesitados».⁸ Y eso es lo que vemos en el ejemplo que nos dejó Cristo.

EL SÁBADO QUE GUARDÓ JESÚS

Uno de los relatos más conocidos de los Evangelios es el que podemos leer en Lucas 6: 1-5, en Mateo 12: 1-8 y en Marcos 2: 23-28. Los discípulos y Jesús cruzaban unos sembrados cuando decidieron arrancar espigas, desgranarlas y comérselas. Al ver esta acción, algunos de los fariseos, que curiosamente también andaban con el grupo, preguntaron: «¿Por qué hacen ustedes algo que no está permitido hacer en sábado?» (Lucas 6: 2, DHH). Los fariseos fueron bastante categóricos. No dejaron ninguna duda de que, en su opinión, la acción de los discípulos constituía una transgresión directa del sábado. Vale la pena que nos preguntemos qué era lo que no estaba permitido en sábado.

En el libro de Éxodo se prohíbe explícitamente arar y segar en el día de reposo (34: 21). Ahora bien, la ley de Moisés no reprochaba que los transeúntes arrancaran espigas en un campo ajeno (Deuteronomio 23: 25). Los discípulos ni estaban sembrando ni cosechan-

do, entonces, ¿qué fue lo ilícito de su acción? Jesús pudo haberles demostrado a los fariseos que bajo ninguna circunstancia sus discípulos habían infringido la ley del Sinaí; pero también sabía que, en temas teológicos, los fariseos tendían a la irracionalidad y, cuando se obcecaban en un punto, nadie les hacía cambiar de opinión. Así que, en lugar de debatir con ellos, el Maestro se limitó a ponerles un ejemplo bíblico (ver 1 Samuel 21).

¿Era lícito que David y sus hombres comieran del pan de la proposición? Claro que no, porque de ese pan solo podían comer los sacerdotes (ver Levítico 24: 5-9). Sin embargo, nadie condenó a David ni a Ahimelec por haber pasado por alto la prescripción levítica y haberse comido los panes. Al citar la experiencia de David, probablemente el Señor haya querido combinar tres argumentos que los fariseos no podían refutar:

1. Apela a un hecho escriturario;
2. apela al clamor de la necesidad humana y
3. remite al ejemplo de una figura de autoridad como lo era David.⁹

Por tanto, aunque la declaración de los fariseos fue bastante categórica, lo cierto es que carecía de fundamento bíblico.

¿En qué se cimentaban los fariseos para decir que los discípulos habían hecho lo que no era «lícito hacer en sábado»? No hay nada en el Antiguo Testamento que sustente tal acusación. La acusación se basaba en las tradiciones rabínicas de la época, y que luego fueron incorporadas en *La Misná*. El tratado Shabbat declara que en sábado está prohibido «sembrar, arar, segar, engavillar, majar, bieldar, limpiar, moler, cribar, amasar, cocer...» (VII: 2).¹⁰ Según la opinión de los rabinos de la época, «al recoger las espigas, los discípulos eran culpables de *segar*; al restregarlas con las manos, eran culpables de *desgranar*; al separar los granos de la paja, eran culpables de *cribar*; y, por todo el proceso, eran culpables de haber *preparado una comida* en sábado».¹¹ Como todas estas acciones estaban incluidas en las 39 prohibiciones básicas de *La Misná*, sin lugar a dudas, los discípulos eran culpables de haber transgredido el sábado, pero no el sábado bíblico sino el de la tradición, el sábado creado por los religiosos de su tiempo, el sábado que no tomaba en cuenta a la gente. En la Palabra de Dios, la

observancia del sábado está claramente enfocada hacia el bien del ser humano; las tradiciones de los hombres, por su parte, eliminaron al ser humano de la ecuación y basaron la observancia sabática en un formalismo religioso que no tomaba en cuenta las necesidades del prójimo.

Lamentablemente, mientras debatían con el Maestro, los fariseos no percibían que junto a ellos se encontraba el único que podía determinar concretamente qué se podía hacer o no hacer en sábado. Así que Jesús tuvo que apelar a su último argumento: «El Hijo del hombre es Señor del sábado» (Lucas 6: 5, NVI); es decir, él «tiene autoridad sobre el sábado» (DHH). Algunos suponen que tal declaración constituye una evidencia contundente de que Jesús abolió el día de reposo. No obstante, el texto nada tiene que ver con la derogación del cuarto mandamiento. Las palabras del Señor lo que hacen es resaltar que él «es el que controla al sábado, no el sábado a él». ¹² Él es el único que puede definir lo que es lícito o ilícito en el día de reposo, porque su señorío alcanza, incluso, las horas sagradas del séptimo día. Y a renglón seguido Lucas presenta otro relato sabático en el que Jesús marca el modelo que hemos de seguir.

Lucas 6: 6-11 registra un milagro de sanidad realizado por Jesús en un día de reposo. Una vez más, el Maestro estaba enseñando en la sinagoga y había allí un hombre que tenía la mano derecha tullida. Lo más extraordinario del caso es que los fariseos, que supuestamente habían acudido a la sinagoga a adorar, se concentraron por completo en «acechar» al Maestro. La palabra griega traducida «acechar», *paraterounto*, expresa la idea de vigilar con malas intenciones. ¿Cómo es posible que mientras se enorgullecían de guardar el sábado «como Dios manda», esta gente albergara resentimientos contra el creador del sábado?

Como Jesús sabía lo que ellos cavilaban en sus corazones, le pidió al hombre que se levantara, y dirigiéndose a los escribas y fariseos les dijo: «Les voy a hacer una pregunta: “¿Qué está permitido hacer en sábado: el bien o el mal? ¿Salvar una vida o destruirla?”» (vers. 9, DHH). Nadie dijo nada. Entonces Jesús «dijo al hombre: “Extiende tu mano”. Él lo hizo y su mano fue restaurada» (vers. 10). En lugar de dar gloria a Dios por este extraordinario milagro, nuestros antepasados espirituales «se llenaron de furor» (vers. 11). ¿Por

qué reaccionaron de esa manera? Porque una vez más el Señor había transgredido las leyes sabáticas inventadas por los hombres.

De acuerdo con un antiguo documento judío, en sábado solo podían atenderse a los enfermos cuya vida corría peligro. *El Matías ben Jarás* declaró: «Si una persona siente dolores en la garganta, se le puede dar una medicina por vía bucal en día de sábado, ya que hay peligro de vida y todo peligro de vida desplaza al sábado» (Yoma 8: 6).¹³ ¿Corría «peligro de vida» el hombre de la mano seca? Pues obvio que no; por tanto, su curación debió haber esperado a la puesta de sol. Ese sábado, en la misma sinagoga, aquellos «santos varones» «comenzaron a discutir qué podrían hacer contra Jesús» (vers. 11, NVI). El texto paralelo de Marcos declara: «Salieron entonces los fariseos y se confabularon con los herodianos para destruirlo» (Marcos 3: 6).

Para Jesús, la misericordia está por encima del legalismo. Mientras que las tradiciones humanas abogaban por curar en sábado únicamente las enfermedades mortales, el Señor insistía en curar en sábado cualquier enfermedad, porque el dolor humano no puede esperar ni siquiera un día. Mientras que los guardianes del legalismo, que «defendían la santidad» del día de reposo, decidieron hacer el mal en sábado y procuraron encontrar la forma de dar muerte a Jesús, el Hijo del hombre nos compele a decidirnos por practicar el bien en el día de reposo. Y ese bien se centra en las personas. Hacer el bien no es solo presentar un buen sermón, es salvar una vida; no es asistir a un culto inspirador, es aliviar la angustia de mi vecina; no es compartir con los que creen como yo, es ir a ministrar a los que considero diferentes a mí.

Todo lo que vemos a Jesús haciendo en sábado saca a relucir una gran verdad: satisfacer la necesidad de la gente es más importante que la observancia de caprichos religiosos y de tradiciones sabáticas inventadas por los judíos. Por eso, en una declaración que no quedó registrada ni en Lucas ni en Mateo, Cristo declaró: «El sábado fue hecho por causa del hombre» (Marcos 2: 27). La frase traducida «por causa de» indica la razón, la finalidad de algo.¹⁴ El ser humano es la razón por la cual existe el sábado. Dios creó el sábado para nosotros. Como bien lo dice el *Comentario bíblico adventista*, «el sábado fue designado y ordenado por un amante Creador para el bienestar de la humanidad».¹⁵



LECCIONES PARA LA IGLESIA

Después de reflexionar en las implicaciones que tiene el cuarto mandamiento para nuestras relaciones con Dios y con nuestro prójimo, podríamos terminar resaltando que el sábado tiene la particularidad de conectar a cada persona tanto con Dios como con los demás seres humanos; de ahí que este mandamiento merece ser estudiado en forma especial, pues hacerlo enriquecerá nuestra comprensión de cuánto valemos para Dios, y también de cómo debemos tratarnos entre nosotros.

Como iglesia deberíamos preguntarnos qué lecciones nos enseña dicho mandamiento que puedan ayudarnos a fortalecer la forma en que ministramos a cada miembro de nuestras congregaciones. Aquí compartimos algunas ideas:

- Entender que, cada semana, Dios ha preparado un espacio de tiempo para estar con nosotros. Esto indica que él nos ama, que quiere nuestro bien y que está comprometido en bendecirnos y santificarnos. ***La iglesia debe también hacer del sábado un tiempo de comunión espiritual, de acercamiento personal y colectivo a Dios, y evitar que programas y actividades que tienen que ver más con el funcionamiento de la iglesia, y que pueden realizarse en otros días, ocupen el lugar que Dios ha separado para estar con sus hijos.***
- Entender que el sábado fue hecho por causa del ser humano, es decir para su bien, debe hacer que la iglesia también anime a sus miembros a dedicar una parte del sábado a beneficiar a otros por medio de la predicación, los actos de bondad y compasión, el acompañamiento espiritual, el perdón y la reconciliación. ***La iglesia misma puede modelar estas experiencias en lugar de invertir todo su tiempo en reuniones y programas a lo interno de ella misma.***
- Para los adventistas del séptimo día la dignidad humana no debe limitarse a una teoría. Y siendo que el sábado no excluye a ninguna persona y, por el contrario, nos recuerda que todos somos iguales ante Dios, y que todos y todas, aun cuando no sean miembros de la iglesia, tienen derecho a descansar, a recibir las bendiciones y la santificación que viene de Dios junto con su paz o reposo espiritual, entonces ***la iglesia debe hacer esfuerzo para recor-***

dar, orar y hacer algo a favor de aquellos que no conocen la bendición del sábado y que siguen trabajando sin descansar espiritualmente, sin gozar de comunión con Dios sin tener la paz divina en sus corazones.

El sábado entonces no es para aislarnos en adoración, sino para acercarnos unos a otros mediante el servicio.

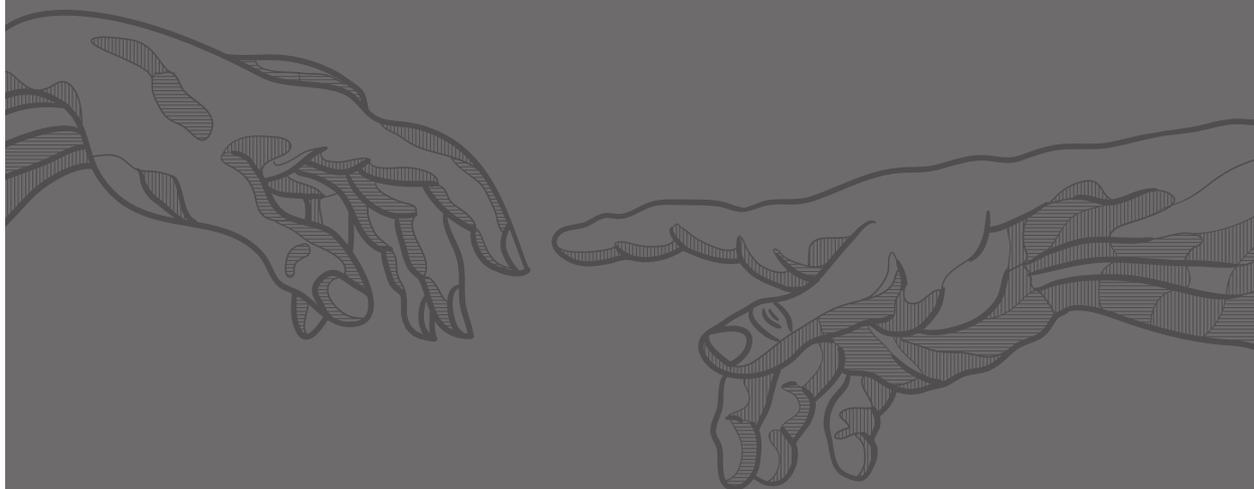


1. Citado por Abraham Joshua Heschel, *The Sabbath: Its Meaning for Modern Man* (Nueva York: Farrar, Straus y Gairoux, 2005), p. 31.
2. Laurence A. Turner, «Una lectura teológica de Génesis 1», *En el principio: Una defensa firme de la doctrina adventista de la creación*, Bryan W. Ball, ed. (Doral, Florida: IADPA, 2018), p. 86; Richard Davidson, «The Genesis Account of the Origins», en *He Spoke and it Was: Divine Creation in the Old Testament*, Gerald A. Klingbeil, ed. (Boise, Idaho: Pacific Press, 2015), p. 59.
3. Para más detalles sobre el significado de esas acciones divinas, ver Gerhard F. Hasel, «El sábado en el Pentateuco» en *El sábado en las Escrituras y en la historia*, Kenneth A. Strand, ed. (Doral, Florida: IADPA, 2014), pp. 8-13.
4. Jacques B. Doukhan, «Loving the Sabbath as a Christian: A Seventh-Day Adventist Perspective» en *The Sabbath in Jewish and Christian Traditions*, Tamara C. Eskenazi, Daniel J. Harrington, S. J., y William H. Shea, eds. (Nueva York: Crossroad, 1991), p. 156.
5. Citado por Hans Walter Wolff, «The Day of Rest in the Old Testament», *Lexington Theological Quarterly* 7 n° 3 (julio 1972), pp. 71, 72.
6. Citado por Sakae Kubo, *Vivir el futuro hoy: La Segunda Venida y el sábado* (Doral, Florida: IADPA, 2016), p. 39.
7. Sigve K. Tonstad, *The Lost Meaning of the Seventh-Day* (Berrien Springs, Michigan: Andrews University Press, 2009), pp. 126, 127.
8. Samuele Bacchiocchi, *Reposo divino para la inquietud humana* (Berrien Springs, Michigan: Biblical Perspectives, 1993), p. 181.
9. William Loader, *Jesus' Attitude towards the Law: A Study of the Gospels* (Grand Rapids, Michigan: William B. Eerdmans Publishing Co., 1997), p. 312.
10. del Valle, *La Misná*, p. 232.
11. Samuele Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday: A Historical Investigation of the Rise of Sunday Observance in Early Christianity* (Roma: The Pontifical Gregorian University Press, 1977), p. 49; Archibald Thomas Robertson, *Imágenes verbales en el Nuevo Testamento* (Barcelona: Editorial CLIE, 1989), t. 2, pp. 99, 100.
12. Alfred Plummer, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to Luke* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1902), p. 168.
13. del Valle, *La Misná*, p. 353.
14. A. H. Hess, «*dia*» en Horst Robert Balz y Gerhard Schneider, *Exegetical Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1990-), vol. 1, p. 297.
15. Francis D. Nichol, ed. *Comentario bíblico adventista del séptimo día* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1995), tomo 5, p. 575.

8

¿Pacto o

Contrato?





Yo te desposaré conmigo
para siempre;
te desposaré conmigo
en justicia y derecho,
en amor y compasión,
te desposaré conmigo
en fidelidad
(Oseas 2: 20, 21, BJ).



¿SABES CUÁL es uno de los museos más innovadores del mundo? «¿El Louvre?». No. «¿El nuevo Museo de El Cairo?». Tampoco. «¿El Museo Británico?». Mucho menos. ¿Lo quieres volver a intentar? «¿El Faro a Colón?». Por supuesto que no. Cuando hace años leí la noticia de cuál era, en ese entonces, uno de los museos más innovadores y creativos del planeta, no sabía si decantarme por la risa o la admiración. Y es que el ser humano es capaz de llevar a cabo genialidades que nos asombran y nos dejan boquiabiertos. ¿Quieres saber ya de qué museo estoy hablando? Del Museo de las Relaciones Rotas. ¡Sí, es un monumento al fracaso del amor de pareja! No es una exhibición de grandes obras de la pintura o de la escultura, ni de objetos que celebran nuestra gloria pasada; no, es una exhibición que saca a la luz el dolor desgarrador que produce el rompimiento de una relación amorosa.

La idea de concebir semejante museo se gestó en la mente de Olinka Vistica y Drazen Grubisic, dos artistas croatas que decidieron poner fin a su relación. Tras haber estado juntos durante cuatro años eran muchos los regalos, las fotos, los discos, las tarjetas, las cartas que habían compartido el uno con el otro. ¿Qué se debía hacer con todos aquellos recuerdos? ¿Quemarlos? ¿Tirarlos a la basura? Se les ocurrió la magistral idea de hacer una exhibición con todos los objetos que habían desempeñado un factor clave en su vida amorosa. Y así, en la ciudad de Zagreb, nació este innovador museo.

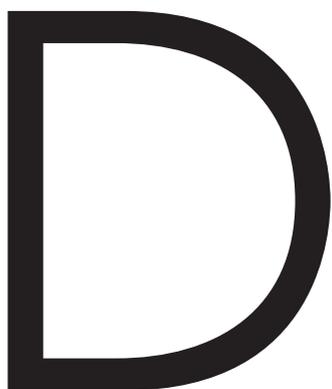
A lo largo de los años, personas de distintos lugares del mundo han hecho donaciones de objetos que les recordaban una relación rota, y la colección del museo se ha ido engrosando. Esto llevó a sus creadores a abrir otra sede en la ciudad de Los Ángeles. En ambos museos se pueden ver objetos como un par de botas que provocaron la disolución de un matrimonio; un dibujo que recuerda al viaje en tren de una expareja; un hacha que una mujer usó para destruir todos los muebles de la casa; un vaso de Starbucks con una bolsita de una supuesta galleta de la fortuna que presagiaba el final de dos jóvenes enamorados... En fin, lo que menos podemos imaginarnos, está en esos dos museos.

Imaginemos por un momento esto: Si Dios construyera un museo a las relaciones rotas, ¿qué exhibiría en él? ¿Tal vez algo que le recuerde que un día decidiste romper el pacto de amor que él había hecho contigo? Si hay un personaje en el universo que sabe en carne propia qué significa la ruptura de una relación amorosa ese es nuestro Padre celestial (obviamente, una ruptura que se produce por nuestra parte, no por la suya). De hecho, la Biblia suele comparar la relación entre Dios y su pueblo con la de un matrimonio, es decir, una relación de pareja.

EL PACTO MATRIMONIAL DE DIOS CON NOSOTROS

La Biblia suele usar con bastante frecuencia la metáfora del pacto matrimonial para ilustrar la relación entre Dios y nosotros. El profeta Isaías declara: «Porque el que te hizo te toma por esposa: su Nombre es Señor Todopoderoso. Tu Redentor es el Santo de Israel. Como mujer abandonada y abatida te vuelve a llamar el Señor; como a esposa de juventud repudiada» (Isaías 54: 5, 6, BPLA). Todos esos títulos revelan que Dios protege, sostiene y nutre a su pueblo.¹ Su papel de buen esposo queda fuera de toda duda.

Sin embargo, cuando Isaías escribió este pasaje, la nación de Israel había estado atravesando el fuego del cautiverio, y esto habría provocado que muchos acusaran a Dios de haber abandonado a su pueblo. De ahí la pregunta de Isaías 50: 1: «A la madre de ustedes, yo la repudí: ¿dónde está el acta de divorcio?» (NVI). El Señor no había abandonado a su esposa, ¿entonces por qué la nación fue llevada al



Dios no hace un pacto con una institución, ni con un edificio; la alianza es con el ser humano, es con todos.

cautiverio? ¡Pues por sus maldades y rebeliones! Israel transgredió el pacto, pero el divino esposo nunca firmó la carta de divorcio. Él se quedó esperando una respuesta de amor de parte de su pueblo mientras le decía quedamente al oído: «Volveré a unirme contigo. [...] Con amor eterno te tendré compasión» (Isaías 54: 7, 8, NVI). Y más adelante le recuerda: «No se apartará de ti mi misericordia ni el pacto de paz se romperá» (versículo 10). Dios no quebranta su pacto, puesto que allí se presenta el vínculo que lo une con su pueblo. El pacto impide que el divorcio se concrete en toda su extensión. El pacto une a Dios con su iglesia de manera perpetua. Si por decisión del pueblo la relación se acaba, Dios sencillamente no firmaría el acta de divorcio.

El profeta Oseas también recurre a la imagen del pacto matrimonial para ilustrar el pacto de Dios con su pueblo. Dice Oseas que Israel había caído en las redes de las prostitución, había desarraigado al Señor de su corazón y había establecido una alianza con los dioses de las naciones paganas (ver Oseas 2: 4-15). En cambio, el Señor seguía insistiendo y esperaba expectante la llegada del día en que Israel lo llamara «Marido mío», entonces el Señor le diría: «Sellaré un pacto en su favor aquel día. [...] Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y derecho, en amor y compasión, te desposaré conmigo en fidelidad» (Oseas 2: 20, 21, BJ).

El Nuevo Testamento también recurre a la analogía del matrimonio. Pablo se refiere a la iglesia como la esposa de Cristo. «Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella», dice en Efesios 5: 25. Hablando de la relación entre Cristo y su pueblo, el apóstol dijo que «somos

EL P

acto nos habla de un Dios que no ha perdido la esperanza de mantener una relación eterna con la raza humana.

miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos» (Efesios 5: 30) y para no dejar dudas de a qué se refiere, aclaró: «Pero yo me refiero a Cristo y a su iglesia» (Efesios 5: 32). Desde la perspectiva divina, el pacto matrimonial entre Dios y su pueblo es inquebrantable: somos carne de su carne. Nuestro desamor y repudio no inducen al Señor a romper su relación pactual con nosotros. Él nunca llevará una pieza al Museo de las Relaciones Rotas, porque, mientras dependa de él, su relación con el ser humano es inquebrantable.

UN PACTO PERPETUO E INCLUYENTE

La perpetuidad del pacto entre Dios y nosotros es presentada con bastante claridad en las Escrituras (ver Isaías 55: 3; Jeremías 32: 40; Ezequiel 16: 60; Hebreos 13: 20). Cuando Dios le dijo a Noé: «Estableceré mi pacto contigo» (Génesis 6: 18) ese «contigo» nos incluye a todos. ¿Por qué? Veamos lo que dice Génesis 9: 16: «Me acordaré del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente». En Noé estaba incluido «todo ser viviente»; Noé moriría pero el pacto mantendría su perpetuidad. Lo mismo sucedió con el patriarca Abraham. «Haré un pacto contigo», declara Génesis 17: 2; sin embargo, el versículo 7 agrega: «Estableceré un pacto contigo y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: un pacto perpetuo». Gracias a ese pacto serían «benditas todas las naciones de la tierra» (Génesis 22: 18). Noé y Abraham son personas que representan a personas. El texto se mueve del individualismo a la colectividad. Dios no hace un pacto con una institución, ni con un edificio; la alianza es con el ser humano, es con

todos. Nadie queda excluido, porque en el corazón de nuestro Padre hay lugar para todos. Hablando del pacto divino, *Derek Kidner* escribió: «Es notable por su amplitud (abarca a todos), por su permanencia (perpetuo, eterno) y por su generosidad, pues es tan incondicional como inmerecido».²

En los pasajes que he citado arriba, el vocablo hebreo traducido como «perpetuo», ‘*ólām*, alude a algo que se extiende por mucho tiempo, que es constante y que dura para siempre.³ En Génesis 21: 33 se utiliza para hablar del «Dios eterno». Si el pacto es tan eterno como Dios, ello sugiere que el plan de Dios para los signatarios del pacto es que también vivan para siempre. El pacto eterno procura, desde luego, vida eterna para cada uno de nosotros. Dios no haría un pacto eterno con gente que está condenada a pasar toda la eternidad en el polvo de la muerte. Al hacer una alianza con nosotros, el Señor está extendiendo la mirada mucho más allá de lo que somos en este momento, está contemplando el momento en que lo «mortal se vista de inmortalidad» (1 Corintios 15: 53). Él no mira al Vladimir carnal y mortal de ahora; él se concentra en lo que Vladimir llegará a ser. Mediante el pacto, «Dios quiere llevar a los hombres a una vida de comunión con él»⁴ que se extenderá por los siglos de los siglos. Más que encargarse de estipulaciones, el pacto entre Dios y la humanidad regula nuestras relaciones con él, con la iglesia y con nuestro prójimo. De acuerdo con las Escrituras, «el pacto es esencialmente un concepto relacional. [...] Las relaciones de pacto se caracterizan por la fidelidad, la reciprocidad y el sincero encuentro personal».⁵

El Señor es especialista reconstruyendo lo que nosotros hemos estropeado. Cuando Jerusalén, su esposa, le fue infiel y se contaminó adorando a dioses ajenos, el profeta Ezequiel declaró: «Ha dicho Jehová, el Señor: Yo no haré como tú hiciste, que menospreciaste el juramento para invalidar mi pacto. Antes bien, yo tendré memoria del pacto que concerté contigo en los días de tu juventud, y estableceré mi pacto eterno» (Ezequiel 16: 59, 60). Este pasaje nos confronta con «el misterio de la fidelidad divina»⁶ ante la infame infidelidad humana. El apóstol Pablo hace una declaración grandiosa:

«Palabra fiel es esta:
Si somos muertos con él, también viviremos con él;
si sufrimos, también reinaremos con él;
si lo negamos, él también nos negará;
si somos infieles, él permanece fiel,
porque no puede negarse a sí mismo» (2 Timoteo 2: 11-13).

¿PACTO O CONTRATO?

Si bajo ninguna circunstancia quebranta Dios su pacto con la humanidad, ¿entonces por qué nosotros vivimos llevando objetos al museo de las relaciones rotas con Dios? Quizá porque por lo general solemos dar por sentado que lo que hemos hecho con Dios es una especie de contrato en el que se espera que cumplamos con una serie de requisitos ineludibles y que él nos recompense por nuestra presunta obediencia. Al confundir el pacto con un contrato, concluimos que nuestros desvaríos espirituales hacen nula nuestra relación con el Cielo. Aunque en español el significado de ambos términos es muy parecido, «un pacto, en su sentido hebreo, es mucho más que un contrato meramente primitivo, y un contrato es mucho menos que un pacto».⁷

Paul F Palmer nos ayuda a percibir las diferencias entre un pacto y un contrato:⁸

- ✓ «Los contratos son asuntos seculares y comerciales; los pactos son sagrados». Contratamos un empleado, un plan de Internet, un seguro de vida; en fin, asuntos vinculados a nuestra vida terrenal. Lamentablemente, hay ocasiones en las que suponemos que un pacto con Dios es una especie de arreglo comercial en el que la criatura es propietaria del Creador y este último ha de cumplir con nuestros más humanos deseos. Así, en tanto que cerramos nuestro corazón a Dios, abrimos nuestras manos para que las llene de posesiones y bienes terrenales. Si bien es cierto que el pacto divino conlleva bendiciones materiales, no hemos de olvidar que la esencia de dicho pacto es lo espiritual. El pacto, te lo repito otra vez, por encima de todo, procura mantener vigente nuestra relación con el Señor. Entonces el pacto divino se enfoca primariamente «en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Colosenses 3: 2). Hace poco una

AL C

onfundir el pacto
con un contrato,
concluimos que nuestros
desvaríos espirituales hacen
nula nuestra relación
con el Cielo.

persona me preguntaba por qué si ella devolvía fielmente el diezmo Dios no la había hecho rica. En nuestro afán por los bienes materiales soslayamos que el pacto nos garantiza el acceso directo a «las riquezas de su benignidad, paciencia y generosidad» (Romanos 2: 4), que nos hace disfrutar de «las riquezas de su gracia», de «las riquezas de la gloria de su herencia» (Efesios 1: 7, 18). Esas son «las insondables riquezas de Cristo» que ahora son nuestras (Efesios 3: 8).

- ✓ «Los contratos tratan de cosas; los pactos, con personas». En el pacto que Dios establece con el ser humano, el centro no lo ocupan los bienes materiales, sino la gente. Cuando el Creador hace un pacto con sus criaturas pone de manifiesto que su interés es mantener una estrecha relación con ellas. Aunque en la época bíblica existía la costumbre de acordar los famosos tratados de vasallajes en los que un inferior se sometía a los dictados de un superior,⁹ los pactos de Dios con el ser humano no siempre siguen ese modelo en toda su plenitud. ¿Por qué? En primer lugar, porque Dios no nos considera como sirvientes, ni sus esclavos, ni como un manojo de cautivos a los que ha sometido por medio de la fuerza. Su pacto se fundamenta en su misericordia y no en su poder para doblegar al débil (Deuteronomio 7: 9, 12; 1 Reyes 8: 23; Nehemías 1: 5).
- ✓ «Los contratos estipulan los servicios de las personas; los pactos comprometen a las personas». Dios no pretende que te sientas como

una persona irremisiblemente doblegada a un amo cruel; el pacto con Dios no es un acto que te obliga a darle un servicio a Dios (diezmos, ofrendas, asistencia a la iglesia, entrega de revistas misioneras). La coerción no forma parte del pacto divino entre Dios y nosotros. Al entrar en pacto contigo, lo que el Cielo busca es que te sientas comprometido a vivir bajo una relación espiritual con tu Creador. Lo que le das a Dios es el fruto de un corazón que se ha comprometido con la causa del Señor. El pacto presenta a Dios como un redentor: «Pagó el precio del rescate de su pueblo y estableció un pacto para siempre» (Salmo 111: 9, NVI); y es por causa de esa liberación que nosotros vemos el gran amor divino, que nos mueve a un compromiso.

- ✓ *«Los contratos se realizan por un período de tiempo concreto; los pactos son para siempre».* Cuando contratamos una empresa para recibir servicios de telefonía celular, dicho contrato estará vigente por un período concreto de tiempo: un año, dos años... No obstante, el pacto de Dios con nosotros es eterno, no tiene fecha de caducidad, no se limita a un período de tiempo. No dura una semana, un mes o un año, ¡sino que es para toda la vida! En la mente de Dios no cabe la idea de un pacto temporal, como si fuera un producto de supermercado que tiene fecha de vencimiento. Tenemos una confirmación de «pacto eterno» (1 Crónicas 16: 17, NVI), uno que nunca se vence.

Dios no ha firmado con nosotros un contrato mediante el cual nos ofrece bienes y servicios terrenales; sino que ha concertado un pacto irrevocable que, en cuanto dependa de él, nos garantiza toda la riqueza espiritual que necesitamos para vivir en un mundo pecaminoso.

LA FÓRMULA DEL PACTO

En el siguiente capítulo abordaremos otros aspectos del pacto que quizá sean más conocidos entre nosotros. Pero ahora abordaré la esencia del pacto divino con la humanidad. Ese punto clave nos llega mediante lo que se conoce como la fórmula pactual.¹⁰ ¿Qué es eso? Es una frase que se repite constantemente en el contexto del pacto entre Dios y su pueblo.

De acuerdo con Nehemías 9: 6-8, tras la creación del mundo, el llamado de Abraham constituye el evento de mayor trascendencia para la historia del pueblo de Dios. Si bien es indiscutible que Dios es el dueño de todo lo que existe en la tierra, el llamamiento a Abraham hizo que el Creador se convirtiera en propietario exclusivo de una nación. Nehemías introduce la creación del mundo y la elección de Abraham con las mismas palabras: «Tú eres, oh Jehová». Dios no solo manifestó su grandeza al crear en Génesis 1 y 2, sino que también la demostró al escoger a Abraham.¹¹ El que creó las grandes galaxias fue el mismo que «escogió a Abraham» para hacer «un pacto con él» (Nehemías 9: 7, 9). En Génesis 17 se menciona la razón por la cual Dios quería hacer un pacto con Abraham y su descendencia: «Para ser tu Dios» (versículo 7). «La sustancia del pacto» radica en que el Señor sea nuestro Dios.¹²

Comentando este pasaje, el *Comentario bíblico adventista* expresa estas bellas palabras:

«Esta promesa abarca todas las bendiciones de la salvación y es una indicación clara del carácter espiritual del pacto con Abraham. Dios se da a sí mismo a aquel que entra en la relación del pacto, y al hacer eso le confiere todos los privilegios, los gozos y la esperanza gloriosa que provienen del parentesco con Dios. Quien llega a ser así un hijo o hija de Dios no puede desear nada más para ser feliz, ya sea en esta vida o en la venidera».¹³

Llegado el momento de liberar a Israel de la opresión egipcia, Dios se le apareció a Moisés y le dijo: «Yo soy el Señor, y voy a quitarles de encima la opresión de los egipcios. Voy a librarlos de su esclavitud; voy a liberarlos con gran despliegue de poder y con grandes actos de justicia. *Haré de ustedes mi pueblo; y yo seré su Dios*» (Éxodo 6: 6, 7, NVI). Esa fórmula la veremos repetirse constantemente a lo largo de las Escrituras, y todos dejan muy claro que la fórmula pactual reitera que Dios quiere ser nuestro Dios. Y lo mejor de todo es que tú y yo estamos incluidos en esa fórmula. Dice Pablo que «los verdaderos descendientes de Abraham son los que tienen fe» y ahora somos «herederos de las promesas que Dios le hizo» (Gálatas 3: 7, 29, DHH). ¡Qué impresionante me resulta ese generoso acto divino! Y no dejo de preguntarme: ¿Qué hay en nosotros para que el Creador nos haya escogido para ser



ás que encargarse
de estipulaciones,
el pacto entre Dios
y la humanidad regula
nuestras relaciones con él,
con la iglesia y con
nuestro prójimo.

nuestro Dios? ¿Por qué le interesa serlo? ¿Qué gana mediante ese pacto? De una manera que resulta inexplicable para mí, Dios tiene un interés especial por nosotros, las ovejas negras del universo. Nos mira con un valor que sobrepasa la eternidad, que echa a un lado nuestra rebelión y que a todo pulmón nos grita: «Quiero ser tu Dios». ¡Mi valor se extiende hasta los confines del universo, Dios quiere tener una relación conmigo!

Incluso, al final de la Biblia volvemos a leer la fórmula pactual: «Oí una gran voz del cielo, que decía: “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos *como su Dios*”» (Apocalipsis 21: 3). Apocalipsis nos asegura que todas las bendiciones prometidas al Israel literal ahora se extienden a todos aquellos que confían en Jesús. Para Juan, «todos los representados por Jesús, el rey ideal, son considerados parte del verdadero Israel». ¹⁴ Desde Génesis hasta Apocalipsis, el pacto nos habla de un Dios que no ha perdido la esperanza de mantener una relación eterna con la raza humana.

En los tiempos de Atalía, la perversa reina que «se levantó y destruyó toda la descendencia real» (2 Reyes 11: 1), la condición espiritual del pueblo de Dios se hallaba en uno de sus puntos más bajos. La nación se había olvidado del día de reposo, el santuario había quedado contaminado y muchos entablaron una relación adúltera con Baal, el dios cananeo. Fue en ese contexto que el sacerdote Joiada encabezó una reforma religiosa entre el pueblo de Dios. Dicha reforma se

centró en poner fin a la apostasía a la que Atalía había llevado al pueblo y retomar el pacto antiguo. Entonces el narrador declara: «Joiada hizo un pacto entre Jehová, el rey y el pueblo, que *sería el pueblo de Jehová*» (2 Reyes 11: 17).

Siguiendo el ejemplo de Joiada, ahora nos toca acudir delante de nuestro Dios, hacer un pacto con él y decirle: ¡Eres nuestro Dios y nosotros seremos tu pueblo! Al hacerlo, dejamos claro que hemos muerto al mundo, que vivimos para el Señor, que le dedicamos toda capacidad que nos haya concedido, que somos conscientes de que hemos firmado una alianza con el Cielo. Al decidir ser «el pueblo de Jehová», aceptaremos acordar el pacto de la devolución de los diezmos y de las ofrendas (Génesis 28: 22; Levítico 27: 30); cumpliremos con el pacto de la observancia sabática (Éxodo 31: 16); acataremos con gozo el pacto de los Diez Mandamientos (Éxodo 34: 28; Deuteronomio 4: 13); nos comprometeremos a cumplir el pacto de la fidelidad matrimonial (Job 31: 1; Proverbios 2: 17); estaremos dispuestos a hacer cualquier sacrificio (Salmo 50: 5).

Quizá yo pueda pensar que no soy digno, que mi infidelidad ha sido muy grande, que Dios está muy decepcionado de mí y que no querrá volver a relacionarse con alguien tan desleal como lo he sido yo. A todo el que piense así, el Señor le dice: «¡Yo nunca me olvidaré de ti! He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida» (Isaías 49: 15, 16). Las palabras de Pablo lo expresan con toda claridad: «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Romanos 8: 38, 39). El pacto eterno me presenta un Dios cuyo «corazón suspira por sus hijos terrenales con un amor más fuerte que la muerte» (*El camino a Cristo*, cap. 1, p. 31). En cuanto a nosotros, para Dios no hay museo de relaciones rotas, ya que todas pueden ser restauradas si decidimos volver a firmar el pacto: que él sea nuestro Dios, y que nosotros seamos su pueblo. Que las palabras de Jeremías puedan hallar cabida en nuestros labios y corazones: «Vayamos al Señor, y unámonos con él en una alianza eterna, que no se olvide nunca» (Jeremías 50: 5, DHH).



LECCIONES PARA LA IGLESIA

Siendo que Dios nos ha dado la misión de ir a todo el mundo haciendo discípulos, es necesario entonces que cada persona que se hace parte de la iglesia entienda cabalmente que su primer compromiso es con Dios, que ese compromiso está por encima de todos los demás porque Dios exige adoración exclusiva y quiere tener una relación de pacto con nosotros basada en su amor eterno y sus promesas irrevocables. Dios quiere que la iglesia sea ese lugar donde las personas aprendan a relacionarse con él en amor, fidelidad y compromiso. De esa manera estarán listos para aquel día en que el Señor dirá: «Que se pongan a mi lado los que me son fieles, los que han hecho un pacto conmigo y me ofrecieron sacrificio» (Salmo 50: 5, TLA).

Aquí están algunas ideas para que cada congregación ayude a sus miembros a tener esa experiencia:

- La Iglesia debe verse a sí misma como el espacio al que Dios trae constantemente a las personas con quienes él tiene una relación de compromiso y de exclusividad. De ahí que la iglesia no debe tratar a los miembros como meros objetos y usarlos para alcanzar sus planes. A cada miembro de iglesia hay que enseñarle, en primer lugar, a desarrollar y honrar su compromiso con Dios, y desde ahí desarrollar y cumplir con su responsabilidad con la iglesia. **Esto significa que cada iglesia debería tener planes para enseñar a sus miembros a que sepan quién es Dios, cómo actúa, qué ha hecho por nosotros y qué espera de cada uno.** Luego de eso puede enseñárseles cómo ser buenos miembros de la iglesia.
- Como hemos visto en este capítulo, el tema del pacto tiene importantes y grandes implicaciones espirituales que con frecuencia se ignoran produciendo un bajo nivel de compromiso en algunos de nosotros. **Sería bueno que el tema del pacto entre Dios y nosotros, con todas sus implicaciones, se ofrezca como instrucción repetitivamente en todas las congregaciones.**
- Debido al pacto que Dios hizo con nosotros en Cristo, tenemos aseguradas todo tipo de bendiciones espirituales (ver Efesios 1: 3). Por lo tanto, nuestro pacto con Dios no es solo de palabras sino de hechos. De la misma manera, así como la iglesia recibe

a sus miembros por su profesión de fe, también debe animarlos y ofrecerles oportunidades de hacer o renovar sus pactos con Dios en asuntos tan puntuales como su vida devocional, su participación en la iglesia, la mayordomía de su cuerpo, su tiempo, su dinero y sus talentos, entre otras cosas. Basado en esto **sería bueno que cada congregación al principio del año, ofrezca a todos sus miembros un programa que les dé la oportunidad de hacer o renovar su pacto de amor y fidelidad con Dios.**



1. John D. W. Watts, *Isaiah 34–66*, vol. 25, Word Biblical Commentary (Nashville, Tennessee: Thomas Nelson, Inc., 2005), p. 798.
2. Derek Kidner, *Genesis: An Introduction and Commentary*, vol. 1, Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1967), p. 109.
3. Willem VanGemeren, ed., *New International Dictionary of Old Testament Theology & Exegesis* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan Publishing House, 1997), p. 345.
4. Xavier Léon-Dufour, *Vocabulario de teología bíblica* (Barcelona: Editorial Herder, 2005), p. 59.
5. James J. Ponzetti Jr. y Barbara Horkoff Mutch, «Marriage as Covenant: Traditions as a Guide to Marriage Education in the Pastoral Context», *Pastoral Psychology* (enero de 2006), vol. 54. 3, p. 224.
6. Walther Zimmerli, *Ezequiel: A Commentary on the Book of the Prophet Ezekiel*, eds. Frank Moore Cross y Klaus Baltzer, *Hermeneia—a Critical and Historical Commentary on the Bible* (Philadelphia: Fortress Press, 1979–), p. 352.
7. David Novak, *The Jewish Social Contract: An Essay in Political Theology* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2005), p. 46.
8. Paul F. Palmer, «Christian Marriage: Contract or Covenant», *Theological Studies*, 33 (1972), p. 639.
9. Ver George E. Mendenhall, *Law and Covenant in Israel and the Ancient Near East* (Pittsburgh, Pennsylvania: Presbyterian Board of Colportage of W. Pennsylvania, 1955).
10. Para más detalles, ver Rolf Rendtorff, *The Covenant Formula: An Exegetical and Theological Investigation* (Edimburgo: T&T Clark, 1998).
11. Rendtorff, p. 1; H. G. M. Williamson, *Ezra, Nehemiah*, vol. 16, Word Biblical Commentary (Dallas: Word, Incorporated, 1985), p. 312.
12. Rendtorff, p. 15.
13. Francis D. Nichol, ed., *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1992), t. 1, p. 334.
14. G. K. Beale, *The Book of Revelation: A Commentary on the Greek Text*, New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids, Michigan; Carlisle, Cumbria: W.B. Eerdmans; Paternoster Press, 1999), p. 1047.

9

«A sí
mismos se

Dieron»



Ya conocen la gracia
de nuestro
Señor Jesucristo,
que, aunque era rico,
por causa de ustedes
se hizo pobre,
para que mediante
su pobreza ustedes
llegaran a ser ricos
(2 Corintios 8: 9, NVI).



«COMO SOCIEDAD, estamos constantemente glorificando la codicia», afirmó Dan Price. Creo que nadie se atrevería a negar la validez de esta afirmación. Price hizo esta declaración en el contexto de una protesta ante la desigualdad económica que se vive en los Estados Unidos, su país. «La gente se muere de hambre, es despedida de su trabajo o ve cómo se aprovechan de ellos, solo para que alguien pueda tener un apartamento de lujo en un rascacielos de Manhattan», añadió. Pero ¿quién es Dan Price?

Price es el propietario de una empresa tecnológica con sede en Seattle. Un día, mientras charlaba con una amiga, se dio cuenta de que él mismo había fomentado esa desigualdad. Su amiga le acababa de comentar que le habían subido el alquiler mensual de su casa doscientos dólares, y que estaba teniendo graves dificultades para poder pagarlo a pesar de tener dos empleos. Price nunca había experimentado nada similar, por lo que la conversación le hizo consciente de algo en lo que nunca antes había reparado: seguramente sus propios empleados estaban viviendo una situación similar a la de su amiga. La mayoría de ellos ganaban 40,000 dólares al año, un salario que no es suficiente para cubrir las necesidades básicas de una persona que vive en una ciudad tan costosa como Seattle. En cambio, Price ganaba más de un millón de dólares al año. En su propia compañía, la desigualdad salarial era abismal.

Impulsado por su deseo de elevar la calidad de vida de sus empleados, este joven empresario decidió reducirse a sí mismo el salario en un noventa por ciento, disminuir sus ganancias, simplificar su estilo de vida y elevar el ingreso de sus empleados a un mínimo de 70,000 dólares anuales. Price reunió a todos sus empleados y les dio la noticia. En principio, parecían no creer lo que estaban oyendo, así que la repitió por segunda vez: «Me he reducido a mí mismo el salario para aumentar el de ustedes de tal modo que nadie gane menos de 70,000 dólares al año».

Esto ocurrió en el 2015. ¿Sabes qué resultados produjo semejante ejemplo de abnegación? He aquí algunos de los que Price comentó, según un artículo publicado por la BBC:

- ✓ Dos ejecutivos decidieron renunciar, al darse cuenta de que el salario de muchos de los empleados iba a ser duplicado mientras que el de ellos permanecería igual (clara consecuencia de la influencia de una sociedad que glorifica la codicia apoyándose en la idea de la meritocracia).
- ✓ El número de empleados de la empresa se duplicó en cinco años.
- ✓ Las transacciones que procesa la compañía han pasado de 3,800 millones a 10,200 millones anuales.
- ✓ Más del diez por ciento de los empleados ha podido comprarse una casa.
- ✓ El setenta por ciento de los empleados ha pagado sus deudas.

Dan Price estuvo dispuesto a recibir mucho menos para que sus empleados pudieran recibir más. Él constituye un vivo ejemplo de que no todos los seres humanos viven para glorificar la codicia, que hay mucha gente capaz de desprenderse de lo que tiene para ayudar a otros. ¿Qué motivó a este joven empresario a dar semejante ejemplo de abnegación? Darse cuenta de la necesidad de las personas que trabajaban para él. Por más impresionante que haya sido la decisión de Dan Price, lo cierto es que el más grande ejemplo de sacrificio que alguna vez haya conocido la humanidad ocurrió hace más de dos mil años, cuando el Hijo de Dios dejó las riquezas del cielo para venir a la pobreza de la tierra. ¿Qué lo indujo a realizar tan asombroso acto de abnegación? ¡Pues nuestra gran necesidad!

«Nuestra gran necesidad —escribió Elena G. de White— es lo único que nos da derecho a la misericordia de Dios» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 32, p. 286).

Reflexionemos brevemente sobre la abnegación de nuestro Señor y cómo esta impacta un aspecto clave en la de vida del creyente.

LA GRACIA DE CRISTO

Uno de los pasajes más sublimes de la Biblia es el que sigue:

«Ya conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, aunque era rico, por causa de ustedes se hizo pobre, para que mediante su pobreza ustedes llegaran a ser ricos» (2 Corintios 8: 9, NVI).

En esta declaración, Pablo nos presenta al que nos ha dado el ejemplo que debemos seguir en todo: Jesús. En este caso, el apóstol nos presenta a Cristo como el más sublime modelo de «amor y abnegación por los demás» que alguna vez haya existido.¹ Para Jesús, dar es un acto de gracia de principio a fin. Esa gracia se puso en evidencia cuando, «aunque era rico», por nosotros, «se hizo pobre». ¿Por qué se hizo pobre? Porque Cristo lo dio todo por nuestra salvación; no se quedó con nada, a fin de que nosotros lo tengamos todo. La Biblia dice que él «se dio a sí mismo» (Gálatas 1: 4). Aunque es cierto que Jesús no tenía ni «donde recostar su cabeza» (Mateo 8: 20), es probable que Pablo no se esté refiriendo a una pobreza estrictamente material. ¿Será que comprendemos el alcance de la pobreza que el Hijo de Dios decidió asumir por ti y por mí? Al venir a este planeta rebelde, el Salvador

- ✓ no se despojó de una porción de salario en calidad de diezmos y ofrendas;
- ✓ no se despojó de un trabajo que le impedía guardar el sábado;
- ✓ no se despojó de un pedazo de tierra para que se construyera un templo.

No.

La pobreza de la que nos habla el texto bíblico es en el sentido de que el Salvador



erá que comprendemos
el alcance de la pobreza
que el Hijo de Dios decidió
asumir por ti y por mí?

- ✓ se «despojó» de su igualdad con Dios y «tomó la forma de siervo» (Filipenses 2: 6, 7);
- ✓ dejó la santidad del cielo y vino para «hacerse pecado» (2 Corintios 5: 21);
- ✓ dejó un lugar bendito y descendió a nuestro mundo para hacerse «maldición por nosotros» (Gálatas 3: 13).

Jesús echó a un lado toda la «riqueza» que legítimamente le pertenecía, y escogió la pobreza que nos correspondía a nosotros, para que nuestra situación experimentara un cambio radical. Nuestro Señor

1. dejó de lado sus derechos para satisfacer nuestras necesidades; y
2. descendió a la tierra para que nosotros pudiésemos ser elevados al cielo.

Esto último lo resalta la segunda parte de 2 Corintios 8: 9: «Para que mediante su pobreza ustedes llegaran a ser ricos» (NVI). Cristo se despojó para que yo tuviera; se hizo maldito, para que yo fuera bendecido; se hizo siervo, para que yo fuera libre; se hizo pecado, para que yo fuera santo. ¡Cristo se hizo lo que soy yo, para que yo fuera lo que él es! Es un cambio que no tiene lógica; y es que precisamente la gracia es ilógica. En realidad, Pablo está describiendo «el gran intercambio: Cristo toma lo que nosotros tenemos [pobreza], y nosotros recibimos lo que él tuvo [riqueza]».²

Elena G. de White explica este intercambio de la siguiente manera:

«Cristo fue tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece. Fue condenado por nues-

tros pecados, en los que no había participado, a fin de que nosotros pudiésemos ser justificados por su justicia, en la cual no habíamos participado. Él sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiésemos recibir la vida suya» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 1, p. 16).

La gracia de Cristo no consistió en pedir, sino en dar. La vida cristiana no consiste en una experiencia espiritual en la que nosotros sentimos que le damos a Dios; todo lo contrario: el centro mismo de la mayordomía cristiana radica en lo que nosotros hemos recibido y continuamos recibiendo de Dios. Y cuando damos, sea lo que sea, es nada en comparación con la riqueza eterna que recibimos gracias a que Cristo tomó nuestra pobreza. De hecho, parte de nuestra pobreza se debe a nuestro afán desmedido por encontrar las riquezas terrenales en tanto que perdemos la riqueza celestial, porque «los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hunden a los hombres» (1 Timoteo 6: 9). La riqueza de Cristo es lo único que puede eliminar la pobreza que conlleva suponer que ser rico es acumular más y compartir menos.

Y uno de los medios que Dios tiene para quitar nuestra pobreza y dotarnos con las riquezas imperecederas es mostrar el mismo espíritu de Cristo cuando se trata de apoyar la causa de Dios en esta tierra. Y de eso Pablo nos dice mucho en 2 Corintios 8 y 9. Ahora vamos a echar un vistazo a uno de los episodios más significativos y poco conocidos del ministerio de Pablo: su colecta para la iglesia de Jerusalén.

LA OFRENDA QUE DIOS ESPERA

La mayoría de nosotros hemos conocido a Pablo como el escritor de muchas de las Cartas del Nuevo Testamento y como el gran embajador de Cristo que llevó el mensaje de la gracia «a todo el mundo» (Colosenses 1: 6). Sin embargo, hubo una tarea a la que Pablo le dedicó gran parte de su ministerio y que es mencionada en sus principales Cartas pero que ha sido soslayada por la mayoría de nosotros: recoger la ofrenda para la iglesia de Jerusalén. ¿Has oído hablar de esa ofrenda? Déjame contarte un poco sobre ella.

Quizá la más antigua referencia a esta labor paulina la encontramos en 1 Corintios 16. Pablo declara: «En cuanto a la ofrenda para los santos, hagan ustedes también como instruí a las iglesias de Galacia. Que el

primer día de la semana, cada uno de ustedes aparte y guarde según haya prosperado. [...] Cuando yo llegue enviaré con cartas a quienes ustedes hayan designado, para que lleven su contribución a Jerusalén» (versículos 1-3, NBLA). En ese momento no estaba en los planes de Pablo viajar a Jerusalén. En Romanos 15, Pablo menciona que las iglesias de Acaya también se habían unido a la ofrenda. Así que los creyentes de Tesalónica y de Filipos apoyaron esta iniciativa.

En 2 Corintios Pablo dedicó dos capítulos completos al tema (8 y 9), y ya vemos que Pablo está haciendo planes para él mismo presentar la ofrenda en Jerusalén. En Romanos 15: 25-28, ya vemos que el apóstol va en camino a Jerusalén para llevar la ofrenda. Hay varios elementos de esta ofrenda recogida por Pablo que nos vendría bien repasar.

- ✓ En primer lugar, *la ofrenda es «según [cada uno] haya prosperado»* (1 Corintios 16: 1). Evidentemente, aquí tenemos una referencia a Deuteronomio 16: 10 donde Moisés dice que hay que presentar las ofrendas «según lo abundantes que hayan sido las bendiciones de Jehová, tu Dios». En 2 Corintios, Pablo nos dirá que hemos de dar «conforme a [nuestras] fuerzas» (2 Corintios 8: 3). Mientras que el diezmo es una cantidad fija, las ofrendas no lo son. Las ofrendas aceptadas por Dios están directamente relacionadas con la prosperidad que él nos haya dado. En ese sentido, la grandeza o la pequeñez de la ofrenda no las determina la cantidad real, sino la proporción que tenga con lo que Dios te ha dado.
- ✓ En segundo lugar, y muy relacionado con lo anterior, *la ofrenda debe ser generosa*. Los corintios, de su «profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad» (2 Corintios 8: 2). La calidad de la ofrenda no la determina la cantidad, sino la riqueza de generosidad que la acompañe. Es una pena suponer que la ofrenda es una «exigencia» de la iglesia. Para Pablo, la ofrenda es una «muestra de generosidad» (2 Corintios 9: 5). Es en este contexto que declara: «El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará» (2 Corintios 9: 6). Esa generosidad fue resultado de su gozo.

- ✓ En tercer lugar, *ofrendar es un privilegio*. Los corintios le pidieron a Pablo «con muchos ruegos [...] el privilegio de participar» (2 Corintios 8: 4). La palabra traducida como «privilegio» es *jaris*, que también se traduce como «gracia». Ofrendar es un acto de gracia; ofrendar no es un medio para que todos sepan de mi benevolencia, sino un acto mediante el cual reflejo la semejanza divina.
- ✓ En cuarto lugar, *la ofrenda pone de manifiesto nuestro amor*. La ofrenda de los corintios hizo evidente «la sinceridad del amor». Amar es dar. Cuando ofrendo, estoy haciendo visible mi amor por Dios y por mis semejantes. «Dios ama al dador alegre» (2 Corintios 9: 7).
- ✓ En quinto lugar *la ofrenda debe glorificar a Dios*. La ofrenda de los corintios, Pablo la administraba «para gloria del Señor mismo» (2 Corintios 8: 19).

Aunque la ofrenda es una manifestación material, tangible y medible, bajo ninguna circunstancia deberíamos reducirla a simple dinero. Para Pablo, la ofrenda no es una obra de caridad, ni un impuesto para ayudar a los pobres, sino una bendición, un servicio, un medio de comunión y, «más importante aún, una expresión de gracia».³ Y es que

«la gracia de Cristo en el alma desarrolla atributos del carácter que son opuestos al egoísmo, atributos que han de refinar, ennoblecer y enriquecer la vida» (*La maravillosa gracia de Dios*, p. 337).

Solo la gracia puede erradicar de nosotros las amargas raíces del egoísmo.

PABLO APELA A LA GRACIA

Al tratar el tema de la ofrenda en 2 Corintios 8 y 9, el apóstol va a resaltar un elemento clave: la gracia. Ofrendar es un acto de gracia. Lo que Cristo hizo por nosotros es precisamente lo que nosotros debemos hacer por los demás. Pablo hace manifiesto que nosotros ya conocemos «la gracia de nuestro Señor» (2 Corintios 8: 9). Estas palabras despejan cualquier duda que tengamos con respecto a si los corintios eran conscientes de la gran ofrenda que Dios había proporcionado en el Calvario. Claro que ellos ya la conocían. Eso hace que el verbo «conocer» en este pasaje tenga un sentido retórico, una especie de recordatorio de «un ejemplo autorizado del más alto nivel».⁴

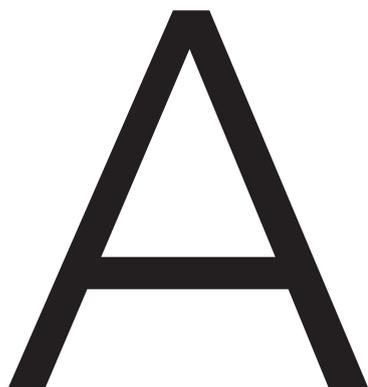
Solo el que ha conocido la gracia podrá ofrendar con gracia. Hace poco, un amigo pastor anunciaba haber cumplido veinte años de matrimonio con su adorable esposa. Al final de su post en Facebook usó una frase saturada de verdad: «Hoy la amo más porque estoy agradecido». Precisamente, Pablo apela a la gracia de Dios, al amor de Dios, para que los corintios, como una muestra clara de gratitud, contribuyeran con una generosa ofrenda. El apóstol reconoce que una persona que ofrenda por imposición nunca dará su dinero con amor. *Únicamente el que se siente amado, perdonado, restaurado, redimido por la gracia del Hijo de Dios estará dispuesto a dar de sus recursos con generosidad y gratitud para el avance de la obra.* Solo un corazón agradecido puede amar y dar en abundancia. De ahí que para motivar a los creyentes a dar con generosidad, Pablo no recurre a la exigencia, sino al mejor instrumento: la gracia. Veamos cómo la gracia permea el concepto que Pablo tiene de la ofrenda.

En el contexto de la ofrenda que los corintios mandarían a Jerusalén, la palabra griega *jaris* aparece once veces y posee una versatilidad semántica extraordinaria. El modelo de gracia es Cristo; pero la gracia que emana de Cristo también es transmitida por Pablo, por Tito, por los corintios, por los macedonios. Todos los que ofrendan son vistos como agentes de la gracia. El único grupo que no es agente de la gracia, sino receptor de la misma, son los santos de Jerusalén. ¿Por qué? Porque ellos no dan nada. Ellos solo reciben. De ahí que la parte activa de la gracia se manifiesta al dar, no al recibir. En 2 Corintios 8 y 9 la gracia puede ser:

1. la manifestación objetiva del favor divino hacia la humanidad mediante la encarnación (2 Corintios 8: 9);
2. los efectos de la gracia divina en la vida del creyente;
3. la ofrenda que sería enviada a Jerusalén (2 Corintios 8: 4, 6, 7, 19) y
4. la gratitud humana hacia la bondad de Dios (2 Corintios 9: 15).⁵

Al darnos recursos materiales, Dios también ha depositado en nosotros «su abundante gracia» (*Testimonios para la iglesia*, t. 9, p. 181). La gracia de Dios no solo nos da vida eterna, sino que además nos da lo que necesitamos para vivir en esta tierra.

En *El Deseado de todas las gentes* encontramos esta impactante declaración:



sí que como Dios nos dio a su Hijo por su gracia, ahora también, como un acto de gracia, nosotros apoyamos con nuestras ofrendas el avance de la obra de gracia en todo el mundo.

«A la muerte de Cristo debemos aun esta vida terrenal. El pan que comemos ha sido comprado por su cuerpo quebrantado. El agua que bebemos ha sido comprada por su sangre derramada. Nadie, santo, o pecador, come su alimento diario sin ser nutrido por el cuerpo y la sangre de Cristo» (cap. 72, p. 630).

Así que como Dios nos dio a su Hijo por su gracia, ahora también, como un acto de gracia, nosotros apoyamos con nuestras ofrendas el avance de la obra de gracia en todo el mundo. Pero déjame decirte algo más: la mejor ofrenda no tiene que ver con lo que depositas en un platillo.

A SÍ MISMOS SE DIERON

Mientras iba de camino a Jerusalén, Pablo fue advertido por el profeta Agabo: «Así atarán a los judíos en Jerusalén al hombre de quien es este cinto» (Hechos 21: 11). Ante esto, Lucas y los demás hermanos le rogaron que «no subiera a Jerusalén», a lo que Pablo respondió: «Yo estoy dispuesto no solo a ser atado, sino a morir también en Jerusalén por el nombre de Jesús» (Hechos 21: 12, 13). ¿Por qué Pablo estaría dispuesto a morir para cumplir con su obra de llevar la ofrenda en la que había estado trabajando durante varios años? Resulta innegable que el interés de Pablo por llevar esta ofrenda a Jerusalén, incluso a riesgo de su propia integridad física, estaba relacionado con la forma en la que entendía su propia misión.



Como sociedad estamos constantemente glorificando la codicia», pero en la gracia de Cristo está el antídoto contra la codicia.

Por la gracia de Dios, Pablo había sido nombrado «ministro de Jesucristo a los gentiles» (Romanos 15: 16). La palabra usada aquí como «ministro» alude al ministerio del sacerdote; por eso en Hebreos 8: 1 se aplica al ministerio de Cristo en el santuario celestial. Como sacerdote de los gentiles, Pablo debe tener una ofrenda que presentar delante del altar divino. Y su interés en visitar Jerusalén radicaba en que precisamente quería presentar esa ofrenda. A esa ofrenda le había dedicado varios años de su ministerio y ahora la colecta sería entregada. Ahora bien, mira lo que sigue diciendo Romanos 15: 16: «Para que los gentiles le sean como ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo». Todo el ministerio de Pablo estaba centrado en llevar a los gentiles ante la presencia de Dios. En Romanos 12 abordó la necesidad de presentarnos «como ofrenda viva, santa y agradable a Dios» (versículo 1).

El profeta Isaías describió el momento en el que Dios dirá que los gentiles «serán una ofrenda para mí en Jerusalén» (Isaías 66: 20, DHH). ¡Pablo creyó que él sería el instrumento que daría cumplimiento a dicha profecía! Por eso está dispuesto a morir, porque los gentiles no solo están dando ofrendas, más aún, ¡ellos son la ofrenda! El apóstol «ve su ministerio entre los gentiles como una forma de sacrificio, y la conversión de ellos alcanzó su verdadero propósito. El apóstol de los gentiles no ofrece a Dios animales sacrificados, sino seres humanos arrepentidos». ⁶ Para Pablo, la colecta de dinero

solo es efectiva si ese dinero se utiliza para alcanzar la ofrenda realmente importante: el alma humana.

¿Por qué los macedonios dieron una ofrenda abundante, agradecida, con gozo? ¡Porque ellos mismos se dieron primero! Fijate bien: «A sí mismos se dieron primeramente al Señor» (2 Corintios 8: 5). Primero que nada, lo que Dios desea es que nosotros nos entreguemos. Dios no anda en busca de tu donativo, anda en busca de ti. Dios no quiere tu ofrenda, ¡tú eres la ofrenda! Para Dios, tú y yo somos ese sacrificio santo, agradable, que ha de ser presentado ante el altar divino. Para los judíos, los gentiles eran considerados como perros, animales inmundos; pero a los ojos de Dios ellos eran ofrendas valiosas destinadas desde la eternidad a formar parte de la adoración divina.

Un día, cuando el platillo cósmico se detuvo delante del Padre, él dio la más grande ofrenda: la vida de su Hijo. Y así como Cristo se entregó por completo, Dios espera lo mismo de cada uno de nosotros. El Cielo lo dio todo por la humanidad, y ahora tú y yo debemos darle todo al Cielo. No porque estemos obligados a hacerlo, sino porque Dios se hizo pobre para que nosotros fuéramos ricos; porque Dios se entregó a nosotros, para que ahora nosotros nos entreguemos a él.

Elena G. de White escribió:

«Entreguémonos a nosotros mismos como un sacrificio vivo y demos nuestro todo a Jesús. Todo le pertenece; somos una posesión adquirida por él. Los que reciben su gracia, los que contemplan la cruz del Calvario, no tendrán duda acerca de la proporción que deben dar, sino que comprenderán que la ofrenda más cuantiosa carece de valor y no puede compararse con el gran don del Hijo unigénito del Dios infinito» (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 211).

Es cierto, «como sociedad estamos constantemente glorificando la codicia», pero en la gracia de Cristo está el antídoto contra la codicia. La gracia de Cristo radicó en darse a sí mismo, la gracia que actúa en nosotros también nos llevará a darnos a nosotros mismos, porque para él nuestra vida es «la más preciosa ofrenda» (*Testimonios para la iglesia*, t. 6, p. 413).



LECCIONES PARA LA IGLESIA

Después de haber revisado las ideas presentadas en este capítulo, hemos visto que es un tema de gran riqueza teológica y espiritual. De hecho, hemos sido estimulados aquí a explorar nuevos enfoques de esta enseñanza bíblica.

Como vimos, el plan de las ofrendas, en primer lugar, apunta a Cristo, quien fue la más grande ofrenda jamás dada. Él fue el sacrificio por nuestros pecados, el rescate por nuestra liberación, el precio por nuestra salvación. Él fue «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Juan 1: 29). En el Calvario, el cielo entregó su ofrenda, y cada vez que ofrendamos debemos hacerlo pensando en esa ofrenda que se dio por nosotros. Cada vez que ofrendamos debemos pensar no en que somos miembros de una iglesia, sino en que somos aquellos por quienes Cristo ofrendó su vida.

Como iglesia, también hay en este capítulo algunas lecciones que sería muy bueno tomar en cuenta:

- Debemos fortalecer la base teológica y bíblica en la promoción y enseñanza del tema de la ofrenda. Sin duda, la gracia de Cristo constituye el mejor argumento para motivar a los creyentes a ofrendar. **Es necesario reajustar el enfoque para que lo que Dios ha hecho por nosotros sea más importante que la necesidad que pueda tener la iglesia.** Todo indica que si logramos entender cuánto le debemos a Dios, nos sentiremos altamente motivados hacia la generosidad. Es vital que cada congregación trabaje en esa dirección.
- La Biblia enseña que **la ofrenda** no es un tema que deba presentarse en un marco económico o financiero, sino en un **marco espiritual que incluya la gratitud, la generosidad, el amor y el altruismo, perfumado con un espíritu de gracia hacia los demás y de adoración y alabanza a Dios. Estos valores deben enseñarse a cada miembro de la iglesia.**
- La iglesia no debe, en modo alguno, dar la impresión de que **lo que importa es que la gente dé algo, sino que se dé a sí misma a Dios.** Mucho más que tener un pueblo que le traiga ofrendas, el plan de Dios es que su pueblo sea una ofrenda irreprochable para

gloria de él. Este concepto toma nuestra vida completa, cada aspecto de ella y nos dice que deberíamos poder presentarlo a Dios como una ofrenda sin defecto. Algunos a veces se muestran inquietos y hasta llegan a preguntarse: ¿Cuánto debo dar? Pero la respuesta de Efesios 1: 4 es simple: ¡Debemos darlo todo! La vida completa debe ser una ofrenda para Dios, y debe ser irreprochable, perfecta.

- Nuestro trabajo, eso que haces para ganar tu sustento y el de tu familia, y la forma en la que lo haces, **debería ser algo que puedas presentar a Dios como una ofrenda**. Piensa en tus actividades recreativas, en tu matrimonio, en tu salud, en tus finanzas..., cada uno de estos ámbitos debería ser una ofrenda aceptable para Dios. Entonces no hay dudas, el ideal de Dios está mucho más allá de lo que muchos aceptan como suficiente y, por lo tanto, sería ideal que en todas las congregaciones sus miembros puedan decir: ¡La ofrenda soy yo!
- **Cada miembro de iglesia debería tener un pacto con Dios en cuanto a sus ofrendas y definir personal y voluntariamente un porcentaje de sus entradas para entregarlo en su congregación como ofrendas de amor**, a fin de lograr el ideal bíblico de que sus ofrendas sean proporcionales a las bendiciones recibidas.



1. J. H. Benard, «The Second Epistle of Paul to the Corinthians», en *The Expositor's Greek Testament Commentary*, vol. 3 (Nueva York: George H. Doran Company, s. f.), p. 87.
2. Ivan T. Blazen, *2 Corintios: Llamado al ministerio* (Doral, Florida: IADPA, 1988), p. 88.
3. Scott J. Hafemann, *2 Corintios, Comentarios Bíblicos con Aplicación* (Miami: Editorial Vida, 2016), p. 354.
4. Hans Dieter Betz, *2 Corinthians 8 and 9: a commentary on two administrative letters of the Apostle Paul*, ed. George W. MacRae, *Hermeneia—a Critical and Historical Commentary on the Bible* (Philadelphia: Fortress Press, 1985), p. 61.
5. James R. Harrison, *Paul's Language of the Grace in Its Graeco-Roman Context* (Eugene, Oregon: Wipf and Stock Publishers, 2003), p. 294.
6. Joseph A. Fitzmyer S.J., *Romans: A New Translation with Introduction and Commentary*, vol. 33, Anchor Yale Bible (New Haven, Londres: Yale University Press, 2008), p. 712.

10

Una
evidencia
de nuestra
Fe





Si Dios me acompaña
y me cuida en este viaje
que estoy haciendo,
si me da qué comer
y con qué vestirme,
y si regreso sano y salvo
a la casa de mi padre,
entonces el Señor
será mi Dios.

Esta piedra que
he puesto como pilar,
será casa de Dios;
y siempre te daré,
oh Dios, la décima
parte de todo
lo que tú me des
(Génesis 28: 20-22, DHH).



UN VIERNES POR LA TARDE, tras haber disfrutado de su almuerzo, John McKenzie fue al banco con un objetivo muy claro: retirar el diezmo para depositarlo ese sábado en la iglesia. John nunca se había fijado en los billetes que recibía del cajero automático, pero ese día, por alguna razón, sí se fijó. Después fue a la oficina de correos para enviar una carta y, de allí, volvió al trabajo.

A la puesta del sol de ese viernes, John decidió buscar el dinero para dejar ya preparado el sobre del diezmo que entregaría en la iglesia al día siguiente. ¡Qué sorpresa se llevó al darse cuenta de que el dinero no estaba! Fue al auto para ver si lo había dejado allí, revisó por todas partes, incluso bajo los asientos, pero nada... Llamó a David, un compañero que había estado con él esa tarde, pero David no había visto el dinero.

Cuando John estaba desesperado, su esposa le pidió que oraran. Aquella oración concluyó con esta frase: «Señor, el dinero es tuyo, y en este momento lo dejamos bajo tu cuidado». Después de la oración, John sintió el impulso de llamar a la policía. Así que tomó el teléfono y le explicó al agente de turno lo que le estaba pasando. ¿Sabes qué le preguntó el agente? «¿De qué cantidad son los billetes que integran el dinero que se le ha perdido?». John, que en cualquier otro momento

no hubiera sabido responder esa pregunta, le «dijo la cantidad exacta de billetes y el valor de cada uno, y el policía añadió: “Venga a buscar su dinero”». John McKenzie sabía que no era su dinero, ¡era el dinero de Dios! Alabó y glorificó el nombre del Señor porque, de forma milagrosa, había recuperado el diezmo.

Resulta que aquella misma tarde, al salir del correo, una señora llamada Betty había encontrado el dinero. Betty había llamado a la policía, y un agente había ido a recoger el diezmo de McKenzie. Al concluir este relato, John nos deja una gran lección: «Betty, que no era creyente, manejó con honestidad el dinero de otra persona. ¿Será que nosotros, los creyentes, los que conocemos a Dios y su Palabra, somos tan íntegros como lo fue Betty al devolver el diezmo que le pertenece a Dios?». ¹

Es cierto que el diezmo es de Dios, pero ¿cuáles son las razones por las que hemos de entregarlo a su dueño?

- ✓ ¿Por qué diezmamos?
- ✓ ¿Qué efecto podría tener en nuestra vida la sencilla práctica de devolver lo que no nos corresponde?
- ✓ ¿Qué tiene que ver el diezmo con el plan de salvación?

Tratemos de encontrar respuestas a estas preguntas.

EL DIEZMO Y LA FE

De acuerdo con un estudio,

- ✓ el 37% de los protestantes dan menos del 2% de sus ingresos a la causa de Dios; y
- ✓ solo un 12% entrega un poco más del 10% (diezmo).

Es evidente que, a la hora de dar, a los creyentes se nos cierra la mano, porque nuestro corazón carece de fe. Y es que, entre otras cosas, diezmar es una práctica que tiene como objeto fortalecer nuestra fe. De hecho, cuando entrego el diezmo en la iglesia estoy consumando un acto mediante el cual doy testimonio de que creo que tendré más aunque me quede con menos. De ahí que la fe y el diezmo mantienen una estrecha relación que no debemos ignorar. Veamos dicha relación re-



uando entrego el diezmo en la iglesia estoy consumando un acto mediante el cual doy testimonio de que creo que tendré más aunque me quede con menos.

flejada en un episodio de la vida de uno de los personajes bíblicos más importantes: Jacob.

Tras haber obtenido la primogenitura valiéndose de una estrategia fraudulenta, Jacob tuvo que huir de la casa de sus padres, puesto que Esaú, su hermano mayor, se había propuesto matarlo. ¿Qué tenía Jacob en ese momento? Nada. Era un solitario errante sin ningún objeto de valor; era un proscrito que, bajo el efecto seductor de la codicia, se había atrevido a robar y engañar a su propio hermano. Al momento de abandonar el círculo familiar no tenía hijos, ni tierra, ni mujer, ni dinero. Solo tenía una cosa: la fama de ser un astuto engañador. Y ese Jacob, el forajido, el quebrado monetaria y espiritualmente, se encontró con Dios en Bet-el. Dicho encuentro no lo inició Jacob, sino que una vez más es Dios el que sale al encuentro del ser humano, no para pedirle sino para darle.

Al llegar a Bet-el, Jacob tomó una piedra como cabecera y se echó a dormir, tratando de poner fin al interminable insomnio de su alma. Y ese día, el que había sido el peor de toda su existencia, se convirtió en el más importante, porque fue el día que marcó un punto de inflexión en la vida del futuro patriarca. ¿Qué pasó ese día? Que el Señor se le apareció por medio de un formidable sueño. Jacob vio abierta la puerta del cielo, eso precisamente es lo que significa «Bet-el». Los antiguos suponían que Babilonia era la puerta de entrada al reino de los dioses, pero la experiencia de Jacob demostró que la verdadera puerta era la que había visto en Bet-el.² En el sueño, contempló una

EL V

erbo «dar»
encuentra la perfección
de su conjugación en el Cielo.

majestuosa escalera que comenzaba en el cielo y terminaba en la tierra, y a los ángeles que subían y bajaban a través de ella. Pero lo más grandioso es que el mismo Dios descendió por ella, se puso al lado de Jacob, un hombre con el alma agrisada, y le dijo:

«A ti y a tus descendientes les daré la tierra en donde estás acostado. Ellos llegarán a ser tantos como el polvo de la tierra, y se extenderán al norte y al sur, al este y al oeste, y todas las familias del mundo serán bendecidas por medio de ti y de tus descendientes. Yo estoy contigo; voy a cuidarte por dondequiera que vayas, y te haré volver a esta tierra. No voy a abandonarte sin cumplir lo que te he prometido» (Génesis 28: 13-15, DHH).

¿Acaso merecía Jacob tales promesas? ¿Había hecho algo que justificara que el Dios del cielo descendiera por esa escalera y lo visitara? La respuesta a ambas preguntas es ¡no! Fíjate bien en lo que Dios le promete a Jacob:

- ✓ Que le dará esa tierra.
- ✓ Que será el padre de una descendencia tan incontable como el polvo de la tierra.
- ✓ Que él y su familia serán de bendición para todo el mundo.
- ✓ Que estaría con él.
- ✓ Que lo cuidaría.
- ✓ Que no lo abandonaría.

El Señor promete darle a Jacob todo lo que el patriarca no tenía. ¿Y qué le pide a cambio? Nada. Dios no da para recibir, él no le está

ofreciendo un trueque a Jacob. Él no es de los que te hace un favor y luego espera que tú se lo pagues. Nuestro Creador se place en bendecir porque esa es su naturaleza. El verbo «dar» encuentra la perfección de su conjugación en el Cielo. Jacob aparece aquí como si fuera un nuevo «Abraham», puesto que Dios también se le había aparecido a Abraham de noche; a Jacob se le dan las mismas promesas que se le habían dado a Abraham; y ambos vivieron exiliados de su tierra natal.³ Abraham es conocido como el padre de la fe «porque Abraham creyó a Dios» (Romanos 4: 3), y porque «salió sin saber a dónde iba» (Hebreos 11: 8). Siendo que en Jacob se repite la experiencia de Abraham, ¿qué parte de la experiencia de Jacob emula la fe de Abraham? Me parece que el voto que hizo en Bet-el constituye una prueba fehaciente de la fe de Jacob. En Bet-el, el cielo y la tierra se unieron, y la presencia divina obró una transformación en la vida de Jacob; esa transformación lo convirtió en un hombre de fe. Y su voto fue una promesa de fe.

El voto reafirma que Jacob cree todo lo que Dios le ha prometido: «Si Dios me acompaña y me cuida en este viaje que estoy haciendo, si me da qué comer y con qué vestirme, y si regreso sano y salvo a la casa de mi padre, entonces el Señor será mi Dios. Esta piedra que he puesto como pilar, será casa de Dios; y siempre te daré, oh Dios, la décima parte de todo lo que tú me des» (Génesis 28: 20-22, DHH).

Su voto, en realidad, constituye una repetición de lo que Dios ya le había prometido. Lo único nuevo en el voto es la promesa de siempre darle a Dios «la décima parte de todo». En ese momento Jacob no había recibido nada, pero por fe se compromete a dar el diezmo de todo lo que todavía no ha recibido. Hay que tener fe para prometer el diezmo cuando no se tiene nada. Y hay que tener fe para dar el diezmo cuando mi lógica me dice que debo usarlo todo para satisfacer mis necesidades. ¿Cuántas veces nos hemos visto tentados a quedarnos con el diezmo? ¿Cuántas veces hemos dejado de entregarlo simplemente porque nos ha faltado fe para creer que Dios suplirá lo que nos falta? Es la fe lo único que puede convencernos de que darle a Dios la parte que le corresponde hace que mi noventa por ciento sea más que el cien por ciento. La matemática del diezmo no se entiende desde la lógica humana y materialista, sino desde la fe y la espiritualidad.

Jacob no promete devolver el diezmo como una condición para recibir la bendición divina; Jacob devolverá el diezmo porque Dios cumplirá lo que le ha prometido. Tener la oportunidad de diezmar es una prueba irrefutable de que Dios ha cumplido; y devolver el diezmo es nuestra oportunidad de confirmar que seguimos creyendo en que el Señor está a cargo de nuestra vida. El diezmo no se trata de cantidad, se trata de fe: fe en que Dios cumplirá sus promesas.

¿Acaso no conocía Jacob el principio del diezmo? Claro que lo conocía. Se había criado oyendo la historia de cuando su abuelo entregó los diezmos al sacerdote Melquisedec.⁴ Pero la devolución fiel del diezmo solo puede llegar a ser una realidad tangible en la vida de una persona que ha sostenido un encuentro personal con Dios. Jacob constituye el mejor ejemplo de que la fidelidad es el resultado de sentir la presencia divina a nuestro lado. El diezmo, entonces, constituye una manifestación externa de un cambio que se ha producido interiormente. El Jacob que no diezma ahora lo hace. ¿Y por qué precisamente ahora decide ser fiel? Porque ahora Dios es su Dios, y ahora él está listo para someterse al señorío divino en todo. Literalmente el texto de Génesis 28: 22 termina diciendo: «El diezmo para ti». Es como si Jacob dijera: «Me has dado tanto, pero la décima parte no es mía, la décima parte siempre será tuya».

En realidad, como dijo Elena G. de White, Jacob prometió devolver el diezmo como una «expresión de un corazón lleno de gratitud por la seguridad del amor y la misericordia divina» (*Patriarcas y profetas*, cap. 17, p. 165). El amor y la fe lo movieron a dar, a dar un poco de lo mucho que había recibido. En el voto de Jacob lo único que dependía de él era la devolución del diezmo, todo lo demás quedaba en las manos poderosas de Dios. ¡Y cuán diferente fue la vida del patriarca desde entonces! La mejor versión de Jacob la vamos a encontrar después de ese voto. Antes era un estafador, ahora es un hombre honesto; antes se afanaba por conseguir las cosas por sí mismo, ahora sabe esperar con paciencia el tiempo de Dios; antes procuraba la bendición mediante el engaño, ahora reconoce que la bendición llegará gracias a las mercedes del Cielo. Jacob nos enseña que el diezmo no es solo una cantidad que deposito en la iglesia, es un acto de adoración, de compromiso y de fe que nace de haber visto a Dios. En Bet-el, Dios no vio al Jacob engañador, Dios vio al Jacob que sería fiel.

EL DIEZMO Y LA SANTIDAD

En el libro de Levítico leemos lo siguiente: «El diezmo [...] es de Jehová: es cosa dedicada a Jehová» (Levítico 27: 30). Hay dos elementos clave en este pasaje.

- ✓ El primero es que el diezmo «es de», «pertenece a», «es para» el Señor.
- ✓ El segundo es que el diezmo es «cosa dedicada», «consagrada», «es santidad al Señor».

Lo que este texto dice del diezmo es un reflejo exacto de cómo Dios ve a los que dan el diezmo. Como el diezmo, nosotros pertenecemos a Dios y hemos sido consagrados para él. Deuteronomio 27: 9 declara: «Hoy has pasado a ser el pueblo *de* Jehová». Tanto el diezmo como los seres humanos pertenecemos a Dios. Y al pertenecer a Dios, entonces, como el diezmo, hemos sido «consagrados a Dios». «Tú eres un pueblo santo para Jehová tu Dios» (Deuteronomio 7: 6). La palabra hebrea traducida como «santo» alude a lo que ha sido «separado», «apartado» de la «impureza y del pecado» y dedicado a Dios.⁵ Nuestra vida y nuestros recursos son del Señor. El diezmo es santo, porque los santos lo apartan para un Dios santo, a fin de que sea usado en una obra santa.

La devolución del diezmo constituye un ejemplo de santidad, un testimonio fehaciente de que nosotros mismos estamos imbuidos de la santidad que impregna el cielo. De ahí que todo lo que tiene que ver con el diezmo ha de comprenderse desde una perspectiva completamente espiritual. Lo que hace tan valiosa nuestra devolución del diezmo no es la cantidad, sino el espíritu de consagración con que lo do damos. Elena G. de White habla de diezmos que no son más que «mezquinas limosnas», y a renglón seguido añade: «Desde la cruz del Calvario, Cristo nos pide una consagración sin reservas. Todo lo que tenemos y todo lo que somos, lo debemos dedicar a Dios» (*Patriarcas y profetas*, p. 166). Dios espera que la devolución de nuestros diezmos sea una experiencia de entrega y santidad.

Saber que el diezmo y que nosotros mismos somos santos nos motivará a usar el dinero de tal manera que no nos dediquemos exclusivamente a gastar en nuestros propios deseos egoístas. No hay comunión entre el egoísmo y la santidad. En ese sentido, la entrega del diezmo viene a ser un medio eficaz para ir erradicando el egoísmo de nuestro corazón.

EL DIEZMO Y EL CARÁCTER DE DIOS

Como «cosa dedicada a Jehová», el diezmo participa de un atributo fundamental de Dios: su santidad. De ahí que la devolución del diezmo va directamente en vía contraria al egoísmo. En nuestro manejo de los bienes que Dios nos ha dado, solemos olvidar que la codicia y el egoísmo «son pecados que ofenden en forma especial a Dios, porque contrarían la benevolencia de su carácter» (*El camino a Cristo*, cap. 3, pp. 45, 46). La santidad de Dios se muestra en su benevolencia. Si, como ya vimos, nosotros hemos sido apartados para Dios, entonces la manifestación del carácter y la santidad divinas deberían verse en nosotros a través de nuestra benevolencia. ¿Cómo espera Dios que seres que por naturaleza son egoístas lleguen a ser hombres y mujeres benevolentes? Aquí, una vez más, interviene el plan del diezmo.

La devolución del diezmo forma parte de la estrategia que Dios ha trazado a fin de que lleguemos a ser como él: personas benevolentes. De una manera que yo no soy capaz de explicar con palabras, el depósito fiel de los diezmos en la iglesia da testimonio de que en mi naturaleza se está produciendo una obra antinatural. Por supuesto, esa obra no es fruto de la cantidad que entrego, es resultado de que en mí se va forjando un carácter similar al de mi Creador en lo que a la generosidad se refiere. Al respecto, la señora White hizo esta maravillosa declaración:

«Para que el hombre no perdiese los preciosos frutos de la práctica de la beneficencia, nuestro Redentor concibió el plan de hacerle su colaborador. Dios habría podido salvar a los pecadores sin la colaboración del hombre; pero sabía que el hombre no podría ser feliz sin desempeñar una parte en esta gran obra. Por un encadenamiento de circunstancias que invitan a practicar la caridad, otorga al hombre los mejores medios para cultivar la benevolencia y observar la costumbre de dar, ya sea a los pobres o para el adelantamiento de la causa de Dios. Las apremiantes necesidades de un mundo arruinado nos obligan a emplear en su favor nuestros talentos —dinero e influencia— para hacer conocer la verdad a los hombres y mujeres que sin ella perecerían. *Al responder a sus pedidos con nuestros actos de beneficencia, somos transformados a la imagen de Aquel que se hizo pobre para enriquecernos*» (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 15).

EL D

iezmo, en primera instancia, no tiene que ver con ayudar a la iglesia, sino con la edificación de un carácter similar al de Dios en la vida de cada uno de nosotros.

Si hasta este punto creíamos que solo se debe entregar el diezmo y la ofrenda para que la obra de Dios tenga recursos suficientes para seguir avanzando, sería bueno que nos grabáramos los siguientes conceptos:

- ✓ Diezmamos para ser colaboradores con Dios.
- ✓ Diezmamos para que sintamos la felicidad de desempeñar una parte en la obra del Señor.
- ✓ Diezmamos para cultivar la benevolencia.
- ✓ Diezmamos porque estamos siendo transformados a la semejanza divina.

El diezmo, en primera instancia, no tiene que ver con ayudar a la iglesia, sino con la edificación de un carácter similar al de Dios en la vida de cada uno de nosotros. La intención primaria de la devolución del diezmo es fomentar en mí una vida espiritual robusta, llena de fe y de santidad, una vida que refleje la imagen de Dios. «Dios nos imparte sus dones para que podamos también dar, y hacer así que el mundo conozca su carácter» (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 241). Resulta evidente que el sistema del diezmo no es un método para que Dios reúna dinero, sino un medio que procura hacer del dador una mejor persona. El objetivo del plan del diezmo no es adquirir más recursos, sino cambiar la vida del ser humano.

UN PLAN PARA TODOS

Es innegable que la devolución del diezmo forma parte del plan de Dios para redimir y restaurar a la raza humana. Al solicitar una porción

de nuestros recursos, el Señor no está poniendo en marcha un plan financiero, ni mucho menos un plan empresarial u organizacional. El plan de Dios no está basado en lo mucho o poco que podamos aportar, sino en desarrollar en nosotros un carácter que refleje la benevolencia de nuestro Creador. En este plan todos estamos incluidos: el rico y el pobre; el empresario y el jornalero; el profesional y el iletrado. Por tanto, como todos formamos parte del plan de redención, también todos estamos llamados a contribuir con nuestros recursos «para que el mundo conozca», a través de nosotros, la inagotable misericordia de Dios. Y no hay excusa que justifique que no seamos participantes activos del plan de Dios para la humanidad. Hay miles de personas cuyo testimonio llega a nosotros con poder, porque lejos de buscar excusas para no diezmar, diezmaron a pesar de que tenían aparentes excusas para no hacerlo. Personas como las siguientes:

- ✓ *Meropi Gjika*. Meropi conoció el mensaje adventista cuando tenía doce años, pero debido a las restricciones religiosas que había en su país, tuvo que esperar cincuenta años para poder ser bautizada. La semilla de la fe había sido plantada en su corazón, y allí germinó y siguió creciendo. Siendo que no podía diezmar, pues la Iglesia Adventista era ilegal en su país, durante cuarenta años Meropi guardó el diezmo que pertenecía a Dios. Cuando finalmente la Iglesia pudo abrir sus puertas, devolvió los diezmos del Señor. *Aunque las circunstancias sean adversas, tú puedes devolver el diezmo.*
- ✓ Una persona que trabaja para el ministerio carcelario de la Iglesia Adventista Hincley, en Minesota, Estados Unidos, recibió la carta de un joven presidiario que solicitaba que le dieran estudios bíblicos. Pero la carta contenía algo más: un sobre de diezmo. *Aunque hayas perdido la libertad, tú puedes devolver el diezmo.*
- ✓ En una entrevista publicada en la revista *Diálogo universitario*, el Dr. Milton Alfonso narró cómo pasó de ser un vendedor de libros religiosos a dirigir un emporio que incluía más de veinte empresas. Para ese tiempo, el Dr. Alfonso había dado a la Iglesia más de cien millones de dólares. *Aunque seas muy rico, tú puedes devolver el diezmo.*
- ✓ María era una mujer pobre que vendía maíz en la calle para sostener a sus tres hijos. Su marido la había abandonado, no si antes conde-

narla a muerte al contagiarle el sida. Tras una larga lucha contra la enfermedad, murió rodeada de una pobreza indescriptible. Debajo de su cama había una cantidad equivalente a mil dólares. ¿La herencia de sus hijos? No: el diezmo sagrado que una humilde mujer había guardado para Dios. *Aunque seas pobre; aunque estés en el lecho de muerte, tú puedes devolver el diezmo.*

Uno podría preguntarse: ¿qué sentido tiene ofrecerle un pequeño diezmo al dueño de todo? Quizá la siguiente experiencia nos ayude a encontrar la respuesta. En cierta ocasión, cuando mis tres hijos eran pequeños, mi esposa y yo les entregamos sus respectivos regalos de Navidad. Como suele suceder, todos tenían regalos menos el dador de los regalos; es decir, ¡yo! Varias horas más tarde, Hasel, mi hijo varón, subió a la habitación y ¡me regaló veinte dólares! Con toda la inocencia de un niño, me dijo: «Papi, este es tu regalo de Navidad». Cuando le pregunté de dónde había obtenido aquel dinero, me dijo que lo había ahorrado de lo que yo mismo le había dado para su merienda en el colegio. ¿Crees que lo regañé y le dije: «Hasel, no me estás dando nada, pues ese dinero te lo di yo mismo»? Por supuesto que no. Aunque el regalo era fruto de lo que había recibido de mi mano, para mí fue un gran obsequio.

Pues bien, algo parecido ocurre con lo que hacemos para Dios. Todo lo que podamos darle a Dios es resultado de lo que él nos ha dado, porque él es el dueño de todo. Uno podría suponer que devolver el diezmo de los bienes sería un gran sacrificio de nuestra parte, pero «cuán vano es el esfuerzo de medir con reglas matemáticas el tiempo, el dinero y el amor ante un amor y un sacrificio sin medida. ¡Los diezmos para Cristo son una limosna tan mísera, un precio tan irrisorio, para pagar algo que costó tanto!» (*Testimonios para la iglesia*, t. 4, p. 121).

Entonces, ¿para qué darle la décima parte de algo a alguien que lo tiene todo? Las palabras de *William A. Ward* nos dan una maravillosa respuesta: «Dar es más que una responsabilidad, es un privilegio; más que un acto de obediencia, es una evidencia de nuestra fe».⁶



LECCIONES PARA LA IGLESIA

Con mucha probabilidad, antes de que este libro se posara en tus manos, habías leído algo o habías escuchado muchas cosas respecto a lo que la Biblia dice sobre el diezmo. Pero aun así, la información que acabas de considerar en este capítulo, si la estudias bien, tiene el potencial de ayudarte a entender este tema desde una perspectiva muy diferente.

La gran enseñanza de este capítulo es que el sistema del diezmo, tal y como lo presentan las Sagradas Escrituras, es un asunto primariamente de naturaleza espiritual y que está enraizado en la naturaleza bondadosa y en la santidad del carácter de Dios. Es no solo importante sino urgente que este tema recupere su esencia espiritual en la comprensión que tenemos acerca de él individualmente y también como iglesia. Hay lecciones que deben valorarse y ponerse en práctica. Estas son algunas de ellas:

- **Cada congregación debería presentar la enseñanza sobre los diezmos desde una plataforma bíblica y no primariamente eclesiástica.** El diezmo tiene su origen en Dios, y es desde esta perspectiva que debe ser entendido en la iglesia.
- **Cada congregación ha de asegurarse de que ninguno de sus miembros quede sin esta instrucción bíblica,** porque el principio del diezmo forma parte del plan divino para desarrollar en nosotros asuntos tan fundamentales como la fe, la santidad y la semejanza con el carácter de Dios. Esto significa que hombres, mujeres, jóvenes, niños, ancianos, dirigentes de la iglesia, ricos, pobres, empresarios, personas sin empleo, nuevos creyentes o creyentes de experiencia, deben ser enseñados en este plan de Dios, porque todos necesitan los beneficios que Dios ha incluido dentro del mismo.
- **La iglesia debe presentar bien la enseñanza bíblica de los diezmos, enfatizando cuál es el plan que Dios tenía con los seres humanos al establecer esta práctica.** Con frecuencia, debido a que no se explican estos propósitos divinos, hay quienes suponen que dicho plan constituye una carga, que no es más que un medio de la iglesia para recolectar dinero. Sin embargo, la realidad es que el principio del diezmo no se centra en pedirle al ser humano, sino en que cada uno de nosotros desarrolle fe en que

Dios es nuestro proveedor, que es nuestro privilegio colaborar con su obra y con los que más necesitan y, sobre todo, que Dios da a los que diezman la oportunidad de desarrollar un carácter generoso y desinteresado como el de Cristo.

- **Cada iglesia debe trabajar con sus miembros, de manera individual, y ayudarles a tomar parte activa en la devolución del diezmo.** Cada congregación ha de trabajar pacientemente con aquellos que aún no comprenden la naturaleza espiritual de este asunto.

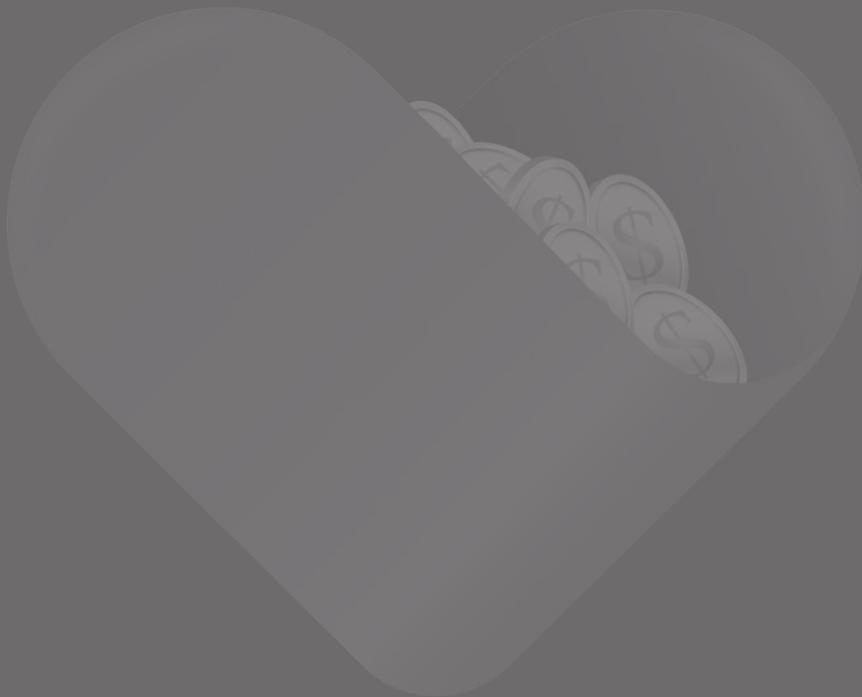


-
1. John McKenzie, «The Lost Tithes», en *Ordinary People, Extraordinary God*, Nathan Brown, ed. (Warburton, Victoria, Australia: Signs Publishing Company, 2005), p. 56.
 2. Bruce K. Waltke y Cathi J. Fredricks, *Genesis: A Commentary* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2001), p. 392.
 3. Ver Génesis 15: 1, 12; John H. Sailhamer, *The Pentateuch as Narrative* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1992), pp. 192, 193.
 4. Ver Génesis 14.
 5. Francis Brown, Samuel Rolles Driver y Charles Augustus Briggs, *Enhanced Brown-Driver-Briggs Hebrew and English Lexicon* (Oxford: Clarendon Press, 1977), p. 872.
 6. Citado en Tom Felder, *The Tithing Principle: Understanding Why We Give* (Kansas City, Kansas: Beacon Hill Press, 2013), p. 39.

11

«Ricos en

Días»





La vida no se mide
por cuánto tienen
(Lucas 12: 15, NTV).



FACUNDO CABRAL escribió el siguiente cuento:

«En una ocasión, Dios tomó la forma de un mendigo y bajó a un pueblo de la Tierra. Al llegar, buscó la casa del zapatero y le dijo:

—Hermano, soy muy pobre, no tengo una sola moneda en la bolsa, estas son mis únicas sandalias y están rotas... si tú me hicieras el favor...

El zapatero reaccionó inmediatamente:

—¡Estoy harto de que todo el mundo venga a mí para pedir, pero nunca para dar!

—Bueno, yo puedo darte lo que necesitas —afirmó el mendigo, que en realidad era Dios.

El zapatero, desconfiando, pues no creía que un simple mendigo tuviera nada para dar y mucho menos lo que él necesitaba, le preguntó con escepticismo:

—¿Tú podrías darme el millón de dólares que necesito para ser feliz?

—Yo puedo darte diez veces eso, pero a cambio de algo —le respondió el Señor.

—¿A cambio de qué? —quiso saber el zapatero.

—A cambio de tus piernas.

El zapatero, tras pensarlo brevemente, comentó:

—¿Para qué quiero un millón de dólares si no voy a poder caminar?

—Puedo darte cien millones de dólares a cambio... de tus brazos —añadió el Señor.

El zapatero, nuevamente respondió en forma de pregunta:

—¿Para qué quiero cien millones de dólares si no voy a poder ni comer por mí mismo?

—Puedo darte mil millones de dólares a cambio de tus ojos —ofreció finalmente el Señor.

El zapatero respondió una vez más:

—¿Para qué quiero mil millones de dólares si no voy a poder ver a mi mujer, a mis hijos ni a mis amigos?

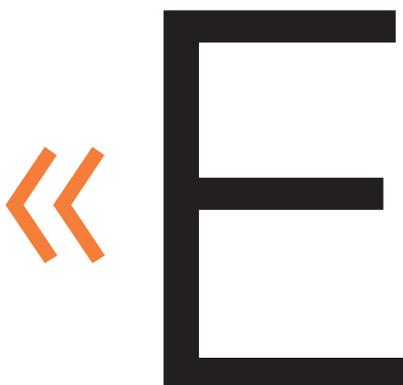
Entonces, el Señor le dijo:

—Hermano, hermano... ¡qué fortuna tienes y ni siquiera te das cuenta!».

Desde niño, este cuento me ha impactado, pues siempre me ha llevado a preguntarme: *¿Será que soy rico y ni siquiera me doy cuenta?*

Lamentablemente, la definición de riqueza que se ha impuesto en nuestro mundo nos hace sentir pobres y miserables. Cada vez que nuestros ojos se posan sobre la lista Forbes, se nos echa en cara la desdicha que caracteriza nuestra paupérrima existencia. Pero ¿acumular dinero y estar entre los más ricos de mi país me hace verdaderamente una persona rica? Creo que nuestra sociedad, que tiende a irse a los extremos confusos y dañinos, no ha entendido el valor de los bienes materiales. La Biblia considera que el dinero es importante, que nos ayuda a disfrutar de una vida más llevadera, que nos permite tener acceso a bienes y servicios que contribuyen con nuestro bienestar...; pero lo que la Biblia rechaza es que un ser humano pueda ser tasado en función de cuán abultada esté su cuenta de banco, o que sea correcto considerar que amontonar propiedades sirve como regla para medir la verdadera riqueza.

Según la lista Forbes de 2020, el hombre más rico del mundo es Jeff Bezos, el principal accionista de Amazon. De él se dice que su valor se estima en ciento trece mil millones de dólares. ¿Pero es eso lo que vale Jeff Bezos? De hecho, yo me pregunto incluso: ¿Cómo es posible que seamos capaces de poner precio a un ser humano, de suponer que nuestro valor depende de lo que tenemos y no de lo que somos, de considerar que cuanto más tengo más valgo? Cuán acertadas siguen siendo las palabras del Maestro de Galilea: «La vida no se mide por cuánto tienen» (Lucas 12: 15, NTV). La esencia de la vida se fundamenta en Dios y en su Palabra. A eso se refirió el Maestro cuando dijo: «No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de



n la medida en que el cristiano experimenta que dar no es perder, se va vaciando de las preocupaciones materiales y va llenándose de confianza en Dios». Josep Ruis-Camps

Dios» (Lucas 4: 4). Perder de vista este asunto es lo que hace que muchos vivamos de espaldas a lo que realmente importa: «Ser ricos para con Dios».¹

LA FASCINACIÓN POR LO TEMPORAL

A propósito de lo que venimos diciendo, Jesús contó una de esas historias que alborotan las neuronas del lector. En Lucas 12: 16-21 narró la historia del rico insensato. Este era un hombre, evidentemente un hacendado muy rico, cuya finca había «producido mucho». Sin embargo, en lugar de estar feliz con lo mucho que había conseguido, se llena de preocupación porque anhela tener un lugar lo suficientemente grande como para almacenar más «frutos». Su filosofía de vida consiste en tener siempre más, pero que ese más sea para acumular. Así que se dijo a sí mismo: «Derribaré mis graneros y los edificaré más grandes: y diré a mi alma: “Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y regocíjate”» (versículo 19).

Este hombre había sido bendecido en gran manera; pero su vida lleva una ruta que dista mucho del ideario ético de Dios. Solo le importan «sus frutos», su vida, sus graneros. Su alma vive ofuscada en el tener; el desapego hace tiempo que desapareció de su diccionario; su vida se consume como una vela ante el altar de una avaricia ilimitada; sus días transcurren en las redes de un placer libertino que no satisface el vacío del alma. Se le olvidó que vivir es, ante todo, una

experiencia de solidaridad con sus semejantes. Para él desaparecieron todos los «tú» y nada más existe su excelso «yo».

Como si viviera en la sociedad posmoderna, la conducta del rico de Lucas 12 refleja al ser humano que nada más cree en sí mismo, en sus logros; el típico personaje que siente que no depende de nada, mucho menos de Dios. Toda su vida se centra en la búsqueda del placer egoísta, en la seducción de sus propios sentidos. Sus acciones tienen «una connotación de placer y de gozo individual, una búsqueda de lujo y confort que raya en el exceso y la desproporción».² En su afán por satisfacer legítimos deseos humanos —descansar, comer, beber, regocijarse— se vuelve inhumano. Porque la avaricia hace que perdamos nuestra humanidad; nos produce amnesia con respecto al otro y nos conduce a dar la espalda a todo lo que no sea nuestro yo.

Este rico quizá «tenía manos, pero no tenía a quién tocar. Tenía boca, pero no tenía con quién hablar. La vida era una, y siendo una era ninguna».³ Porque, como bien dijo Elena G. de White, «vivir para sí es perecer. La codicia, el deseo de beneficiarse a sí mismo, separa al alma de la vida» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 20, p. 206). A veces se nos olvida que podemos sentirnos dueños de muchas cosas, pero Dios nunca cede su derecho como dueño de la vida. Y es que el hombre de Lucas 12 estaba sin vida desde el mismo momento en que pretendió vivir alejado de Dios, el dador de la vida. Por eso el relato nos presenta a un personaje sin nombre, sin familia, sin amigos, sin vida. Es uno que ni siquiera tiene con quién hablar y no le queda más que hablar consigo mismo; su única compañía son sus bienes. Como dijo Alessandro Pronzato, se convirtió en «una cosa en medio de las cosas».⁴ Ya no solo es insensible a la gente, sino que su amor por siempre desear más y dar menos lo ha convertido en una persona necia.

De ahí la advertencia de Cristo: «Cuidense ustedes de toda avaricia» (Lucas 12: 15, DHH). ¿Por qué deberíamos cuidarnos de la avaricia? Porque la avaricia nos convierte en fanáticos de lo temporal, de lo que no trasciende, de lo que no es esencial. La avaricia nos hace centrarnos en las cosas de este mundo y nos conduce al olvido de lo que es imperecedero. La avaricia, ese deseo inagotable de acu-

mular lo terrenal, nos hace actuar como «necios». Así se refirió Dios al hombre de nuestra historia: «Dios le dijo: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será?”. Así es el que hace para sí tesoro y no es rico para con Dios» (versículos 20, 21).

¿Y por qué es necio?

- ✓ «Porque funda su seguridad en el tener y no en el ser.
- ✓ »Porque se afana por poseer y acumular, en vez de empeñarse en creer.
- ✓ »Porque cree que mucho dinero significa mucha vida.
- ✓ »Porque está convencido de que la posesión egoísta da alegría.
- ✓ »Porque adora y no ve más que a su “yo”. Jamás se coloca frente a un “tú”». ⁵

Este relato evoca las palabras del salmista: «Diste a mis días término corto y mi edad es como nada delante de ti; ciertamente, es apenas un sople todo ser humano que vive. Ciertamente, como una sombra es el hombre; ciertamente, en vano se afana; amontona riquezas y no sabe quién las recogerá» (Salmo 39: 5, 6). La trágica ironía es que este hombre ignoraba que esa noche sería su último día en la tierra, y que por la eternidad sería recordado como alguien que solo valoró lo que era medible, cuantificable, lo que cabía en un papel o en un depósito, indigno de formar parte del reino celestial. La inesperada intervención de Dios alteró para siempre la egoísta agenda del rico y nada lo libró de su triste destino.

¿Cuántos de nosotros hacemos manifiesta nuestra necesidad por la forma en que manejamos nuestros recursos? ¿Acaso no sabemos que un día tendremos que dar cuenta por nuestra vida y por la forma en la que usamos nuestros bienes materiales? Si ese día fuera hoy, ¿qué se diría de ti y de mí? Bajo ningún motivo hemos de soslayar que «esta vida es el único tiempo que se le ha concedido al ser humano para que en él se prepare para la eternidad» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 21, p. 210). ¿Estamos aprovechando esta vida para prepararnos para la eternidad? Hoy más que nunca deberíamos hacer nuestra la plegaria del salmista: «Enseñanos de tal modo a contar nuestros días que traigamos al corazón sabiduría» (Salmo 90: 12). Y una

manera de vivir con sabiduría es llegar a ser «ricos delante de Dios» (Lucas 12: 21, NVI).

¿CÓMO SE PUEDE SER RICO DELANTE DE DIOS?

Imagínate este cuadro. Ahora eres una persona con un patrimonio de cien millones de dólares. ¿No te parece que eso es ser muy, muy, rico? Pero si comparas esos cien millones con los ciento trece mil millones de dólares de Jeff Bezos, ¿puedes ser considerado rico delante de Bezos? Tu riqueza puede ser muy grande para mí, ¡y de hecho lo es!, pero es muy pequeña en comparación con la del dueño de Amazon. Lucas dice que hemos de empeñarnos en ser «ricos delante de Dios», ¿pero cómo puedo ser tenido por rico delante del dueño de todo el universo? Frente a Dios nunca podré hacer gala de mi riqueza, aunque se asemeje a la de Jeff Bezos.

Por supuesto, en Lucas 12 Jesús no está criticando la riqueza como tal. No hay nada de malo en ser rico; de hecho, la riqueza es presentada en la Biblia como una bendición que proviene de Dios. Las Escrituras dan testimonio de que Abraham, Jacob, David, Ezequías, Job, José de Arimatea, entre otros, fueron personajes muy ricos. El libro de Deuteronomio subraya: «Acuérdate de Jehová, tu Dios, porque él es quien te da el poder para adquirir las riquezas» (Deuteronomio 8: 18). El Señor mismo fue quien le dio a Salomón sus «riquezas y gloria» (1 Reyes 3: 13). La riqueza se convierte en un problema cuando, por confiar en ella, dejamos de confiar en Dios. «El que confía en sus riquezas se marchita», nos dice Proverbios 11: 28 (NVI), porque cree que lo valioso en la vida está donde en realidad no está, e invierte en lo que no aprovecha.

El evangelio es muy sencillo; Jesús dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Cuando uno ama el dinero sobre todo lo demás, se extravía de la esencia misma del evangelio, porque hace a un lado lo más importante de la fe: el amor a Dios y al prójimo. Por eso, leemos: «Raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe» (1 Timoteo 6: 10). Solo

cuando colocamos la riqueza «delante de Dios» se convierte esta en una fuente de bendición, tal como revela la experiencia de Zaqueo (ver Lucas 19: 1-10).

Pero ¿cómo podemos llegar a ser «ricos delante de Dios» (Lucas 12: 21, NVI)? La preposición griega traducida aquí como «delante de» transmite la idea de «en dirección a».⁶ El contraste que establece Lucas 12: 21 no podría ser mayor: o dirigimos nuestros bienes hacia nosotros o los dirigimos hacia Dios.⁷ El rico de la parábola solo pensaba en él: *mis frutos, mis graneros, mis bienes, mi alma...* No había nada en su vida que perteneciera a Dios. Por eso era pobre. Porque ser «ricos delante de Dios» es poner nuestras posesiones en la dirección correcta, ponerlas hacia Dios; es decir, depositarlas en las manos de Dios y de su causa. Ser «ricos delante de Dios» no se logra acumulando en un banco, se logra dando; no se consigue fabricando un granero más grande, sino dejando que Dios nos haga más humanos. Josep Ruis-Camps señala lo siguiente: «En la medida en que el cristiano experimenta que dar no es perder, se va vaciando de las preocupaciones materiales y va llenándose de confianza en Dios».⁸ No es depositando, es repartiendo; no es recibiendo, es compartiendo. Más adelante, Lucas desarrollará la misma idea al exhortarnos a hacer «tesoro en el cielo que no se agote, donde el ladrón no llega ni la polilla destruye» (Lucas 12: 33). Ser «ricos delante de Dios» es tener menos en la tierra y más en los cielos.

Si ser «ricos delante de Dios» es poner nuestros bienes a su servicio, ello indica que todos podemos llegar a ser «ricos delante de Dios», que ese no es un privilegio de los más acaudalados. El Señor decidió compartir sus bienes contigo y conmigo, ya sea poco o mucho, porque cree que nosotros podemos usar sabiamente nuestros recursos materiales, de tal modo que estos sean encaminados hacia el avance de su obra. Así que cada uno de nosotros, aunque sea considerado pobre delante del mundo, es rico delante del dueño del universo si usa sus recursos «en obediencia a Dios», si sus bienes contribuyen «al alivio de las necesidades del mundo».⁹ A propósito de esto, nos vendría bien tomar nota de estas dos declaraciones:

«El hombre pobre que tiene fe y confianza en Dios, que confía en el amor y el cuidado del Señor, que abunda en buenas obras, y que con buen



Qué triste sería que la cantidad de dinero que va en un sobre tuviera más valor que la persona que lo dio.

criterio usa lo poco que tiene para bendecir a los demás con sus recursos, *es rico en Dios*. Considera que su prójimo tiene derechos que él no puede descuidar sin dejar de obedecer el mandamiento de Dios: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Los pobres que son ricos en Dios consideran la salvación de sus semejantes de mayor importancia que todo el oro y la plata que el mundo contiene» (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, p. 600).

«Si los que profesan ser cristianos usaran menos de su fortuna para adornar su cuerpo y hermosear sus propias casas, y en sus mesas hubiese menos lujos extravagantes y malsanos, podrían colocar sumas mucho mayores en la tesorería del Señor. Imitarían así a su Redentor, quien dejó el cielo, sus riquezas y su gloria, y por amor de nosotros se hizo pobre, a fin de que pudiéramos tener las riquezas eternas. Si somos demasiado pobres para devolver fielmente a Dios los diezmos que él requiere, somos ciertamente demasiado pobres para vestirnos costosamente y comer con lujo; porque malgastamos así el dinero de nuestro Señor en cosas perjudiciales para agradarnos y glorificarnos a nosotros mismos. Debemos inquirir diligentemente: ¿Qué tesoro nos hemos asegurado en el reino de los cielos? ¿Somos ricos para con Dios?» (*Testimonios para la iglesia*, t. 3, p. 441).

Es probable que durante muchos años la manera en la que hemos manejado nuestros recursos haya revelado nuestra falta de sensatez; pero con la ayuda y la dirección del Señor, hoy podemos comenzar a sentirnos como Dios nos ve; y él nos ve como ricos delante de él. Y parte de nuestra riqueza se encuentra en que podemos contribuir con una obra que excede en valor a todo el oro y la plata del mundo: la salvación de las personas.

LA HONDURA DE NUESTRA NATURALEZA

Hace algunas semanas leí un artículo titulado «Don dinero», y me gustaría compartir una de las muchas frases impactantes que encontré en ese escrito de José Luis Taveras: «El valor esencial del dinero es revelar la hondura de nuestra naturaleza».¹⁰ Y aquí te comparto otra de George Orwell: «El dinero se ha convertido en la mayor prueba de virtud».¹¹ Considero apropiado que cada uno de nosotros medite profundamente en ambas declaraciones.

El hombre del relato lucano demostró que no tenía virtud, que su alma no era más que un riachuelo seco sin profundidad. ¿Por qué? Porque la forma en la que manejó sus bienes demostró lo que era. ¡Qué caso más patético! Sin embargo, el punto clave aquí es que nos cuidemos de repetir en nuestra vida esa fatídica historia. No caigamos en la trampa de concederle valor única y exclusivamente a aquello que se puede monetizar; evitemos que nuestros pensamientos se centren en lo que cabe en una cifra. Sería una tragedia que nuestra alma nada más atesore las cosas que puedan convertirse en una inversión material. Pero lo peor sería que estemos tan acostumbrados a medir las cosas por su valor temporal que también acabemos mirando a la gente como simples números. Qué triste sería que la cantidad de dinero que va en un sobre tuviera más valor que la persona que lo dio.

Nuestro dinero revela la hondura y la virtud de nuestras almas cuando este, en comparación con las personas, pasa a ocupar un lugar secundario. Evidenciamos que somos ricos delante de Dios cuando comprendemos que el mayor activo que existe en este mundo son los seres humanos, y que si necesitamos construir un granero más amplio no es para nuestra comodidad, sino para atender a más personas, para ampliar nuestro horizonte de servicio. Sí, la manera en la que usamos nuestros recursos debería demostrar que somos gente virtuosa, gente de gran corazón.

Somos ricos cuando nos hacemos conscientes de que tenemos piernas para llevar el evangelio a los demás; brazos para extenderlos hacia el que procure nuestra ayuda; y ojos para ver la necesidad de nuestro prójimo y trazar planes para ir en su auxilio. A nosotros nos convendría oír la frase: «Ah, hermano, hermano... ¡qué fortuna tienes y ni siquiera te das cuenta!».



LECCIONES PARA LA IGLESIA

La parábola de Lucas 12 que ha servido de base a las ideas que hemos visto en este capítulo, pone de manifiesto que existe una relación directa entre la forma en que utilizamos los recursos materiales que poseemos y la forma en que pensamos acerca de Dios, de los demás, de la vida, del éxito y del futuro. Hay un campo de batalla planteado aquí para cada miembro de iglesia y para cada congregación, y necesitamos volver a la Biblia para recibir la sabiduría divina que nos ayude a ser verdaderamente ricos pero delante de Dios.

Encontramos en este capítulo ideas que son lecciones prácticas que debemos modelar como individuos y como iglesia. Lecciones como las siguientes:

- **Hay temas que, por amor a las personas, deben ser estudiados en cada congregación. Entre ellos está el tema de la codicia y los peligros que encierra, el materialismo que caracteriza nuestros tiempos y el egoísmo como forma de vida.** Cristo no supuso que sus discípulos y las personas que lo escuchaban entendían bien las implicaciones de esto, y por eso contó la parábola de Lucas 12 y dio tantas otras enseñanzas para ayudarnos a entender que el dinero no es lo que más importa, y que somos administradores de los recursos de Dios.
- Dios nos ve como personas ricas en bondad, en altruismo y en amor. Él no quiere ver a sus hijos participando del espíritu de codicia y avaricia que es contrario a la naturaleza divina. La parábola de Lucas 12 está contada como un ejemplo de lo que Dios no quiere que hagan sus hijos. **La iglesia también debe animar a cada miembro de iglesia a tener un plan para dirigir sus bienes hacia Dios en lugar de dirigirlos hacia ellos mismos.** Un buen plan de ofrendas personal permitiría a cada miembro ser parte de un círculo de amor y generosidad que por medio de la iglesia se extienda a todo el mundo en un ministerio que restaura a las personas.
- **Cada iglesia debería tener siempre iniciativas y proyectos de ayuda a favor de los más necesitados y vulnerables.** De esa manera, la congregación modela para sus miembros el espíritu cristiano que se basa en el amor y en dar antes que en recibir o acumular. Y también la iglesia que es rica delante de Dios logra que sus miembros perciban que sus ofrendas son una bendición que alcanza a muchos más por medio de la iglesia.

-
1. Howard Marshall, *The Gospel of Luke: A Commentary on the Greek Text*, New International Greek Testament Commentary (Exeter: Paternoster Press, 1978), p. 523.
 2. Juan Mora Rivera, «El buen uso de las riquezas: Lucas 12: 13-21» en *Riqueza y solidaridad en la obra de Lucas*, M. Grilli, D. Landgrave Gándara y C. Langner, eds. (Estella, España: Verbo Divino, 2005), p. 147.
 3. Eduardo Galeano, *Espejos: una historia casi universal* (Madrid, España: Editorial Siglo XXI, 2008), p. 1.
 4. Alessandro Pronzato, *Las parábolas de Jesús* (Salamanca, España: Sigueme, 2003), p. 107.
 5. *Ibid.*, pp. 107, 108.
 6. *Eis* cuando acompaña a un nombre en acusativo, como es este caso, lleva el sentido de «en dirección a», ver Horst Robert Balz y Gerhard Schneider, *Exegetical Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1990-), p. 398.
 7. Darrell L. Bock, *Luke: 9:51–24:53*, vol. 2, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Michigan: Baker Academic, 1996), p. 1154.
 8. Josep Ruis-Camps, *El éxodo del hombre libre* (Córdoba, España: Ediciones Almadro, 2000), p. 229.
 9. John Nolland, *Luke 9:21–18:34*, vol. 35B, Word Biblical Commentary (Dallas, Texas: Word, Incorporated, 1993), p. 688.
 10. José Luis Taveras, «Don dinero» en <https://www.diariolibre.com/opinion/en-directo/don-dinero-KL22293810>.
 11. Citado en Harold Myra y Mashall Shelley, *Secretos del liderazgo de Billy Graham* (Miami, Florida: Editorial Vida, 2006), p. 114.

12

«Benditos
de mi
Padre»





De cierto os digo
que en cuanto
lo hicisteis a uno
de estos mis hermanos
más pequeños,
a mí lo hicisteis
(Mateo 25: 40).



EN SU POEMA «Cómo vino el gran Invitado», Edwin Markham nos cuenta que Conrad, un zapatero, llamó a sus vecinos y les dijo: «Amigos, el Señor se me apareció y me dijo que vendría a visitarme. Así que he estado haciendo todos los preparativos para recibirlo: he lustrado mis zapatos y he preparado comida para que todo esté en orden cuando Jesús llegue». Y las horas comenzaron a transcurrir, pero el Señor no llegaba.

De repente, alguien llamó a la puerta. Conrad salió corriendo, pensando que sería el Señor, pero al abrir se encontró a un mendigo empapado por la lluvia. Cuando Conrad vio los pies magullados de aquel indigente desconocido, se quitó sus propios zapatos y se los regaló. Más tarde llegó una anciana hambrienta con el rostro sembrado de arrugas; Conrad le dio comida. Cuando la anciana se había ido, llamó a la puerta un niño hambriento y extraviado; Conrad le dio de comer y lo llevó de vuelta a su familia. Cayó el día por el oeste y con él se desvaneció en Conrad la esperanza de que el invitado celestial llegara.

Mientras trataba de comprender por qué el Señor no había llegado, el Señor se le apareció, y le dijo: «Anímate, porque yo he cumplido mi palabra. Tres veces he llamado a tu puerta y tres veces mi sombra cubrió tu suelo. Yo era el mendigo de los pies heridos. Yo era la mujer a quien diste de comer. Yo era el niño hambriento y perdido».

Lo que más me impresiona de este relato es que la espera de Conrad fue una espera activa. Mientras esperaba la visita del Señor se dedicó a ayudar a otros, y en ese proceso estuvo ayudando al mismo Señor, sin darse cuenta. ¿Alguna vez has querido ayudar a Jesús? Pues esta es la declaración del Maestro: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (Mateo 25: 40). ¿Será que existe alguna relación entre lo que hago con mis recursos materiales en esta vida presente y el reino de gloria que Dios ha preparado para sus hijos? Responderé esta pregunta echando un vistazo a una parte del discurso profético de Jesús.

EL DISCURSO SOBRE EL FIN DEL MUNDO

El discurso profético de Cristo abarca los capítulos 24 y 25 del Evangelio de Mateo. Por lo general solemos dedicar nuestra mayor atención al contenido del capítulo 24, donde se habla de guerras, hambres, falsos cristos y falsos profetas, terremotos, pestes, persecución contra los cristianos, conmoción en los astros celestes... hasta que finalmente aparece «la señal del hijo del hombre en el cielo [...], y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» (Mateo 24: 30).

El capítulo 24 de Mateo se centra en los acontecimientos que describen la condición del mundo antes de que la Segunda Venida de Cristo se convierta en una maravillosa realidad. De ahí que es importante que estemos atentos a las señales para que no seamos engañados y el regreso de Cristo nos agarre desprevenidos, como sucedió «en los días antes del diluvio», que las personas «estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento» (Mateo 24: 37, 38). Nosotros debemos prepararnos «porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis» (versículo 44). La pregunta clave es: ¿Cómo será la iglesia que, al igual que Conrad, espera encontrarse con Cristo? Pues es de esto precisamente que trata el capítulo 25 del Evangelio de Mateo.

En Mateo 25, Jesús continúa hablando del fin del mundo, pero no se centra en el mundo sino en sus seguidores. En este capítulo nos habla de cómo será la iglesia que lo recibirá en su Segunda Venida, de

cómo vive un creyente cuyos tesoros no están en la tierra sino en el cielo. Para describirlo, Jesús contó tres relatos.

DIOS NOS VE COMO PERSONAS PRUDENTES

Lo primero que Jesús dice es que los creyentes que recibirán la recompensa eterna deben ser personas «prudentes» (versículo 2). En Mateo 24: 45 se refirió a ellos como si fueran un «siervo fiel y prudente». En los Evangelios, el «prudente» es el que practica la Palabra de Dios (ver Mateo 7: 24); el que toma parte activa en la instrucción de la iglesia (ver Lucas 12: 42, 43); el que tiene su lámpara con aceite, es decir, que está lleno del Espíritu Santo (ver Mateo 25: 4, 9); y también el que sabe tratar bien a sus semejantes (ver Lucas 16: 8). Sobre este último aspecto, es decir, sobre la relación que existe entre la prudencia, el manejo de los recursos y el trato a los semejantes, quiero detenerme en Lucas 16 porque resultan muy iluminadoras esas palabras de Jesús.

En Lucas 16 Jesús cuenta la parábola de un mayordomo que atendía la propiedad de un señor. Un día, el dueño de la finca para quien trabajaba este mayordomo notó que había irregularidades en los registros contables y decidió despedirlo. Cuando este se enteró de que iba a ser despedido, comenzó a hacer planes para su futuro. ¿Y qué hizo? Decidió reducir la deuda de los clientes de la finca, «y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: “¿Cuánto debes a mi amo?”. Él dijo: “Cien barriles de aceite.” Le dijo: “Toma tu cuenta, siéntate pronto y escribe cincuenta.” Después dijo a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?”. Este contestó: “Cien medidas de trigo.” Él le dijo: “Toma tu cuenta y escribe ochenta”. Y alabó el amo al mayordomo malo por haber actuado *sagazmente*, porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz» (Lucas 16: 5-8).

El mayordomo malo también es definido como alguien sagaz. Sagaz suele tener un matiz negativo, pero en griego, Lucas usó la misma palabra, *phronimos*, que se traduce «prudente» en Mateo 25. Y este vocablo no lleva una carga negativa. Por lo general *phronimos* es una persona sabia, precavida, juiciosa, sensata.¹ En Lucas 12: 42, por ejemplo, se utiliza para definir al mayordomo a quien el Señor le confía el cuidado de su casa. A fin de afrontar los años de quiebra financiera que vendrían

sobre toda la tierra, al faraón se le aconsejó: «Es necesario que el faraón se provea de un hombre *prudente* [*phronimos* en la Septuaginta] y sabio, y que lo ponga sobre la tierra de Egipto» (Génesis 41: 33). El faraón se dio cuenta de que no había «entendido ni sabio [*phronimos*] como» José y por eso le dijo: «Tú estarás sobre mi casa y por tu palabra se gobernará todo mi pueblo; solamente en el trono seré yo mayor que tú» (Génesis 41: 40). La prudencia de José lo hizo apto para ser un buen mayordomo de los bienes del faraón.

Pero su uso en Lucas 16: 9 nos confunde porque nos parece inverosímil suponer que un «mayordomo malo» sea, al mismo tiempo, un siervo prudente. Esa confusión nos llega porque, distraídos con los detalles de la parábola, dejamos pasar por alto lo que Jesús realmente quería enseñar. ¿Por qué el mayordomo tildado de «malo» es prudente y recibe alabanzas de su amo? Bueno, leamos la lección que extrajo Jesús mismo para sus discípulos: «*Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando estas falten, os reciban en las moradas eternas*» (Lucas 16: 9). La prudencia del mayordomo, aunque era malo, radicó en saber usar el dinero para asegurarse amigos que lo recibieran en el futuro inmediato. Si los hijos de las tinieblas saben usar el dinero para obtener beneficios temporales, ¿no deberíamos entonces nosotros, los hijos de la luz, tener una visión mucho más amplia que ellos y usar nuestros recursos en procura de los beneficios eternos? Aquí cabe matizar que estas riquezas no aluden a «dinero sucio» que hubiera sido ganado por medio de actividades ilícitas; la expresión se refiere sencillamente a «riquezas mundanas»,² es decir, a los recursos económicos que manejamos día a día.

Resulta curioso que Jesús no hace referencia a amigos que nos recibirán aquí en la tierra, sino a los que nos recibirán «en las moradas eternas». ¿Y quiénes son esos personajes a los que me conviene tener de amigos? Pues los que viven en las moradas eternas, los que viven en el Cielo: Dios y sus ángeles. Lo que Jesús nos está diciendo es que si usamos con *prudencia*, con *sabiduría*, nuestros recursos terrenales, ello revelará que somos amigos de los seres celestiales, y esa amistad se extenderá más allá de este mundo, cuando las riquezas materiales hayan desaparecido por completo. En realidad, ser «prudentes» al adminis-



Dios nos ve como hombres y mujeres que, al momento de su venida, estaremos en el grupo de los que se prepararon para su venida, nos ve como hombres y mujeres prudentes.

trar los bienes de esta tierra demostrará que somos idóneos para recibir los bienes eternos.

Al final de la historia humana, «los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas», y cuando las «riquezas injustas» dejen de existir para siempre, entonces recibiremos «una herencia incorruptible, incontaminada e inmarchitable, reservada en los cielos para» nosotros (2 Pedro 3: 10; 1 Pedro 1: 4), los que hayamos sido prudentes en poner en práctica la Palabra de Dios, los que hayamos llenado nuestra vida del Espíritu divino y, como ya vimos, los que hayamos usado nuestros recursos para ganar la amistad de los seres celestiales. Dios nos ve como hombres y mujeres que, al momento de su venida, estaremos en el grupo de los que se prepararon para su venida, nos ve como hombres y mujeres prudentes.

DIOS NOS VE COMO SIERVOS BUENOS Y FIELES

Lo segundo que Jesús dice en Mateo 25 es que los creyentes que recibirán la recompensa eterna son siervos «buenos y fieles» (versículos 21, 23). ¿Y cómo se demuestra que uno es un siervo bueno y fiel? No hemos de soslayar que el relato comienza hablando de un señor que «les entregó sus bienes» a tres mayordomos (versículo 14). En el Nuevo Testamento la palabra griega³ traducida por «bienes» alude a recursos financieros. Por ejemplo, Lucas dice «Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes, Susana y otras muchas que ayudaban con sus bienes» (Lucas 8: 3). ¿Por qué estaban

dispuestas estas mujeres a ayudar? Porque se mostraron agradecidas por lo que el Señor había hecho en sus respectivas vidas. Él las sanó de enfermedades y las liberó de los poderes demoníacos; les devolvió su dignidad y las trató como seres humanos, sin menospreciarlas. En respuesta a lo que Cristo había hecho por ellas, mostraron su gratitud ayudando al Señor.

Las mujeres «ayudaban con sus bienes»; es decir, servían financiando la obra del Señor en la tierra. No solo ponían comida en la mesa, sino que proporcionaban los recursos con los que se sustentaba físicamente aquel que era «el pan de vida» (Juan 6: 48). Elena G. de White dice que, por ejemplo, «la madre [de Santiago y de Juan] era discípula de Cristo y le había servido generosamente con sus recursos» (*Hijas de Dios*, p. 65), y que «durante los años del ministerio terrenal de Cristo, muchas mujeres piadosas colaboraron en la obra que el Salvador y sus discípulos llevaban a cabo» (*El evangelismo*, cap. 4, p. 54).

Como a esas mujeres, a los creyentes del tiempo del fin Dios nos «entregó sus *bienes*», es decir, nos dio recursos, para que demos que somos buenos siervos poniendo nuestros talentos al servicio de la causa divina. Esos «bienes», obviamente, pueden aludir a bendiciones como la salud, la influencia, la fuerza, el tiempo, nuestra capacidad de pensar, entre otros. Hemos sido bendecidos por el Señor para que produzcamos mucho fruto, y sobre todo «frutos dignos de arrepentimiento» (Lucas 3: 8).

La siguiente declaración de Elena G. de White pone el dinero en su apropiada perspectiva:

«No nos ha sido dado nuestro dinero para que pudiéramos honrarnos y glorificarnos a nosotros mismos. Como fieles mayordomos, debemos usarlo para honra y gloria de Dios. Algunos suponen que solo pertenece al Señor una porción de sus recursos. Cuando han puesto aparte una porción con fines religiosos y caritativos, consideran que el resto les pertenece para usarlo como crean conveniente. Pero en esto se equivocan. Todo lo que poseemos es del Señor y somos responsables ante él del uso que le demos. En el empleo de cada centavo se verá si amamos a Dios por encima de todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 25, p. 289).

Soy un siervo bueno y fiel cuando uso el dinero para alabar y glorificar a Dios, cuando reconozco que todo le pertenece a él. Así que una vez más las posesiones materiales aparecen vinculadas con mi destino eterno.

DIOS NOS VE COMO PERSONAS BENDITAS

Lo tercero que Jesús dice en Mateo 25 es que los creyentes que recibirán la recompensa eterna son los «benditos de mi Padre» (versículo 34). Esa recompensa se dará «cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los santos ángeles con él» (versículo 31). En ese momento se hará la ineludible división: fieles e infieles; buenos y malos; prudentes e insensatos; ovejas y cabras; trigo y cizaña; benditos y malditos. Ese día, todas las naciones tendrán que dar cuenta delante de Cristo, que hará la función de juez. Y entonces se dará la solemne declaración: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo» (versículo 34).

Hay dos elementos que no podemos pasar por alto:

1. *Somos benditos del Padre.* Esto pone de manifiesto la íntima relación que existe entre Dios y nosotros. Somos sus hijos. La iglesia, entonces, es una familia, «la familia de la fe», «la familia de Dios» (Gálatas 6: 10; Efesios 2: 19). Somos hermanos en tanto que somos hijos de un mismo Padre.
2. *No nos ganamos el Reino, heredamos el Reino.* No hay nada que podamos hacer para merecerlo. El Reino es un regalo que Dios preparó para nosotros, una herencia que nos llega gracias a la bondad infinita de nuestro Padre, y es algo que recibiremos con toda seguridad. «Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados» (Romanos 8: 17). En uno de sus sermones, Juan Crisóstomo dijo: «Él [Dios] no dijo: “Toma”, sino: “Hereda”, como propio, como de tu Padre, como tuyo, porque es para ti desde el principio. “Desde antes de que existieras, dice Dios, estas cosas habían sido preparadas, y preparadas para ti”».⁴

El Reino es para los «benditos de mi Padre». Una persona bendita es aquella que cuenta con el favor divino; pero también es alguien que

LA

iglesia que espera el regreso de Cristo es una comunidad compuesta por creyentes compasivos, generosos, que son capaces de bendecir compartiendo con otros sus bendiciones.

ha sido «marcada para bendición»;⁵ alude «a un estado continuo de bendición».⁶ Por tanto, el bendito no solo recibe bendición sino que es bendito para que sea de bendición para otros. Los creyentes que esperaban al Señor demostraron que eran benditos, que eran ciudadanos del Reino de los cielos, cuando fueron de bendición para otros. Demostraron lo que eran mediante la ejecución de acciones concretas que involucraron inversión de recursos. De acuerdo con Mateo 25: 35-37, los que heredarán el reino fueron benditos porque:

- ✓ dieron de comer al hambriento,
- ✓ dieron de beber al sediento,
- ✓ dieron refugio al forastero,
- ✓ vistieron al desnudo,
- ✓ consolaron al enfermo,
- ✓ y visitaron al preso.

¡Son benditos no por lo que reciben, sino por lo que dan! En realidad, la mayor muestra de bendición no es la grandeza de nuestra cuenta sino cuán grande es nuestra capacidad de dar, de entregarnos, de ser servidores de nuestros hermanos «más pequeños». Son benditos porque viven lo que Jesús les ha enseñado, viven de cara a la necesidad humana. Su mayor bendición es la de ser solidarios. Esa solidaridad se tradujo en compasión hacia sus semejantes. La iglesia que espera el regreso de Cristo es una comunidad compuesta por creyentes compasivos, generosos, que son capaces de bendecir compartiendo con otros

sus bendiciones. Gente que no dejó su alma atrapada en la avaricia ni en la indiferencia. Por supuesto, los seis actos de bendición que han realizado los benditos del Padre apenas constituyen un «catálogo representativo, que cubre las necesidades más básicas de la vida».⁷ El hecho de que la lista se repite cuatro veces en Mateo 25: 31-46 indica que podría servir de recordatorio de lo que significa ser «un discípulo práctico».⁸

Los creyentes que viven de cara a la Segunda Venida exhiben una generosidad que es fruto de la gracia divina que ha transformado sus corazones. De gracia recibieron, y de gracia dan. Leon Morris estaba en lo cierto al declarar: «Sus vidas constituyen una prueba fehaciente de que Dios ha obrado en ellos».⁹ Sus pequeños e insignificantes bienes fueron usados para que el Reino estuviera al alcance de todas las naciones. Porque si todas las naciones tendrán que rendir cuenta delante de Dios, entonces en todas las naciones habrá recursos para que el mensaje sea predicado.

La iglesia es una comunidad espiritual y activa. El problema de las vírgenes insensatas consistió en no llevar aceite; la falta del siervo malo radicó en no usar su talento, y los de la izquierda se perdieron por su indiferencia ante las necesidades de los más pequeños. Sus acciones hacen evidente que «el que sabe hacer lo bueno y no lo hace, comete pecado» (Santiago 4: 17). Cuando el Hijo del hombre venga, recogerá a los que decidieron vivir un cristianismo con rostro humano, a los que no rehuyeron dar de sus recursos para satisfacer las necesidades de la gente y de la iglesia.

La historia del zapatero y lo que hemos visto de Mateo 25 nos recuerdan que cuando ayudamos a alguien, cuando somos capaces de compartir con los demás lo mucho o lo poco que tengamos, es como si lo hiciéramos al mismo Jesús. A veces solemos hacer una división entre Cristo, la iglesia y la gente; pero la identidad de Jesús con su iglesia y con sus discípulos es ineludible. En Mateo 10: 40 el Maestro declaró: «El que los recibe a ustedes, me recibe a mí» (DHH). Cuando Saulo perseguía a la iglesia, el Señor le preguntó: «¿Por qué me persigues» (Hechos 9: 4). El Señor le dijo a Zacarías: «Cualquiera que toca a mi pueblo, toca a la niña de mis ojos» (Zacarías 2: 8, DHH). El autor de

Hebreos agrega: «Porque Dios no es injusto como para olvidarse de las obras y del amor que, para su gloria, ustedes han mostrado sirviendo a los santos, como lo siguen haciendo» (Hebreos 6: 10, NVI). Diezmar, ofrendar, auxiliar al necesitado no solo son medios para financiar la obra de la iglesia, sino que constituyen una muestra fehaciente de que por encima de todo «somos colaboradores de Dios» (1 Corintios 3: 9).

UN REINO PARA NOSOTROS

Lucas 16: 12 dice lo siguiente: «Y, si con lo ajeno no han sido honrados, ¿quién les dará a ustedes lo que les pertenece?» (NVI). Interesante declaración. ¿Qué es lo ajeno? Las posesiones terrenales. ¿Entonces lo que yo creo que es mi propiedad, en realidad, no es mío? Tal y como lo has leído. Ese auto, no es tuyo; esa casa tampoco te pertenece; el dinero que has ahorrado con tanto esfuerzo es ajeno. ¿Y quién es el dueño de lo que considero que es mío? Fíjate en esta declaración inspirada: «Nuestras posesiones [son] como un préstamo que ha de ser usado como Dios diga, para la salvación de los perdidos y el consuelo de los que sufren y los pobres» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 28, p. 327). ¿Qué has estado haciendo con el dinero que pertenece a Dios?

Por otro lado, Lucas dice que Dios nos dará lo que nos «pertenece». Hay algo que sí es nuestro. ¿Quieres saber qué es? Volvamos a Mateo 25: «Vengan, benditos de Mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde la fundación del mundo» (versículo 34, NBLA). Lo que nos pertenece a nosotros es el reino. Un reino que no es un acto improvisado, sino que es parte esencial de un plan que desde la eternidad el Señor ha estado llevando a cabo para todos nosotros. De hecho, Jesús vino a esta tierra para anunciar «el evangelio del reino de Dios» (Marcos 1: 14). Él se propuso poner a nuestro alcance «los misterios del reino de Dios» y de esa manera asegurarnos un lugar en la mesa de su reino (Lucas 8: 10; 22: 30).

Como hijos del Rey nuestra condición es regia. Apocalipsis declara que Dios «nos hizo reyes» y que «reinaremos sobre la tierra» (Apo-

LO

ue nos pertenece
a nosotros es el reino. Un reino que no es un acto improvisado, sino que es parte esencial de un plan que desde la eternidad el Señor ha estado llevando a cabo para todos nosotros.

calipsis 1: 6; 5: 10). «El vencedor heredará todas las cosas, y yo seré su Dios y él será mi hijo» (Apocalipsis 21: 7).

El reino fue «preparado» por Dios. No hay participación humana, no hay una contribución que justifique que yo merezco algo. Mis acciones no son las que preparan el reino de Dios. Mis acciones revelan que yo me veo como Dios me ve y que actúo en armonía con mi posición como una persona que ha sido creada para vivir en el reino de los cielos.

Cierro este capítulo con estas palabras de Elena G. de White: «Mejor que toda la amistad del mundo es la amistad de los redimidos de Cristo. Mejor que un título de propiedad para el palacio más noble de la tierra es un título en las mansiones que nuestro Señor ha ido a preparar. Y mejores que todas las palabras de alabanza terrenal, serán las palabras del Salvador a sus siervos fieles: “Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo” (Mat. 25: 34, NVI)» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 26, p. 310).

¡Somos benditos, somos herederos, nos pertenece el reino! Esa es la imagen que Dios tiene de cada uno de nosotros.



LECCIONES PARA LA IGLESIA

El capítulo que acabamos de leer nos desafía a contestar, a la luz de la Biblia, cómo debe vivir un adventista, es decir, alguien que está esperando el retorno de Cristo a esta tierra, mientras llega el momento en que se materialice esa maravillosa promesa. Dios ve a sus hijos como una comunidad compuesta por personas que, mientras están esperándolo, se mantienen activamente dedicados a servir, ayudar y ser de bendición para sus prójimos en todas las formas en que su fe y sus valores le permitan hacerlo. Las implicaciones de este enfoque son amplias y desafiantes para cada persona que está en la iglesia y para cada congregación. Tal vez deberíamos responder a esto, entre otras cosas, tomando en cuenta las siguientes sugerencias:

- **Cada congregación debe ocuparse de instruir a sus miembros en cuanto a los eventos del fin de este mundo**, asegurándose de enfatizar no solo los eventos mismos sino la manera en que debemos vivir para Dios en medio del cumplimiento de esos eventos. Con frecuencia este equilibrio ha faltado y el interés por estos temas se vuelve más informativo que formativo.
- Siendo que no es posible ignorar el fuerte énfasis bíblico en darle un uso adecuado a los recursos materiales que Dios nos permite administrar en el contexto del fin del tiempo, entonces **cada iglesia debe reconocer que la mayordomía es un tema que todos necesitan entender ahora y debe también presentar a sus miembros un enfoque de la mayordomía cristiana a la luz de los eventos finales**. Ese mensaje es urgente e importante.
- Queramos o no, como miembros de iglesia estamos rodeados de conceptos acerca del dinero, de las cosas materiales, y del éxito que están en contradicción con la Palabra De Dios. Las iglesias harían un gran favor a sus miembros contrarrestando estas influencias, explicándoles cómo Dios nos ve con relación a esos temas. Esto quiere decir, **enseñar qué significa ser prudentes, ser fieles, ser bendecidos delante de Dios y qué recompensa nos espera en Cristo**.

-
1. William Arndt *et al.*, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian literature* (Chicago: University of Chicago Press, 2000), p. 1066.
 2. Howard Marshall, *The Gospel of Luke: a commentary on the Greek text*, New International Greek Testament Commentary (Exeter: Paternoster Press, 1978), p. 621.
 3. *Hyparcho*.
 4. John Chrysostom, en *Saint Chrysostom: Homilies on the Gospel of Saint Matthew*, ed. Philip Schaff, trad. George Prevost y M. B. Riddle, vol. 10, A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church, First Series (Nueva York: Christian Literature Company, 1888), p. 476.
 5. John Nolland, *The Gospel of Matthew: A Commentary on the Greek Text*, New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids, Michigan; Carlisle: W.B. Eerdmans; Paternoster Press, 2005), p. 1027.
 6. Leon Morris, *The Gospel According to Matthew*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Michigan; Leicester, Inglaterra: W.B. Eerdmans; Inter-Varsity Press, 1992), p. 636.
 7. Donald A. Hagner, *Matthew 14–28*, vol. 33B, Word Biblical Commentary (Dallas: Word, Incorporated, 1995), p. 744.
 8. Morris, p. 637.
 9. *Ibid.*, p. 637.

13 Donde Dios

Nesve



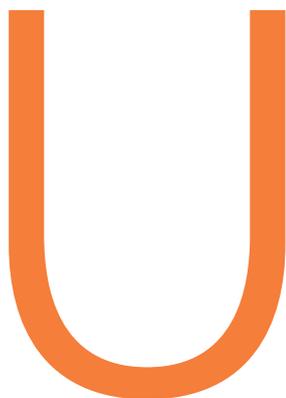


En Cristo
también fuimos
hechos herederos,
pues fuimos
predestinados según
el plan de aquel
que hace todas las cosas
conforme al designio
de su voluntad
(Efesios 1: 11, NVI).



ANTES DE ENTRAR de lleno al contenido del último capítulo de este libro, quiero darte las gracias. Tal vez tú te preguntarás: ¿Y por qué me estás dando las gracias? Lo hago porque, como nunca antes en la historia, hoy contamos con el privilegio de tener a nuestra disposición una abundante cantidad de libros, ensayos y tratados, que abordan todos los temas que uno se pueda imaginar. De hecho, si visitas algunas de las librerías de IADPA, la editorial para la que tengo el sagrado honor de trabajar, encontrarás una cantidad tan asombrosa de libros que podrías pasarte el resto de tu vida intentando leer todo lo que hemos producido. Sin embargo, ante tus innumerables opciones de lectura, decidiste leer esta obra, y quiero expresarte mi gratitud por el tiempo que le has dedicado. Si no te has percatado, a estas alturas ya has recorrido junto a mí 179 páginas, y ahora estás a punto de concluir este viaje. Me gustaría resumirte lo que hemos dicho hasta aquí.

Los primeros capítulos (1-4) trataron de establecer que no hay nada en nuestro planeta que supere en majestad y grandeza a los seres humanos. No solo hemos sido privilegiados al ser las únicas criaturas que llevan sobre sí la imagen divina, sino que para nuestro Creador somos el tesoro más grande de este mundo, el templo en el cual habita el Espíritu de Dios, la gente por la que se pagó el rescate más costoso del universo. Somos redimidos, somos hijos, somos herederos, somos valiosos.



na de las tragedias
más terribles para
el cuerpo de Cristo
sería abrigar la idea
de que la gente no
es lo importante.

Así es como Dios nos ve. Suponer que nuestra condición es la de gusanos, gente de poca monta, un mancha negra que cubre con hedor este planeta, dista mucho de parecerse al elevado concepto que Dios tiene de nosotros. Saber que somos de un valor incalculable para nuestro Creador ha de librar nuestras almas del desasosiego propio de un entorno que presume que el único valor importante es el que determinan las bolsas de valores.

En el libro *La educación*, Elena G. de White expuso lo siguiente: «El que había creado al hombre, apreciaba el valor de la humanidad. [...] En todo ser humano, cualquiera fuera el nivel al cual hubiese caído, veía a un hijo de Dios, que podía recobrar el privilegio de su relación divina» (cap. 8, pp. 71, 72). Dios no solamente nos considera valiosos, sino que él mismo decidió hacerse uno de nosotros. Aunque para ello Dios se hizo pequeño, es evidente que la encarnación tiene como meta hacer más grande a la humanidad.

En los siguientes capítulos (5-7) tratamos de dejar bien clara una idea que permea todo el libro: el ser humano, sin importar su color de piel, su nacionalidad, su tendencia política o creencia religiosa, merece ser tratado con respeto y bondad. Como creyentes y como iglesia hemos de entender que todo lo que hagamos ha de tener como centro el bienestar del prójimo. La misma ley de Dios, incluyendo el mandamiento del reposo sabático, tiene como meta que comprendamos en lo más íntimo de nuestras almas que las personas constituyen la razón de ser de todo lo que hagamos. Los Diez Mandamientos, ese código

que tanto respetamos, constituye un modelo para todos los que quieren tratar con dignidad al ser humano. Una de las tragedias más terribles para el cuerpo de Cristo sería abrigar la idea de que la gente no es lo importante. «Aquel que dio su vida para redimir a la humanidad ve en cada uno de nosotros un tesoro de valor inestimable. Por el misterio y la gloria de la cruz podemos discernir qué valor él atribuía al alma. Cuando lo hagamos, comprenderemos que los seres humanos, por degradados que estén, costaron demasiado para que los tratemos con frialdad o desprecio. Nos daremos cuenta de lo importante que es trabajar en favor de nuestros semejantes para que puedan ser elevados hasta el trono de Dios» (*El ministerio de curación*, cap. 10, p. 100).

Hoy, mientras leía la guía de estudio de la Escuela Sabática, me encontré con una declaración que expresa de manera clara lo que hemos tratado de decir en este libro:

«Como adventistas del séptimo día, fuimos bendecidos con abundante luz y verdad doctrinal (el estado de los muertos, el sábado, 1844 y el juicio, el Gran Conflicto, entre otros), que incluso la mayoría del mundo cristiano aún no entiende. Y, sin embargo, por más que estas verdades sean fundamentales, ¿de qué nos sirven si no somos amables con los demás, si mostramos prejuicios contra los demás, y si permitimos que los prejuicios culturales y sociales de nuestro entorno nos hagan tratar a los demás como inferiores? »La verdadera educación cristiana, como mínimo, debe hacernos elevar por encima de estas debilidades y males humanos, y ver a los demás como Cristo los ve, seres por quienes él murió, seres cuyos pecados cargó en la cruz, seres por los cuales pagó un precio infinito. Si exaltamos la cruz como debemos, entonces veremos el valor de cada ser humano y, en teoría, los trataremos como realmente se merecen, según el valor que Dios les concede».¹

Luego, en los capítulos 8-12, abordamos aspectos relacionados a cómo espera Dios que manejemos el dinero. Dado que podríamos caer en la tentación de suponer que nuestro valor está sujeto a los vaivenes del mercado y a la cantidad depositada en nuestra cuenta bancaria, era conveniente que un libro de esta naturaleza explicara la manera en la que hemos de utilizar las bendiciones que recibimos de nuestro Padre celestial. Vimos que lo que tenemos con Jesús no es un contrato, sino

un pacto de naturaleza espiritual; que la ofrenda más grande que podemos dar a nuestro Dios no radica en grandes cantidades de dinero, sino en que nos entreguemos nosotros mismos a él; que la devolución del diezmo tiene como propósito principal forjar en nosotros un carácter tan generoso que el mismo acto de diezmar se convierta en una evidencia ineludible de que somos hombres y mujeres de fe.

Hemos de tener en cuenta que «el dinero no es de más valor que la arena, a menos que sea usado para satisfacer las necesidades de la vida, beneficiar a otros y hacer progresar la causa de Cristo» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 25, p. 289). Nos vendría muy bien recordar que ni en el cielo ni en el lago de azufre se «aceptan ni cheques ni efectivo».² Finalmente, echamos un vistazo a la manera en la que Dios concibe la vida de los creyentes que vivimos en la última etapa de la historia humana, ese grupo especial que se concentra en ser ricos en Dios y que, por lo tanto, son vistos como los seres más bendecidos del planeta.

Ahora vamos a tratar de entender qué es lo que Dios busca con su trato exquisito hacia el ser humano. Él no solo nos creó, nos redimió, se hizo uno de nosotros y nos dotó con grandes bendiciones, sino que por si todo esto fuera poco, ¡también ha decidido llevarnos a vivir con él!

LOS PREDESTINADOS

En su Carta a los Efesios, el apóstol Pablo declaró por escrito: «En Cristo también fuimos hechos herederos, pues fuimos predestinados según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad» (Efesios 1: 11, NVI). Este texto encierra palabras que nos abren el cofre de una riqueza inagotable.

Ya lo hemos mencionado en otras partes, pero repetirlo una vez más no nos hará daño: gracias a Cristo, tú y yo somos herederos del reino celestial. Es más, Pablo, usando una palabra que resulta confusa para algunos, declara que fuimos «predestinados» para ser herederos. Aunque el origen del pecado es un misterio inexplicable, la solución para los problemas que el pecado generaría ya había sido estipulada en «el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad».

«Predestinar» no es una palabra muy común en la Biblia. Se usa en muy pocos pasajes, y en todos alude a los que serán salvos:

- ✓ «A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó» (Romanos 8: 29, 30).
- ✓ «Pero hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la cual ninguno de los poderosos de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria» (1 Corintios 2: 7, 8).
- ✓ «Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado» (Efesios 1: 5, 6).

Lo que Pablo está afirmando en estos pasajes es simplemente maravilloso:

- ✓ Dios decidió que reflejemos su imagen;
- ✓ decidió compartir con nosotros la sabiduría del evangelio;
- ✓ decidió que seamos sus hijos; y
- ✓ decidió que seamos sus herederos.

Todo lo que está encerrado en la decisión divina es para nuestro bien. Esto me recuerda lo que el Señor nos dice a través del profeta Jeremías: «Yo sé los planes que tengo para ustedes, planes para su bienestar y no para su mal, a fin de darles un futuro lleno de esperanza. Yo, el Señor, lo afirmo» (Jeremías 29: 11, DHH).

Desde la eternidad y hasta la eternidad, el plan de Dios es que seamos parte de su familia celestial. «La meta de nuestra predestinación es la filiación divina a través de Cristo». ³ El Señor nos creó para que fuésemos predestinados a ser «aceptos en el Amado». Sí, «aceptos». Y entre esos «aceptos» estamos tú y yo. De hecho, la función de la iglesia es reunir en un solo lugar a los que hemos aceptado el plan divino. La iglesia acoge para sí las palabras de Cristo: «Y al que a mí



unción de la iglesia

es reunir en un solo lugar a los que hemos aceptado el plan divino.

viene, no lo echo fuera» (Juan 6: 37). No somos un número, un nombre que ocupa un registro en los libros de alguna congregación; hay una historia detrás de cada uno de nosotros que revela la forma maravillosa en la que el plan de Dios se ha tornado una realidad concreta en nuestras vidas. Todas esas historias se conjugan en la iglesia para que juntos sigamos haciendo que muchos más acepten esta maravillosa predestinación.

Esta «predestinación» no es un decreto arbitrario del Señor, más bien es su manera de indicar que su plan ha hecho provisión abundante para que «todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2: 4). Que hayamos sido predestinados en Cristo «es parte del propósito soberano de Dios».⁴ Pablo subraya que fuimos escogidos «desde el principio para salvación» (2 Tesalonicenses 2: 13).

Como bien declara la señora White, hay «una sola predestinación en la Palabra de Dios, de individuos y de un pueblo, a saber, que los seres humanos están predestinados a ser salvos. [...] El hombre está predestinado a ponerse la armadura, para pelear la buena batalla de la fe. Está predestinado a utilizar los medios que Dios ha puesto a su alcance a fin de combatir contra toda mala concupiscencia mientras Satanás está jugando el juego de la vida por su alma. Está predestinado a velar y orar, para escudriñar las Escrituras, para evitar caer en la tentación. Está predestinado para tener fe constantemente. Está predestinado a ser obediente a toda palabra que sale de la boca de Dios,

para que pueda ser no solo oidor, sino hacedor de la Palabra. Esta es la predestinación bíblica» (*Testimonios para los ministros*, cap. 16, p. 408).

La perdición eterna, el fuego destructor ha sido «preparado para el diablo y sus ángeles» (Mateo 25: 41). Ese fuego no es ni para ti ni para mí. A nosotros, Dios nos «ha preparado una ciudad» (Hebreos 11: 16). Y en esa ciudad pasaremos el resto de la eternidad. De hecho, de este mundo lo único que irá a esa ciudad seremos nosotros, los seguidores del Cordero.

DIOS NOS ESTÁ PREPARANDO PARA QUE VIVAMOS EN ESA CIUDAD

Pablo dice que Dios está obrando para «que todos lleguemos [...] a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efesios 4: 13). En Colosenses afirma que la obra de la iglesia consiste en ir «enseñando con toda sabiduría a todos los seres humanos, para presentarlos a todos perfectos en él» (Colosenses 1: 28, NVI). Estos pasajes sugieren que estamos en un proceso de preparación y que la iglesia desempeña un papel clave en el mismo. Dios trae la gente a la iglesia porque allí tiene el taller donde la gente aprende lo que significa vivir en el cielo.

La iglesia debe asumir como una obra sagrada su función de preparar a los miembros, porque en algún momento tendrá que presentarlos delante de Dios. El Señor anhela que su ciudad quede repleta con los redimidos; no obstante, en gran medida esto depende de cómo la iglesia prepare a sus miembros. La iglesia debe empeñarse en crear un ambiente de preparación que nos permita a todos disfrutar de un crecimiento espiritual saludable. Esa preparación incluye que cada miembro de la congregación forme parte de un ministerio en el que se sienta útil en la causa. «Ha llegado el momento en que deben idearse todos los medios capaces para ayudar a preparar un pueblo que pueda subsistir en el día del Señor» (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 255). Es hora de que asumamos de verdad la declaración de misión de nuestra iglesia: «Cada miembro del cuerpo de Cristo preparado para el reino de los cielos».

Dios nos está preparando para vivir en un lugar en el que la frivolidad que caracteriza nuestra cultura desaparecerá para siempre. Pero

ese lugar futuro comienza cuando esa frivolidad es desarraigada de nuestro corazón. La iglesia sirve como una antesala de lo que viviremos en el cielo.

DIOS NOS ESTÁ PREPARANDO UN LUGAR

Uno de los textos más conocidos de la Biblia declara: «Y después de irme y de prepararles un lugar, vendré otra vez para llevarlos conmigo, para que ustedes estén en el mismo lugar en donde yo voy a estar» (Juan 14: 3, DHH). Mientras que los discípulos supusieron que la partida del Señor era una separación definitiva, más bien dicha partida procuraba asegurar que ellos pudieran estar para siempre con su Señor. Por eso, a fin de superar ese momento de angustia, tenían que creer en las palabras de Jesús: «Voy, pues, a preparar lugar» (RV95). ¿Dónde prepararía ese lugar Jesús? Pues el texto lo deja entrever: «En la casa de mi Padre» (Juan 14: 2). Él asciende a la casa del Padre con el objetivo de que algún día nosotros podamos tener un lugar permanente allí.

En Hebreos 6: 20 el apóstol presenta la ascensión de Cristo desde una perspectiva que resulta iluminadora. Dice que «Jesús entró por nosotros como precursor». El «precursor» es el que llega antes de la venida de otro; es el que prepara el camino; es el que hace que los que vienen detrás tengan un viaje más seguro; es el que sale primero a fin de ayudar a los demás. ¡Qué bueno es saber que Jesús salió primero para garantizarnos un lugar en las «muchas moradas» que hay en el cielo! Tenemos que creer que estaremos allí; tenemos que creer que para nosotros hay un lugar reservado. Ahora bien, si Cristo está en el cielo preparando un lugar para nosotros, ¿no indica eso que el mundo no es nuestro lugar? Mientras algunos nos afanamos y trabajamos arduamente, día y noche, para granjearnos un lugar en este mundo, Cristo ministra día y noche en el santuario celestial para que tengamos un lugar en las mansiones celestiales. Este mundo no es nuestro hogar. Nuestro hogar está arriba; nuestra herencia está en los cielos.

Cuando sintamos que en esta vida lo estamos perdiendo todo, recordemos que aquí no tenemos nada, que lo nuestro está en la casa del Padre, que lo nuestro está «arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Colosenses 3: 1). Miren lo que dice la sierva de Dios:

«Tengo la mirada puesta en esas mansiones; no en las mansiones terrenales, porque estas antes de mucho serán derribadas por el violento terremoto. Anhele las mansiones celestiales que Cristo ha ido a preparar para los fieles» (*Notas biográficas*, p. 323).

NUESTRO FUTURO HOGAR

En Apocalipsis 21 y 22 el profeta describe nuestro futuro hogar: «Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado y el mar ya no existía más. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermo­seada para su esposo. Y oí una gran voz del cielo, que decía: “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios”» (Apocalipsis 21: 1-3).

En griego se usaban dos términos para transmitir el concepto «nuevo»: *neos* y *kainós*. *Neos* se utilizaba para expresar aquello que era nuevo en el tiempo, que pertenecía al presente, lo que llegaba a la existencia por primera vez. Pero en Apocalipsis 21 el vocablo que Juan utiliza cuatro veces es *kainós* (versículos 1, 2, 5). Este adjetivo se aplica a algo que es nuevo, pero cuyo origen se fundamenta en algo que ya había existido, es nuevo no en cuanto al tiempo, sino respecto a su naturaleza.⁵ *Kainós* expresa lo nuevo y maravilloso de la obra salvadora de nuestro Creador. Por tanto, en Apocalipsis 21 Juan no está hablando de una segunda tierra ni de un segundo cielo, sino de la misma tierra y del mismo cielo que formaron parte de la primera creación, pero que ahora han recibido una renovación tan radical que se perciben como una nueva creación. Al crear nuevos cielos y nueva tierra, Dios devolverá a este planeta la perfección que el pecado le quitó. A pesar de que en su momento la tierra fue maldita, muy pronto se escucharán las palabras: «No habrá más maldición» (Apocalipsis 22: 3).

El profeta Isaías, que también había contemplado la tierra redimida, escribió: «Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra. De lo pasado no habrá memoria ni vendrá al pensamiento» (Isaías 65: 17). En la tierra nueva todo será felicidad y gozo (versículo 18); el lloro y el clamor no existirán allí (versículo 19). El profeta, incluso, anuncia

que Dios «destruirá a la muerte para siempre» (Isaías 25: 8), «el lobo y el cordero serán apacentados juntos; el león comerá paja como el buey y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán ni harán mal en todo mi santo monte. Jehová lo ha dicho» (Isaías 65: 25).

Así como la antigua creación tuvo su Edén, la nueva creación tendrá una nueva Jerusalén. Juan escribió: «Vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseada para su esposo. [...] Me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto y me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo de parte de Dios. Tenía la gloria de Dios y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal» (Apocalipsis 21: 2, 10, 11). Esta era «la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» que esperaba el patriarca Abraham (Hebreos 11: 10). Esta es «la Jerusalén de arriba», «la celestial» mencionada por Pablo (Gálatas 4: 26; Hebreos 12: 22).

La gloria de Dios resplandece por toda la ciudad (Apocalipsis 21: 11). Sus doce puertas ponen de manifiesto que la entrada está abierta para todos (versículos 12, 13). Ya no hay muros que nos separen de Dios y que nos dividan los unos de los otros. En ella se congregarán los santos de todos los tiempos, algo que es sugerido por la mención tanto de las tribus de Israel como de los apóstoles (versículos 12, 13). La descripción que Juan hace de la nueva Jerusalén en el resto del capítulo 21 proyecta la permanencia, seguridad, belleza y plenitud que exhibe la ciudad, la cual constituye el epítome de todo lo bueno y hermoso. El mundo de Dios y el mundo de los seres humanos se funden en un abrazo que durará por los siglos de los siglos.

Apocalipsis 21 y 22 contienen estas referencias al Cordero y a su relación con la nueva Jerusalén. Juan dice que la santa ciudad es la esposa del Cordero (21: 9); que el Cordero es su templo (21: 22); que el Cordero es su lumbrera (21: 23); que en ella entrarán los que se hallen «inscritos en el libro de la vida del Cordero» (21: 27); que en ella se encuentra el trono del Cordero (22: 1) y en ella habitará el Cordero (22: 3). El Cordero lo es todo para la santa ciudad. En lugar de concentrarnos en las cosas que tendrá la ciudad, fijemos nuestra atención en el soberano de la ciudad, nuestro Señor Jesucristo. Más importante que

saber qué habrá allí, es procurar estar allí. Para lograrlo, hemos de tener ahora, en el presente, una relación viva con el Cordero de Dios.

Apocalipsis también habla de los habitantes humanos de esa ciudad.⁶ Los describe como vencedores y herederos (21: 7). Son los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero (21: 27). Son los que llevarán el nombre de Dios en sus frentes (22: 4). Son los que verán el rostro de Dios (22: 4). Son los que reinarán por los siglos de los siglos (22: 5). Son los que tendrán derecho al árbol de la vida y a entrar por las puertas de la ciudad (22: 14).

En cierta ocasión, un viajero visitó al famoso rabino polaco Hofetz Chaim. El visitante se quedó muy impresionado al ver que el hogar del rabino consistía en una habitación repleta de libros, con una mesa vieja y una pequeña silla como único mobiliario. Tras reflexionar un poco sobre la sencillez del admirado maestro, el turista preguntó:

—Maestro, ¿dónde están sus muebles?

—¿Y los tuyos, dónde están? —le respondió interrogándolo a su vez.

—¿Los míos? Qué pregunta tan extraña... yo estoy aquí de paso.

—Yo también. Este no es mi hogar, solo estoy aquí de paso.

Este relato resume muy bien nuestra situación en este mundo: estamos aquí de paso. Este no es nuestro hogar. «Nuestra ciudadanía está en los cielos», dijo Pablo en Filipenses 3: 20. No pertenecemos a este mundo (Juan 17: 16), somos «extranjeros y peregrinos» (Hebreos 11: 13; 1 Pedro 2: 11). Dentro de muy poco llegaremos a nuestro eterno hogar: la tierra nueva. Allí se culminará para siempre «la comunión de Dios con la humanidad».⁷ Por fin veremos su rostro, y su nombre estará escrito en nuestra frente (ver Apocalipsis 22: 4). Ese es el lugar que Dios ha preparado para nosotros, allí es donde él nos ve viviendo por la eternidad.



LECCIONES PARA LA IGLESIA

Hemos terminado un viaje maravilloso a través de las páginas de este libro y a estas alturas deberíamos estar completamente seguros de varias cosas:

- Dios nos ama con un amor eterno e inefable.
- Dios ha mostrado ese amor por nosotros en maneras variadas y tangibles, y esas demostraciones alcanzaron su punto máximo en la encarnación, vida inmaculada, muerte, resurrección e intercesión de Cristo a favor de todos nosotros.
- Dios está obrando con el propósito de restaurar en nosotros su imagen, que el pecado ha ido borrando. Él se ha comprometido a terminar esa tarea.
- Dios desea y espera que sus hijos sean aquí en la tierra una comunidad de personas distintas a los demás debido a que viven para glorificar a Dios, tratan con amor, respeto y dignidad a sus prójimos, y reconocen que están de paso en este mundo.
- Por el gran amor que Dios nos tiene decidió que, a todos los que crean en él y acepten su plan de salvación, los llevará a vivir con él por la eternidad.

Ante estas abrumadoras evidencias del amor divino, ¿qué haremos? ¿Qué hará la iglesia? Tal vez sería adecuado que, entre otras cosas:

- **Cada iglesia se asegure de que todas las personas que llegan a ser parte de ella, entiendan cómo Dios las ve y las implicaciones que eso tiene para sus vidas.** Temas como nuestra posición en Cristo, el ser humano como mayordomo de Dios y lo que la Biblia dice respecto al ser humano deberían ser enseñados y repasados periódicamente en las congregaciones con el propósito de que lleguemos a vivir en consonancia con la posición, los privilegios y los recursos que tenemos en Cristo.
- **Cada congregación debe hacerlo todo inspirada por la visión de preparar a cada miembro del cuerpo de Cristo para el reino de los cielos.** La pregunta más importante para una iglesia no es cuántos miembros tiene, sino cuántos de sus miembros están preparados para vivir con Cristo en el reino eterno. Es en el reino para siempre, no en la iglesia para siempre, donde Dios nos ve.

- **En las iglesias se debería hablar más de los planes futuros de Dios para cada uno de nosotros**, de la tierra nueva, de la vida en el mundo renovado, de lo que significa vivir con Dios para siempre. Estos temas inspiran, purifican, motivan y orientan acerca de cómo deberíamos vivir aquí y ahora. Con frecuencia, la ausencia de una visión de nuestro hogar eterno hace que terminemos dándole una importancia exagerada a este mundo y a las cosas que en él hay; pero Dios nos ve viviendo aquí de paso, como extranjeros y peregrinos que avanzan a ese lugar que él fue a prepararnos y al cual muy pronto desea darnos la bienvenida.



1. *La educación cristiana*, Guía de Estudio de la Biblia, Cuarto Trimestre de 2020, p. 102.
2. Mario Benedetti, *Canciones del que no canta* (Cuernavaca, México: Santillana, 2006), p. 49.
3. Karl Ludwig Schmidt, «ὄριζω, ἀφορίζω, ἀποδιορίζω, προσορίζω», ed. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley y Gerhard Friedrich, *Theological dictionary of the New Testament* (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1964–), t. 5, p. 456.
4. Andrew T. Lincoln, *Ephesians*, vol. 42, Word Biblical Commentary (Dallas: Word, Incorporated, 1990), p. 36.
5. Sigve K. Tonstad, *Revelation*, Paidea Commentaries on the New Testament (Grand Rapids, Michigan: Baker Academic, 2019), p. 303.
6. Roberto Badenas, «La nueva Jerusalén, ciudad santa» en *Simposio sobre Apocalipsis*, Frank B. Holbrook, ed. (Doral, Florida: IADPA, 2011), pp. 331, 332.
7. Domingo Muñoz León, *Apocalipsis*, Comentarios a la Biblia de Jerusalén (Henao, Bilbao: Desclée De Brouwer, 2011), p. 162.

